

Uno de los más bellos esmaltes de Limoges, típicos y como tal cuidadosamente estudiados, es el de Pierre Bonnier, titulado «El entierro de Cristo». La presente reproducción da clara idea de él

Evocaciones populares de la Pasión



Famoso tríptico de Roger de la Pastura (Van der Veyden) que representa en el centro á Jesús entre María, Nuestra Señora, y San Juan, evangelista, y en las puertas á María Magdalena y San Juan, respectivamente

Los que gustamos procurarnos íntimas delectaciones ideológicas ó espirituales, ó intelectuales, sabemos bien que las oportunidades del tiempo, lo que llamamos «la actualidad» los periodistas, ejerce una rara sugestión sobre nosotros. No es por rutina, así, por lo que amamos los temas que coinciden con preocupaciones públicas que tienen su lugar y día marcados en la rotación de los calendarios. Es porque parece que esta atención general de las gentes puesta en un determinado asunto lo unge con un mayor interés, con una inquietud de cosa viva, de anhelo espiritual, de emoción humana. Y entre estos temas, que se ofrecen á nosotros cada año, con la sugestión de la actualidad, ninguno alcanza la intensidad de este período que llamamos Semana Santa.

Acaso esta emoción procede de que la figura central de esta recordación de un pasado tiempo es Cristo. Aparte creencias religiosas, para todo meditador, para todo buen evocador y regustador de ideas y recuerdos, no hay nadie en la Historia que aporte tal desbordado torrente de emociones, tal caudal abundoso de pensamientos sugeridores, tal afluencia de pretextos para que nuestra curiosidad se goce en la delectación de ir satisfaciéndose á sí misma. Frecuentemente, durante todo el año preocupan nuestra atención lecturas sobre ese tema inagotable, que es Jesús, su vida, su interpretación, su adaptación á la vida humana al tiempo presente, á la civilización que muchas veces se denomina católica y no pocas cristiana. Ninguna otra bibliografía hay, en efecto, más constantemente renovada y enriquecida que la de Jesús; en libros, en revistas, en estudios históricos ó teológicos, en artículos periodísticos informadores, en relatos de viajes por la vieja tierra de Judea, en investigaciones arqueológicas sobre las tetrarquías de Filipo y Antipas y sobre el gobierno de Pilatos, la figura de Jesús se nos aparece constantemente con su indescifrable sugestión de ingenua divinidad. Sin embargo, cuando llega este período de Semana Santa, su preocupación viene á nosotros, aunque no le preceda un libro recién publicado, una revista que hojeamos cada semana ó cada mes, un índice bibliográfico cualquiera.

Hay viejas lecturas que amamos renovar en estos días. Tal aquel esfuerzo con que Foisset pretendió ensamblar, unir, ordenar los relatos de los cuatro evangelistas, componiendo así su *Histoire de Jésus-Christ*, en un fervoroso ansiamiento de unidad de la verdad intrínseca del relato evangélico, que ya anhelaron poseer ortodoxos tan autorizados como Montalembert y Lacordaire, en el pasado siglo y, en lo antiguo, el propio San Agustín y San Francisco de Sales y el abate de San Real y otros muchos.

Este anhelo de revivir la vida de Cristo humanamente ó á lo humano, con un concepto humano, si esto es posible, no alcanza sólo á los

filósofos, á los escritores, aun llegando en algunos, como Tolstoi, á ser el eje central de todos sus pensamientos, sino que se extiende á las muchedumbres durante bastantes siglos. En los primeros tiempos, la profesión de la fe se confunde con el afán, con el ensueño de revivir la vida del Maestro, materialmente ó, al menos, en una materialización, en una realización de sus doctrinas.

Ved esto reflejado en las tradiciones que aun conservan numerosos pueblos y que llegaron en inquietudes semejantes desde las catacumbas de los primeros cristianos, en Roma, hasta los siglos XVII y XVIII. El caso más característico es, sin duda, el de Oberammergau. Como consecuencia de la guerra que en las historias se llama de los Treinta años, extendióse la peste por Baviera. Los montañeses creyeron que sólo podrían contener sus estragos haciendo un voto grato á los cielos. Y este voto fué el de revivir, el de rehacer una vez cada diez años el drama de la Pasión tal como ocurriera, con seres humanos y no con imágenes. El aspecto de la representación, más ó menos teatral, dióselo mucho más tarde un cura de aquella aldea, apellidado Daisenberger; pero en su iniciación, ese curioso y bien certificado espectáculo que hoy se anuncia con vistosos carteles por toda la cristiandad, no fué arbitrio de atracción de turismo ni engendro de una literatura, sino fervoroso anhelo y delirio visionario de todo un pueblo estremecido de fe.

En toda Europa, durante la Edad Media, se representaban «misterios», en que se fragmentaba la vida de Jesús y era un arte popular el que recogía y aderezaba este intenso deseo de los pueblos de conservar perenne, no en símbolos y ritos, sino materialmente y realmente y humanamente las escenas narradas en los Evangelios por Mateo y Juan, testigos presenciales, y por Marcos y Lucas, contemporáneos. De este arte popular proceden todas las exteriorizaciones de la Pasión que han llegado hasta nosotros, influyendo, no ya en las procesiones fuera de las iglesias, sino en las ceremonias mismas del culto. Hasta nuestro siglo mismo ha llegado este afán. Para que la aldea de Oberammergau no tuviera el monopolio de representar al aire libre y con figuras vivientes el drama sacro, ocurriósele en 1904 al cura de la parroquia de San José, de Nancy, implantar en Francia una fiesta semejante.

Acaso este cura fuese un grafómano más que un creyente y un catequista. Había escrito el texto de la representación en diez y seis actos y veintidós cuadros vivientes; formó su compañía ó hermandad de representantes, reclutándolos entre sus feligreses, é hizo construir un amplio escenario ante graderías, en que se aposentaban numerosos espectadores durante la representación, que duraba desde las nueve y media de la mañana hasta las cinco de la tarde.

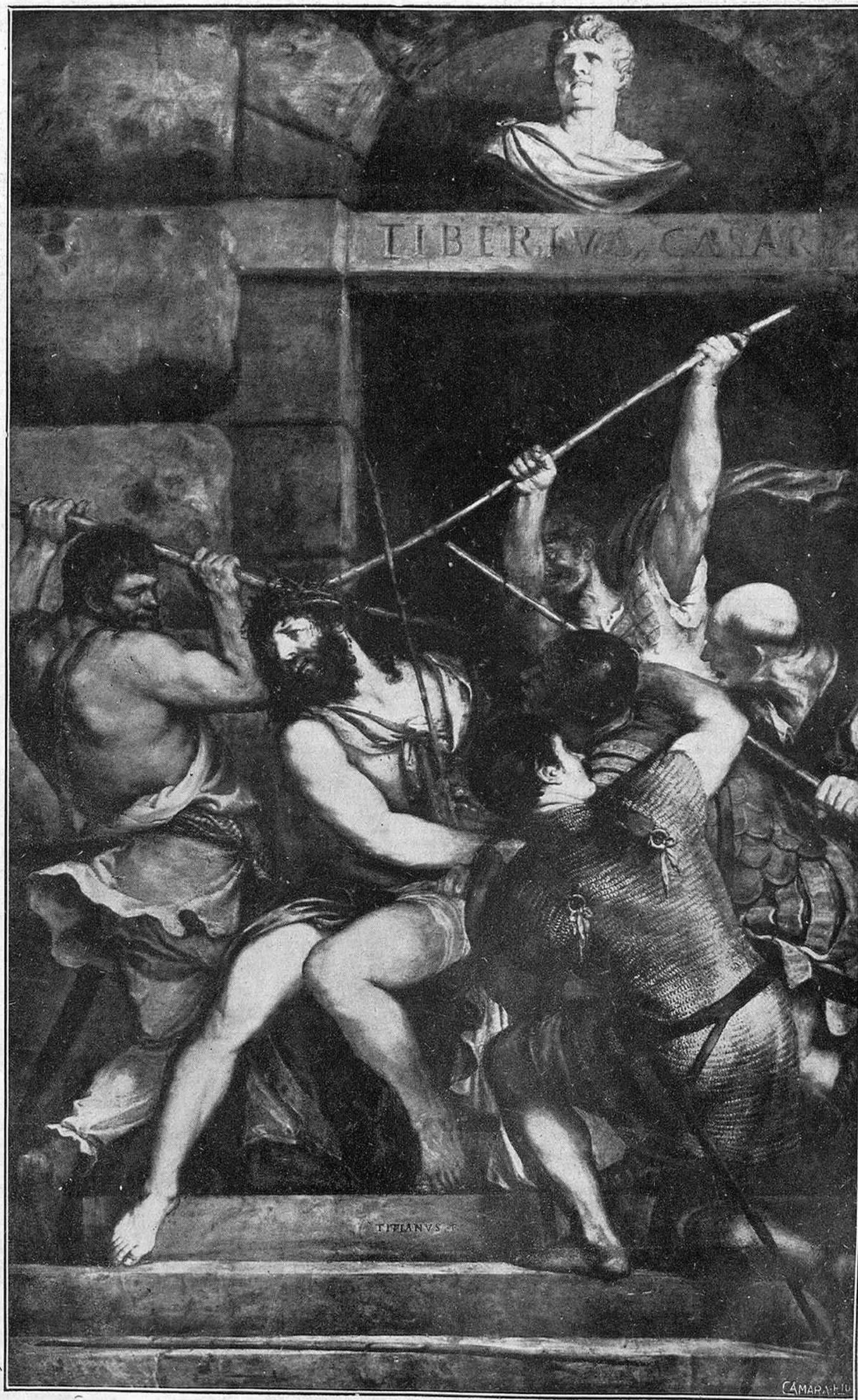
El padre Petit—así se llamaba este innovador—había acompañado su texto de fragmentos musicales tomados en los más bellos oratorios de Bach y de Mendelssohn; había reunido un vestuario suntuoso y armaduras y decorados de belleza realzada por ingeniosos juegos de luz. Ya en 1914, cuando estalló la guerra, parecía exceder la fama de Nancy á la de Oberammergau y acudían á presenciar las representaciones más numerosas muchedumbres á la ciudad francesa. Un año, el Presidente de la República, el laico y ex socialista Millerand, acudió con séquito de ministros, burócratas y periodistas á inaugurar las fiestas sagradas. Posiblemente, el odio á esta competencia guió los aviones *boches*, que volaron sobre Nancy, apenas declarada la guerra, y dejaron caer bombas, destruyendo el escenario grandioso donde se representaba la Semana Santa.

Apenas restablecida la paz, el abate Petit procedió á la reconstrucción de su teatro religioso, y lo ha hecho más amplio y suntuoso. En Nancy ya, como ocurría antes en Oberammergau, se vive todo el año preparando las representaciones. En la aldea bávara se eligen por votación popular las personas que han de representar los principales personajes de la Pasión; dijérase, con verdad, que se les prepara y adiestra desde niños: en la escuela, en el hogar y en el templo. Cuando se acercan estas elecciones, todo el viejo reino de Baviera se apasiona y contienda en este pleito. En el pasado Octubre se eligió el nuevo Cristo, la nueva María y la nueva Magdalena. Antón Lang, alfarero de oficio, había llegado á un extremado arte, sufriendo la crucifixión desde 1900; pero contaba ya cincuenta y cinco años y no se sentía con fuerzas para nuevas representaciones. Le ha sustituido su hijo Alois Lang, tallista y escultor, que desde niño ha tenido el anhelo de esta herencia y la preocupación de parecerse á Cristo, con las crenchas de su melena larga y con su barba puntiaguda. Y casos parecidos son los de Anni Rutz, que representará una nueva María, y Hansi Preisinger, que hará el papel de nueva Magdalena... Y desde Mayo pasado quedó prohibido que ningún vecino de Oberammergau pudiera cortar sus cabellos; de tal modo, que la aldea entera parecerá durante las fiestas una evocación de Emaus, ó Betania, ó Jerusalén.

Hay, sin duda, en estas evocaciones, alemana y francesa, un matiz de profanidad. La tradición se ha hecho industria. No conserva el amparo de arte que tienen aún Sevilla, Murcia, Málaga, en sus procesiones. Y, sin embargo, su evocación, como la de los pasos de Alhaurín el Grande, en que se conserva algo de los «misterios» medievales, es grata á cuantos gustamos de la delectación ideológica ó espiritual en que conturba nuestro pensamiento la divinidad ingenua de ese misterio que llaman las historias, Jesús.

DIONISIO PEREZ

Iconografía de la Pasión y Muerte de Jesús



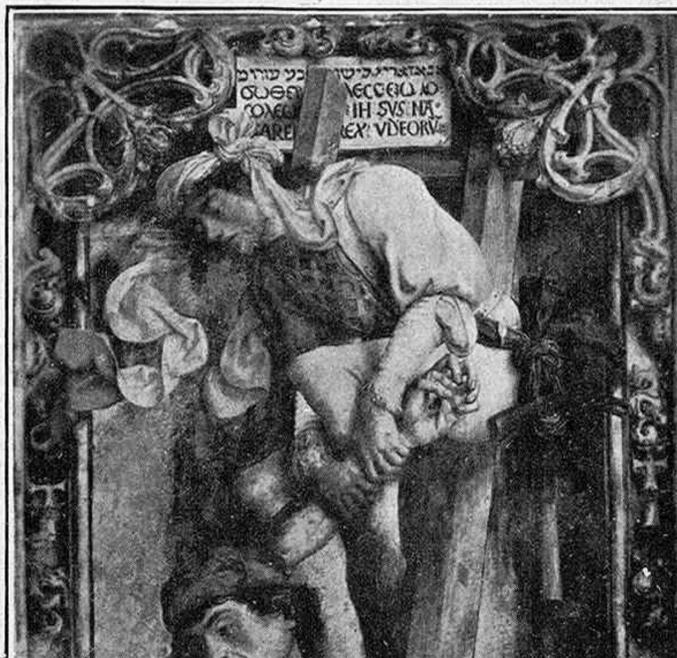
«Cristo coronado de espinas», cuadro de Tiziano
(Museo del Louvre)

DE CUAN DEBIDA ES LA MEMORIA DE CRISTO SEÑOR NUESTRO EN EL HOMBRE CRISTIANO

Si aquel pueblo hebreo, con ceremonias solemnes, ofrecía y comía el místico cordero, sin que ninguno para no comer y sacrificar pudiera alegar pobreza, porque por ley divina estaba mandado que los ricos favorecieran á los pobres en el caso, de manera que el sacrificio y la comida fuesen comunes á todos, lo cual hacía en memoria de aquel singular beneficio de haberles librado el Señor de la servidumbre de Faraón, con cuánta más razón y justicia nos debemos acordar los cristianos del divino Cordero que aquel otro cordero figuraba, que no de la servidumbre de Egipto libró un pueblo, sino todos los hombres de la cruelísima cautividad de los demonios, restituidos á la heredad del celestial reino? Y si la memoria de aquel beneficio era tanta que todos los años los judíos la celebraban, concurrendo de todo aquel reino á Jerusalén, ¿cuánta debe ser la deste divino beneficio que en grandeza de utilidad excede y es tan amplio y tan copioso y tan extendido que abraza las naciones todas del mundo y cuanto va de la figura á lo figurado?

Luego más atentos debemos estar nosotros á la verdad que ellos lo estuvieron

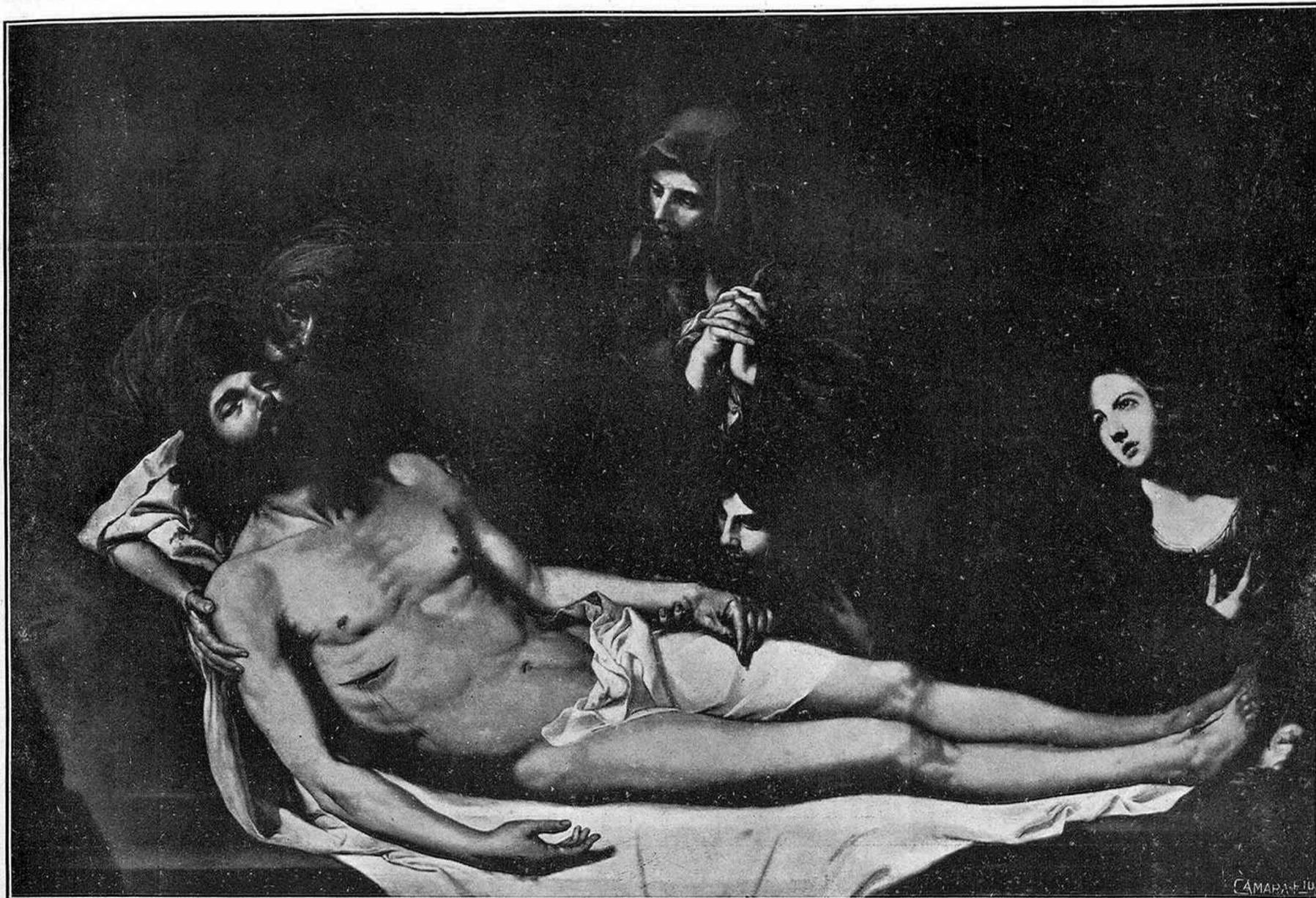
(Fragmento de VERGEL ESPIRITUAL DEL ALMA RELIGIOSA, por el Padre Angeles. Siglo XVI.)



á la sombra. Pero cuán necesario y cuán agradable á Dios sea la memoria de este beneficio, muéstralo claramente lo que el Salvador hizo en aquella su última cena que, asentado con sus discípulos, para que ellos ni nosotros en ningún tiempo ni con ninguna ocasión nos olvidásemos de su muerte, instituyó el Santísimo Sacramento de su cuerpo y sangre, que sirviese de memorial perpetuo de aquella obra de tan inmensa caridad. De los atenienses, que entre los pueblos floridos de Grecia, en armas y riquezas se aventajaban, se escribe que por muchos años acostumbraban tener sermón de difuntos, que llamaban Epitafia, por el más famoso orador que se hallaba entre ellos, para que los que peleando en favor de su patria morían en la guerra, por no verla sujeta á enemigos, sino que como la habían recibido de sus mayores la conservasen libre y así la dejasen á sus sucesores (y muchos de aquellos sermones se hallan ahora escritos y declamados por el Platón divino, Tucídides y Demóstenes, príncipes de la elocuencia y bien decir); porque tenían por cosa grandiosa mucho el vivir con sus leyes en paz y con libertad, sin sujeción al imperio de reyes ni de pueblos.



«Descendimiento», cuadro del maestro de Sn Barthelemy (Museo del Louvre)



«Cristo en el sepulcro», cuadro de Ribera (Museo del Louvre)

Por eso aquellos soldados que por la libertad de la patria morían, defendiéndola con armas, ofreciéndose valerosamente y sin temor alguno á la muerte para no servir, los tenían por dignos de toda honra y la virtud y fortaleza de ellos en cada un año en día particular la traían á la memoria y la referían al pueblo. De aquí, las madres cuando oían decir que sus hijos habían muerto peleando, se alegraban y se gloriaban de haber parido hijos tan valerosos y defensores de su patria. ¿Qué diré de aquellos que juzgando por cosa indigna el servir á los tiranos y no pudiendo sufrir tal sujeción, sacudieron de sí esta tiranía y desterrando á los enemigos restituyeron á su libertad á sus ciudadanos? ¿Con qué honra, con qué veneración los señalaban? ¿Cómo levantaban hasta el cielo sus nombres? ¿Por ventura aquel día de su libertad no le añadían á los festivales, y más solemnes, y lo celebraban ellos y sus mujeres é hijos, con sacrificios anuales, con todas las ceremonias que podían hacer más solemne su fiesta, dando gracias á los inmortales dioses que por tales varones les hubiesen dado tanta salud? Todo esto se hacía entre gentiles. Y agora me corro yo y me confundo mucho de cotejar estas cosas con las nuestras, si en alguna manera se pueden ó deben cotejar. ¿Por ventura, si es posible, no debemos con mayor facundia ó á lo menos con mayor piedad de ánimos, recurrir y traer á la memoria aquel día en que el unigénito Hijo de Dios nos restituyó á la celestial patria de que por el pecado éramos excluidos, y de la servidumbre pésima de los demonios, en que estábamos aherrojados nos libró y con su muerte mató nuestra muerte y la despenó en el infierno para siempre? Y no fué sola salud de ánimas la que nos ganó Cristo, sino también de cuerpos, lo que se verá claramente cuando en el día último del Juicio resucitemos todos para la inmortal vida. Esta liberación de



«Mater dolorosa». Talla de Mena (Iglesia de las Descalzas Reales de Madrid)

Cristo cuanto deste de otras cualesquiera, cada uno lo puede considerar y ver sin que sea necesario detenernos en declararlo. Es la distancia tanta como la que se halla entre el bien celestial y el terreno, entre lo divino y lo humano y entre lo público y particular. Y no sólo es más útil que todas esta libertad nuestra, sino más noble; porque las demás se hicieron por ministros y ésta por el mismo Dios. Si el César, venciendo una batalla y dando salud á unos pocos, es alabado de Cicerón y puesto junto á los dioses, ¿qué diremos de Cristo que á todo un pueblo y á todos los mortales se la ganó y ofreció, que con su sangre y sus dolores nos libró de los pecados y nos soltó de los lazos de Satanás y nos hizo idóneos para su reino?

Bien entendió el divino Pablo la importancia y la obligación de esta memoria de la Pasión de Cristo Señor Nuestro; les dijo palabras de exaltación con que el Apóstol anima á los hebreos á la perseverancia en el bien entre tantas cosas de adversidad y de pena como les podían volver atrás. Considerad con alto y profundo pensamiento en Aquel que es vuestro ejemplar, vuestro dechado, vuestra cabeza, vuestro Señor y Dios. La contradicción que sufrió, no de los justos y santos, patriarcas y profetas, sino de los pecadores, escribas y fariseos, de los sacerdotes Anás y Caifás, de los presidentes y visorreyes Herodes y Pilatos; no contra la Iglesia ni contra sus amigos, sino contra sí mismo, contra su propia persona, Dios y Hombre, y su Mesías y su Rey, y el que venía á redimirles. *Ut ne fatigemini*. Para que no os fatiguéis y desfallezcáis en las persecuciones, considerando que aun no habéis resistido hasta derramar vuestra sangre ni perdido la vida resistiendo al pecado y haciéndole guerra por no rendiros á él.

(N. P. de A. E.—Obras del P. Angeles, I, 504.)



ENTIERRO DE CRISTO
Cuadro de Tiziano (Museo del Louvre)

EPILOGO DE LA VIDA DE CRISTO Y DE SU MADRE

(El juego de LOS COLORES)
Romance de Alonso de Ledesma

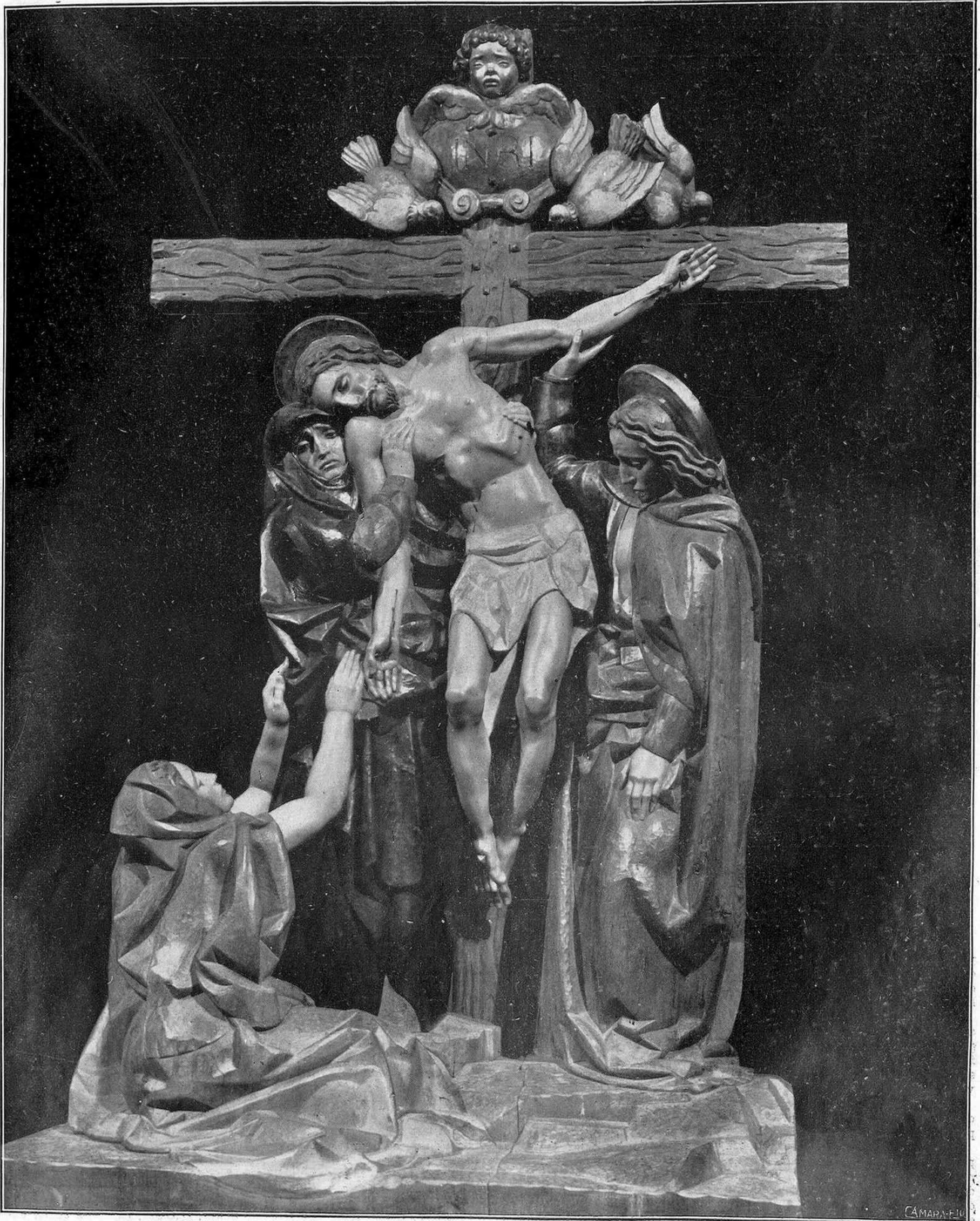
(SIGLO XVII)

Jugaron á los colores
Cielo y Tierra, Limbo, Infierno,
Trocando con grande gala
Las causas por los efectos.
El brocado de tres altos,
Símbolo de grande imperio,
Tomó Dios, que es uno y trino,
Como monarca supremo.
Tomó pardo y encarnado
El Hijo de Dios eterno;
Que encarnar y trabajar
Todo viene á ser lo mesmo.
El espíritu divino
Tomó morado perfecto;
Que estar el amor en Dios
Es como estar en su centro.
Tomó colorado el hombre,
Vergonzoso de su yerro;
Que las colores del rostro
Culpa y vergüenza las dieron.
Tomó el pecador leonado,
Que jamás tiene sosiego;
Que la inquietud de la culpa
Es congoja de alma y cuerpo.
Tomó el limbo verde claro,

Viendo á su Dios en el suelo,
Y el judío verde obscuro,
Pues hoy le espera protervo.
Tomó el infierno amarillo,
A quien cuadran sus efectos,
Pues es mal sin esperanza,
Y tan firme, que es eterno.
Aunque el demonio no estaba
Ni para burlas ni juegos,
Tomó rojo, y fué tan rojo,
Que se abrasa en vivo fuego.
El cielo tomó lo azul;
Pero viendo á su Dios muerto,
De tal modo se turbó,
Que en vez de azul, dijo negro.
La Virgen nuestra Señora
Será el epilogo desto,
Pues tiene tantas colores
Como virtudes sabemos.
Tomó el blanco de pureza,
El azul de casto celo,
El verde de la esperanza,
El rojo de amor inmenso.
Otro epilogo hará Cristo,
Pues tomó por mi provecho

Desde el pesebre á la cruz
Estos colores diversos.
Tomó encarnado en la Virgen
Cuando tomó carne el Verbo,
Y pajizo en el pesebre,
Pues entre pajas se ha puesto.
Tomó Jesús colorado
En el día de Año nuevo;
Por señas que yerra el hombre,
Y tiznan á Dios por ello.
Tomó blanco en el Tabor,
Y lo pardo en el desierto,
Lo cárdeno en la columna,
Y lo leonado en el huerto.
Mucho lo cárdeno juega;
Que á lo que en Bernaldo lco,
Cinco mil veces y más
Este color repitieron.
De todas estas colores
Lo blanco tomó de asiento,
Pues se quedó entre nosotros
Debajo de un blanco velo.
A todos tiznó la culpa
En el discurso del juego;
Solo la Madre y el Hijo
Jamás cometieron yerro.

UN GRAN IMAGINERO CONTEMPORANEO



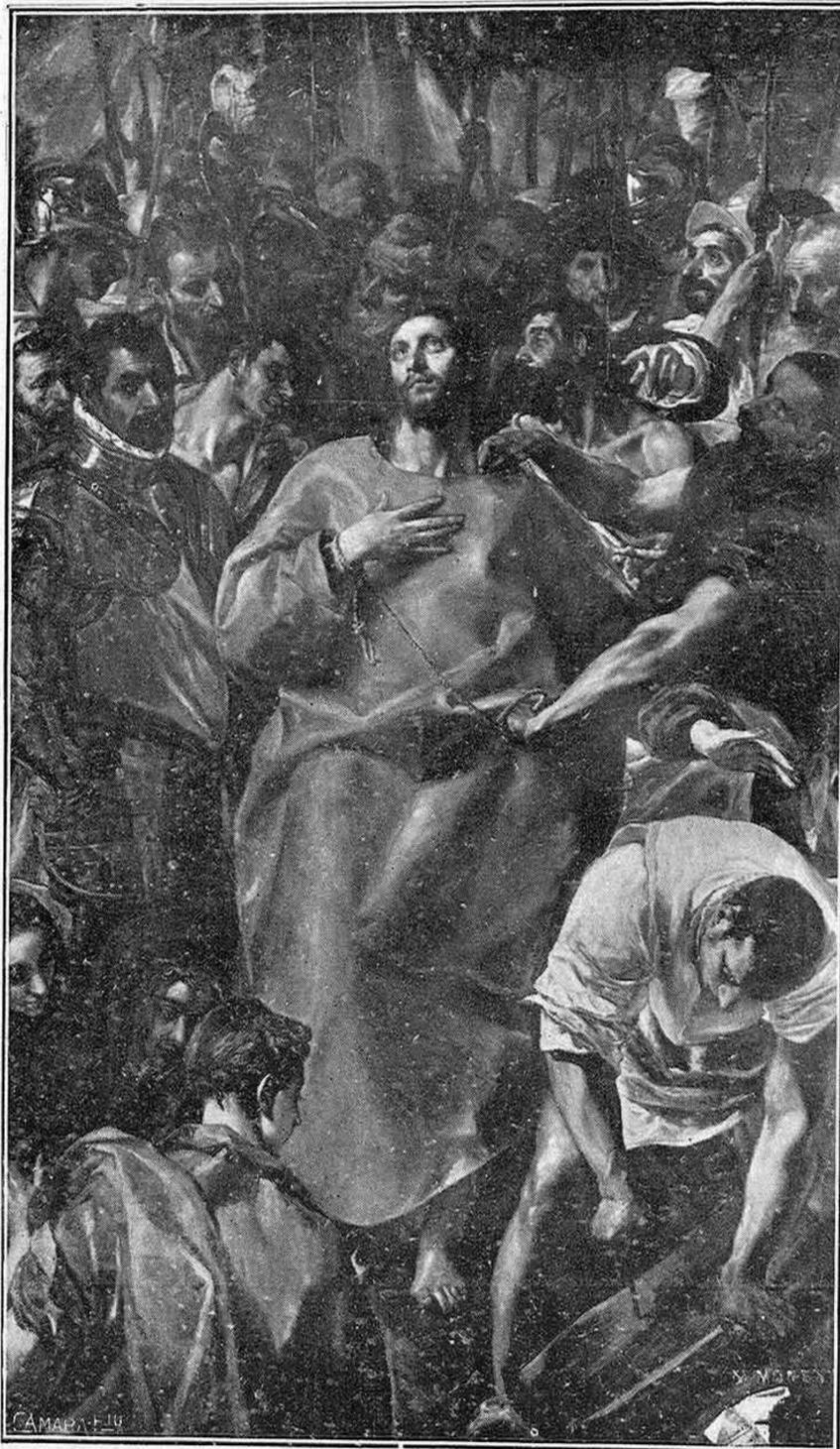
José Capuz, el más admirable de nuestros escultores actuales, ha hecho una nueva obra de arte digna de él, un «Descendimiento» para las procesiones de Semana Santa en Cartagena, sublime de patetismo y arte y muy elogiabile

CAMARAFIU

(Fot. Cortés)

ANDANZAS ROMANTICAS

«LA PASION», DEL GENIAL CRETENSE



Ante «El Expolio» debiéramos rendir nuestro culto de estos días. Cuadro de «el Greco»



«El horrible momento de la Crucifixión», cuadro de «el Greco»

PODRÁ discutirse con toda su elevada categoría—ante la variedad de criterios—el arte de *el Greco*, el valor artístico, pictórico y técnico de sus obras; pero lo que no puede dar lugar á discusión alguna es el misticismo de ellas, su valor eminentemente místico y religioso.

Sin duda ninguna, Dominico Theotocopuli fué de los pintores más destacados en la pintura religiosa; indudablemente ha sido uno de los más fervorosos creyentes, llevando á sus cuadros, con sus mágicos pinceles, sus grandes creencias y devociones.

Gran creyente y gran pintor, sus obras habían de ser como son: obras maestras del arte cristiano, pero obras maestras personales, inconfundibles.

Son como *el Greco* las sentía; comprobado por la gran crítica y por la ciencia médica que no tuvo defecto en la vista, no son producto de un fenómeno de óptica, sino de un fenómeno de espiritualidad y de arte, de un fenómeno extraordinario de belleza y misticismo.

Ninguno como él tan maravilloso interpretador de la figura de Cristo, sublimemente in-

quietante, bellamente misteriosa, que produce asombro no solo á los técnicos, sino también á los profanos, considerándola como algo incomprendible, porque incomprendible debe ser la figura del Salvador al querer darla forma humana, como lo es en la idealidad.

Y así es toda su obra, su gran obra, en una absoluta mayoría mística, concebida con la mayor religiosidad.

No se concibe, no puede ser de otro modo que así.

Aun con mucha capacidad artística, que no es posible sin un ideal; aun con mucho dominio de la técnica, sin fe, sin una gran fe, no se pueden pintar cuadros como los del genial cretense.

Se comprende perfectamente ante *El entierro del conde de Orgaz*, *La Asunción* y tantísimos otros, pero muy especialmente ahora ante *El Expolio*, ya que á sus obras de la Pasión nos queremos referir exclusivamente en este artículo. Ante esa joya de la Catedral toledana, maravilla de traza y de color, pero más aun, muchísimo más maravillosa de idealidad, de misterio, de suprema emoción en la reproducción de la me-

crable escena; de sublime belleza en la interpretación del asunto.

En este lienzo, que preside la sacristía mayor del templo primado, no hay trazos, ni pinceladas, ni colores, hay vidas; hay un Dios que siente y goza, que llora—con sus ojos maravillosos—de dolor y de placer, y unas mujeres que lloran sintiendo su dolor y unos hombres que le gozan y otros que le sienten también.

Ante *El Expolio*—uno de los tres más hermosos cuadros de *el Greco*—debiéramos rendir nuestro culto más ferviente en estos días santos.

Indudablemente, en ellos, en aquellos días de Semana Santa que vivió Dominico, los rindió su homenaje pintando los cuadros que de estas fiestas trazó su mano maestra y su excelso corazón.

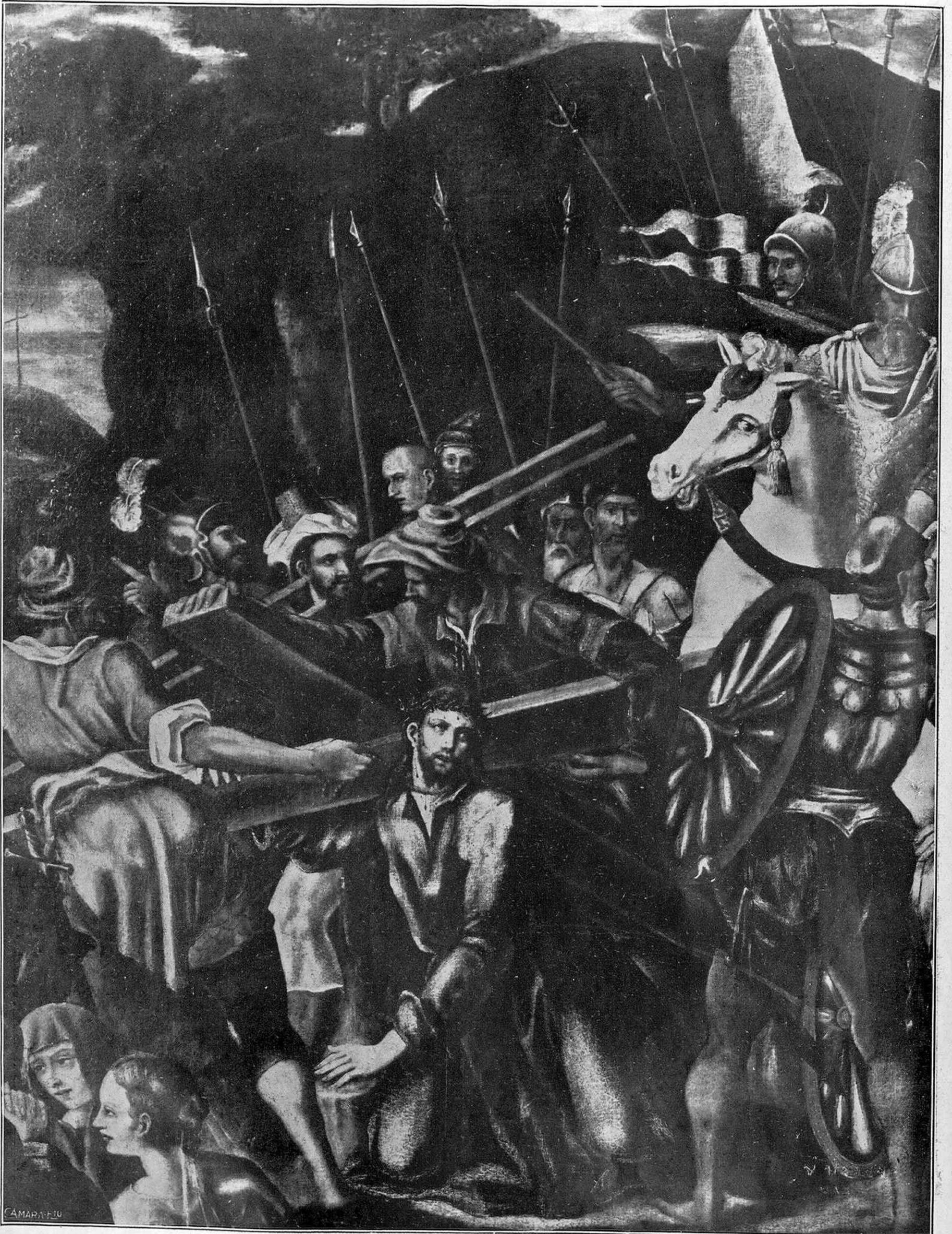
En aquellos años gloriosos que el gran pintor vivió la interesante ciudad toledana, su ciudad indiscutible, como él fué su pintor—el único pintor de Toledo—, al llegar los días de la Pasión de Nuestro Señor, *el Greco*, exaltada su fe, aumentadas sus devociones, agudizada su fiebre religiosa, debía sentir con toda intensidad los su-

Joyas de la pintura religiosa española



CRISTO EN LA CRUZ

Cuadro de «el Greco» (Museo del Louvre)



La gran hazaña de los hombres conduciéndole al Calvario..



En los brazos de su desconsolada Madre...

(Fots. Moreno)

blimes misterios y los trasladaba á sus lienzos. Así, él vió á Jesús muerto, muerto el cuerpo, en los brazos de su desconsolada madre y en los de su santo padre; él vió, con todo terror, la gran hazaña de los hombres, conduciéndole

al calvario; él vió el horrible momento de la Crucifixión, y el fausto, el solemne, el esperado de su poder sobrenatural, ascendiendo á los cielos al tercer día del luto universal.

El Greco vió, sintió con toda su soberana

belleza, con toda su grandiosa idealidad, estos días santos, transmitiéndonos su hermosa visión en los cuadros con que su mágica paleta los ofrendara.

SANTIAGO CAMARASA

Iconografía
de la Pasión
y Muerte
de Jesús

ANTE la cruz de Cristo, Nuestro Señor, enhiesta en la cúspide del Calvario, el alma cristiana, acongojada por la angustia del Salvador, apenas si tiene espacio para que en ella vibre la gratitud por la obra redentora.

En toda la iconografía, tan copiosa y variada, de la tragedia del Calvario, hay una insistente repetición de los mismos temas: el dolor lacerante de la Santa Madre de Dios, de María Magdalena, de María Salomé, de los discípulos todos de Jesús, y la indiferencia despiadada, cruel, de los sayones que escarnecen aún al Crucificado después del martirio, le tienden la esponja empapada en hiel, juegan á los dados sus vestiduras y solo son humanos cuando buscan con la lanza, hiriendo el Divino Seno, el corazón inflamado de amor, para dar en él el golpe de gracia.

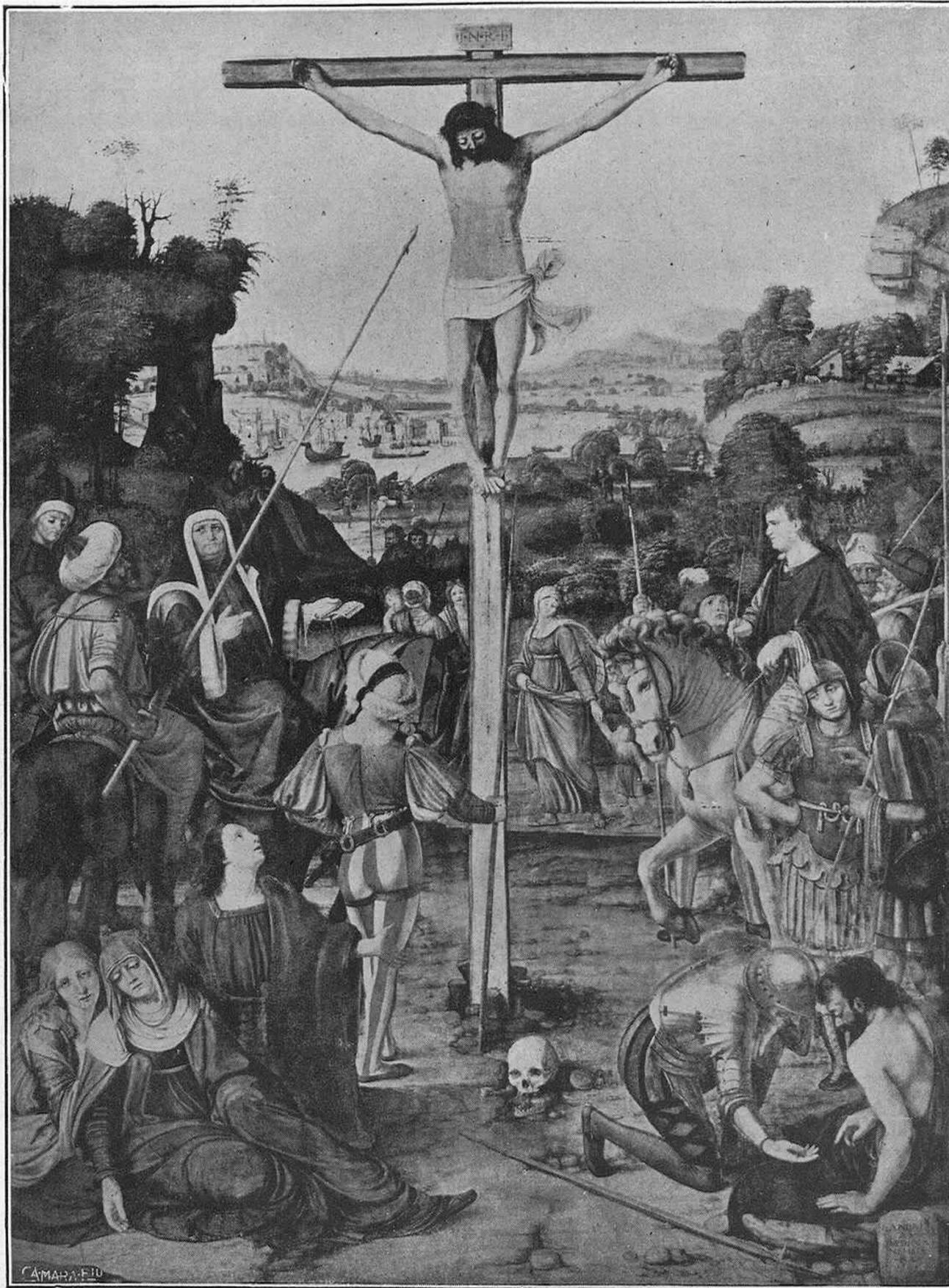
No hay en toda la prolongadísima serie de cuadros que representan el Calvario, la crucifixión, el momento de alzar la cruz, el descendimiento, la lanzada... todos los momentos culminantes de la escena final del drama sublime, un solo rostro que muestre la gratitud por el sacrificio consumado. Si la humanidad estuviese totalmente representada en las muchas figuras que figuraron los pintores, habría que creerle mejor de lo que es: intensamente altruista, sentiría más hondamente el dolor ajeno que el propio supremo, y lacer de sentirse liberado del poder infernal.

Si prolongamos nuestras observaciones más

lejos de la Cruz, aun seguimos observando el mismo hecho: más aun entonces que antes, el dolor se sobrepone á todo en los rostros y en las actitudes que los pintores figuraron: ausentes ya los sayones y el populacho que pidió la muerte del Justo, sólo queda el dolor como tema pictórico, que sólo cede el lugar al asombro de los guardianes del sepulcro, ante el milagro consumado.

Tal vez cabía, sin embargo, una interpretación menos humana de aquellos momentos finales de la vida de Jesús: llorar la pérdida de lo humano, cuando se ha reconquistado lo divino, parece en el fondo más apropiado sentimiento para descreídos ó ignaros que no para creyentes, ante los atónitos ojos de los cuales se han cumplido las profecías.

Un cristiano que cree sincera y hondamente, con el espíritu y con el corazón, no puede hablar como el poeta de:



LA CRUCIFIXION
Cuadro de Solario (Museo del Louvre)

UTILIDAD
DEL
DOLOR
HUMANO

*El terrible misterio
[de la muerte:]*

el misterio de la muerte no es tal misterio para el que cree; la muerte es siempre redención y la muerte de Jesús es doblemente símbolo de esa liberación redentora.

El sacrificio del Padre por sus hijos tiene, es cierto, en los momentos culminantes de la tragedia, acentos angustiosos del dolor puramente humano: cuando Jesús en el huerto pide á su divino Padre que aparte de él el cáliz que el ángel le ofrece, y cuando alzada ya la Cruz el Redentor exclama: «Padre mío! ¿Por qué

me has abandonado?», es la carne flaca y temerosa la que implora y gime; Jesús, Dios, siente entonces como hombre: tal vez así quiso mostrarnos lo flaco y cobarde de la humana concepción.

Veinte siglos de meditaciones debieron haber arrancado en nosotros la idea consoladora y optimista de que fuimos redimidos; hoy, sin embargo, como ayer, como en los cuadros de los más diversos pinceles y épocas, seguimos llorando el terrible dolor y no alzamos sobre él la inmensa gratitud que el sacrificio debió inspirarnos perpetuamente.

Tal vez porque sentimos así el dolor, que también suele ser, como la muerte misma, redentor, el dolor nos agobia tanto. Mirándole de frente y sacando de él las esencias superiores que contiene, aprenderíamos á soportarle.

SANTIAGO HERRERA

Iconografía de la Pasión y Muerte de Jesús



LOS CUATRO EVANGELISTAS

(Cuadro de Jordaëns)

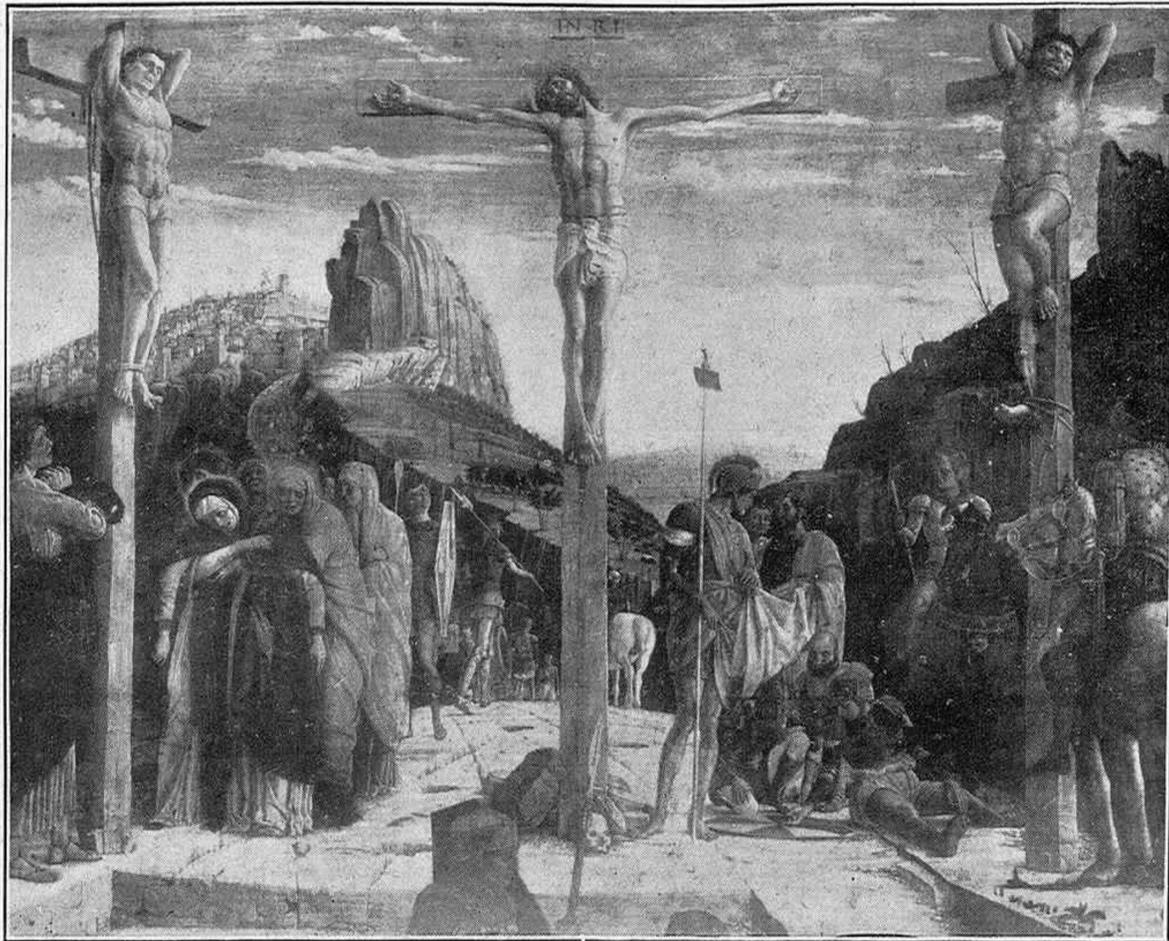
IMPRESIONES DE LA TIERRA SANTA

JERUSALÉN

Los oráculos vivientes proclamaron que le estaba reservado un reino sin límites; que sería un día la capital del mundo entero y que el género humano se haría judío. Jerusalén y su templo se les aparecían como una ciudad colocada en la cumbre de una montaña hacia la cual se dirigían todos los pueblos de la tierra; como un oráculo de donde había de salir la ley universal; como el centro de un reino espiritual en donde la humanidad, pacificada por Jesucristo, volvería a encontrar los goces del Edén. Y como anunciaron las profecías así se cumplió. Allí se exaltó el martirio y de allí salieron los lamentos sobrenaturales del «hombre de dolor». De allí salió la palabra de Dios para los pueblos de la Tierra. Allí, en el regazo de la virgen hija de Sión, se alzó el escenario del drama único en la historia; allí, cada profecía se convirtió en un tremendo suceso histórico; cada dicho del Señor en un poderoso episodio humano. Allí, el pueblo emerge y toma la parte que en el drama le fué destinada; desfila la muchedumbre, los discípulos adquieren personalidad, y sobre ellos, y sobre la ciudad, y sobre la Historia, la figura de Jesús se eleva como torre gigantesca proyectando su sombra a través de los siglos. Por allí anduvo El como un hombre, exhalando, sin embargo, el misterio de un dios. ¡Allí fué la última cena, la noche pasada en el monte de las Olivas, el arresto, la comparecencia ante los dos tribunales—el judío y el romano—la exaltación sacrilega de la plebe, la condena, la flagelación, la subida al Calvario, la Crucifixión, la muerte, el sepulcro y la resurrección! Nunca, la gloria eterna de Jerusalén podrá ser eclipsada, ni por la jerarquía imperial de Roma, ni por la poética Nazaret, ni por la Belén legendaria...

EL ROMANTICISMO SE VA

Tales son los sentimientos que agitan nuestro espíritu cuando el tren—un tren excelente que nada tiene que envidiar a los grandes expresos europeos—nos va acercando a la Tierra Santa. Sin embargo, preciso es declarar que estos adelantos modernos, al rodear los viajes de todo confort, los despojan de todo romanticismo. Poco ó nada nos indica que en estos instantes estamos surcando uno de los países de más profunda, de más humana y conmovedora historia. Llegada la hora de cenar penetramos en el lujoso coche comedor, donde nos sirven una comida de finos platos internacionales; luego cambiamos en Kantara occidental, atravesamos el canal de Suez en un vaporcito de río y arribamos a Kantara oriental en pocos minutos; allí nos espera otro tren compuesto casi todo de coches camas y nos acostamos ya en Asia. A la mañana siguiente, después de almorzar, dejamos este tren por otro más adecuado para trepar a las montañas sobre las cuales Jerusalén está sentada. Y ya estamos. Descendemos en la estación—una estación perfectamente moderna—y en compañía de otros via-



«El Calvario», cuadro de Mantegna (Museo del Louvre)

jeros tomamos un automóvil que nos lleva al Nuevo Hotel.

GRITAN LAS PIEDRAS, PERO EL TURISTA NO LAS OYE; LAS OYE EL PEREGRINO.

Tenemos el presentimiento de haber errado el tema sentimental de nuestro viaje. ¿Es así como habíamos pensado nosotros que se nos apareciera un día Jerusalén? Hemos entrado en la Tierra Santa al norte de la península del Sinaí, más arriba de la ruta que siguieron los israelitas cuando llevados por el gran caudillo de su raza iban hacia la tierra prometida. Pero esto que hace temblar de emoción la barba de algún judío compañero nuestro de viaje, nos deja a nosotros impasibles. No son tradiciones judaicas lo que por el momento buscamos, si no cristianas. Preferíamos haber llegado aquí bajando las montañas de Nazaret, de aquellas cimas donde Jesús se sentó tantas veces a pensar en su obra, en su raza, en el bien de la humanidad, sin la sombra de una duda. Hubiéramos querido descender de las regiones norteñas por la ruta de Sichem, entre pequeñas ciudades y grandes aldeas, a través de campiñas deliciosas, de frescos y puros manantiales, de viñas, de naranjos, limoneros, granados é higueras proyectando su sombra hospitalaria en anchas, espaciosas huertas... De aquel Norte que dió al mundo las bellas mujeres del grande drama cristiano: la cándida Sulamita, la humilde Cananea, la Magdalena apasionada, la misteriosa María, y llegar así a la árida y triste Jerusalén, cuyas obras, por inexcrutable designio, quedaron marcadas siempre con un sello de grandiosidad perdurable.

Lejos de esto, habíamos arribado a ella ligeramente, casi sacrilegamente, como turistas. A punto estuvo tan grave error de costarnos las mejores emociones de nuestro viaje. No se puede ir a Jerusalén como turista; hay que ir como peregrino. Ante el turista, la venerable y antigua ciudad recata su semblante. Hace bien. A toda ciudad encantada—y Jerusalén es una ciudad encantada—hay que llegar con una disposición especial del espíritu: ingenuidad, fe, inocencia, locura. Traigamos, pues, intacta nues-

tra facultad de asombro, ya que en asombro hay siempre un elemento positivo de plegaria. Porque aquí se ensoñaron prodigiosos y terribles sueños y todo quedó hechizado. «Cuando éstos callen—dijo Jesús, señalando a sus discípulos—gritarán las piedras». Y las piedras gritaron y gritan todavía y gritarán eternamente. Los turistas, empero, no las oyen. Sólo pueden oír las el peregrino ó el poeta.

EN LA CALLE DE DAVID

Afortunadamente, pronto nos gana el prestigio del pasado. Dejamos la nueva ciudad, la Jerusalén de los occidentales, donde caprichosos millonarios han construido suntuosas residencias y donde se aloja el elemento oficial que representa la autoridad de Inglaterra en el protectorado de Palestina. Penetramos en la vieja Jerusalén por la puerta de Jaffa que da a la calle de David. Junto a nosotros

camina un norteamericano con su hija, absurda pareja en verdad, que pronto llega a sernos completamente insoportable. La señorita—no sé si de Arkansas ó de Ohio—es instruída y agradable para una partida de te, de baile, de campo ó de tennis. El padre, un yanqui retirado ya de los negocios y satisfecho de sí mismo, tiene en los labios una sonrisa escéptica, una sonrisa de superioridad, de suficiencia y de ironía. No se explica uno cómo le han pedido a Cook que les envíe aquí. Están defraudados y con razón. No comprenden nada. No comprenden ni siquiera su incompreensión. Cada vez que el guía indica un monumento, una cosa ó un sitio histórico, el «gentleman» de Arkansas ó de Ohio ríe ó pide pruebas de su autenticidad. No cree en la tradición. No quiere que por su dinero le den leyendas; quiere realidades. Si alguien pudiera demostrarle que el cristianismo es un sueño, un divino sueño, este hombre eficiente y práctico dejaría de ser cristiano. Le pregunto al guía si no habría por ahí una buena realidad para este señor: un autógrafo de Pilatos, por ejemplo. El buen señor pagará los dólares que valga y luego pedirá a los peritos calígrafos un certificado en el que conste que aquella letra es, efectivamente, la del procurador de Judea, Poncio Pilatos, bajo la autoridad del legado imperial Publio Sulpicio Quirino, teniendo Jesús veintiséis años de edad y siendo ya, por tanto, bien conocido en Jerusalén.

La calle de David es una de las principales de la ciudad. Es estrecha—en Jerusalén no hay calles anchas—y desde la puerta de Jaffa donde comienza desciende en serie de anchos peldaños y luego vuelve a subir buscando la Roca sobre la cual Salomón construyó su templo y donde actualmente se encuentra la gran mezquita de Omar. Está siempre atestada de seres pintorescos: beduinos del desierto con sus vestiduras flotantes; judíos de largas barbas y largas túnicas, sucios y peludos; negros de África; armenios, griegos, cristianos; burros y camellos, todos los cuales llenan el aire de fantásticos ruidos. Suben, bajan, van y vienen, grita, gesticulan, comercian... Es un espectáculo difícil de olvidar.

EL NOBLE SANTUARIO

Haramesh-Serif (el Noble Santuario) comúnmente llamado por los cristianos mezquita de Omar. «Pelead valientemente; no mutiléis á los vencidos; no matéis á los viejos, á las mujeres ni á los niños; no destruyais las palmeras; no queméis los árboles frutales; no matéis al ganado si no para vuestro alimento. Hallaréis hombres en soledad y meditación, consagrados á Dios: no les hagais mal. Hallaréis otros con la cabeza tonsurada y un mechón de pelo en la afeitada corona; á esos exterminadlos con vuestros sables, no les déis cuartel».

He aquí las instrucciones que dió á sus guerreros el grande y terrible califa que conquistó á Jerusalén y mandó alzar este templo. La ciudad de David resistió valientemente cuatro meses y se rindió al califa en persona. El obispo Sofronius salió á recibirle. «¿Dónde está el santo lugar que ocupaba el templo de Salomón?»—preguntó Omar. El obispo tuvo que mostrar los lugares al nuevo señor de Jerusalén y lo condujo á la cima del monte Moriah. «Aquí erigiré yo una grande mezquita para adoración del Islam»; mientras en la secreta amargura de su corazón el obispo murmuraba: «Ahora es, en verdad, la abominación del Santo de los Santos».

Y la mezquita fué levantada. De los templos que existen sobre la faz de la tierra, ninguno hay tan bello ni tan impresionante. Llegamos hasta él y á su vista el propio «gentleman» de Arkansas se siente anonadado. Aquí, Salomón, mil años antes de Cristo, edificó la Casa de Dios y su palacio, cuya majestad y grandeza habrá de enorgullecer á los israelitas é impresionar á las multitudes de idólatras que constantemente transitaban por la gran ruta comercial entre el Norte y el Sur, á través de Jerusalén. Cuatrocientos años más tarde fué destruido por Nabucodonosor. Volvió á ser reconstruido por los judíos y saqueado y destruido en parte por sucesivos conquistadores. Herodes volvió á reconstruirlo y Tito lo destruyó por última vez. Y así permaneció hasta que los musulmanes levantaron esta mezquita sin par. Es un inmenso octógono coronado por un edificio circular que soporta la cúpula bajo la cual está la sagrada Roca.

Las leyendas acerca de la Roca son fantásticas. Aquí preparó Abraham á su hijo Isaac para el sacrificio; aquí construyó David un altar al Señor y más tarde se alzó el tabernáculo de los holocaustos en el templo de Salomón; aquí, bajo la Roca, se ocultaba el profeta Jeremías; y desde ella creen los musulmanes que ascendió Mahoma al cielo, por lo cual una oración rezada aquí vale más que mil rezadas en otro lugar... Mas cualquiera que sea la devoción con que se mire, aun contemplándola con la escéptica sonrisa del caballero de Arkansas, la mezquita es gloriosa. Filigranas en mosaicos de valor inestimable, mármoles y porcelanas que resisten á la acción del tiempo y resplandecen á la luz del sol bajo la enorme y airada cúpula... ¡Qué artistas y qué creyentes debieron idear esto! ¡Imposible es concebir maravilla tal sin tener el corazón en llamas por el amor de Dios!

EL MURO DE LAS LAMENTACIONES

Descendemos por un complicado laberinto de estrechas y torcidas callejuelas y venimos á dar frente al muro de las lamentaciones. Tras la tradición musulmana, la tradición

judía. Este es lo que ha quedado del templo famoso de Salomón. Desde tiempo inmemorial vienen aquí los judíos á llorar los infortunios de sus raza. Es un muro compuesto de enormes bloques de piedra caliza de cerca de cien varas de largo por veinte de alto, y durante siglos y siglos, á todas horas, hombres y mujeres, poseídos de ardiente devoción, vienen á arrodillarse ante la pared legendaria, acariciándola con las manos, besándola férvidamente, hasta dejar la piedra pulida y brillante.

Practican los judíos varias formas de ritual delante del muro. La tarde del viernes acuden por centenares; llegan, rezan y lloran sus desdichas y dejan sitio á otros. Ese día la congregación canta el salmo 79: «¿Hasta cuándo, Señor?» Veinte siglos dura ya la lamentación de los israelitas desde que Tito destruyó el templo. San Jerónimo refiere que los judíos sobornaban á los soldados romanos para que los dejaran llorar sobre las ruínas. Como tantas cosas de las que es dado contemplar en Jerusalén, es un espectáculo inolvidable.

TRADICIONES, TRADICIONES

Imposible dar un paso por esta antigua y sagrada tierra sin tropezar con la tradición. He aquí el sitio donde Abraham halló el cordero trabado por los cuernos en la espesura del zarzal; mirad allí, en la llanura, el sitio que ocuparon Sodoma y Gomorra, exterminadas á fuego por sus muchos pecados; contemplad la tumba de Absalom, el valle de Josafat...

Todo esto tiene un vago y remoto eco de poesía en el alma del peregrino. Dios ha visitado aquí á su pueblo desde los tiempos primitivos, porque este pueblo buscó siempre á Dios. Los patriarcas nómadas tenían ya en su corazón el principio monoteísta; en su nombre invadieron esta tierra de Canaán y establecieron su alianza con el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob; elevaron sacrificios y pusieron el arca del testimonio sobre la Roca de Moriah con las tablas de la ley.

Cuando esta ley se corrompe viene Cristo, el Hijo del Hombre, á Jerusalén para establecer el nuevo pacto. Y he aquí que otra vez nos sale al paso la tradición, pero ahora es la bella y fecunda tradición cristiana. Belén, Nazaret, Jericó... ¡Cuántas veces, siendo niños, hemos cantado estos nombres con la alegre familiaridad de los nombres amados! ¡Oh, dulce Oriente! ¡Qué suave reposo se goza bajo tus tiendas! ¡Cómo desfila por las páginas de tus libros sagrados, en larga caravana, toda la santa antigüedad! Visitar la Palestina fué, desde mi adolescencia, un sueño dorado. Contemplar el ma-

cizo y nevado Hermón; tenderme á soñar bajo los milenarios cedros del Líbano; beber agua del pozo de Jacob; ver avanzar á lomos de los camellos á las veladas vírgenes de Canaán; visitar la tierra de Ruth Moabita y los campos de Bethlehem adonde Noemi la condujo para suscitarse á su casa; bañarme en el Jordán; subir al Hebrón, al Carmelo, y deambular de noche por la vieja Jerusalén... Y uniendo á las antiguas las postreras asociaciones, visitar el jardín de Gethsemaní y el huerto de las Olivas, recorrer la Vía Dolorosa, detenerme ante la casa de Pilatos y llegar por último al sepulcro de Jesús...

EL SEPULCRO

Realizado este deseo, el corazón se enriquece con sensaciones extraordinarias. Ya estamos ante la iglesia del Santo Sepulcro. Al trasponer sus umbrales nos sobrecoge una emoción que casi se parece al miedo. ¿Con que es aquí? Nuestros pies se deslizan sin ruido sobre las anchas losas y nuestros ojos absorben todos los detalles. Apoyados contra un macizo pilar contemplamos la capilla erigida en el lugar de la crucifixión y mentalmente revivimos el drama, el drama terrible que cambió la faz del mundo. Y pensamos en las Cruzadas, ese enorme movimiento de los pueblos occidentales para redimir el sepulcro de Cristo, que fué como un terremoto levantando todo un paisaje...

La iglesia es muy grande. Mejor sería decir que se compone de un grupo de iglesias pertenecientes á las diversas ramas del árbol cristiano: católicos, protestantes, maronitas, coptos, griegos y armenios; entre todas ocupan el sitio de la crucifixión y la sepultura. Ha sido destruída y reedificada incontable número de veces desde tiempo inmemorial, pues Jerusalén, que es decir «ciudad de paz», es quizá la que más guerras ha conocido en el mundo. Capillas y santuarios se añadieron para conmemorar episodios que tuvieron lugar en momentos anteriores y posteriores á la muerte del Salvador. Naturalmente, mucho de lo que allí se vé es legendario.

El sitio tradicional de la crucifixión está cubierto por una capilla decorada de mosaicos y pedrería, en la que penden innumerables y magníficas lámparas perennemente encendidas.

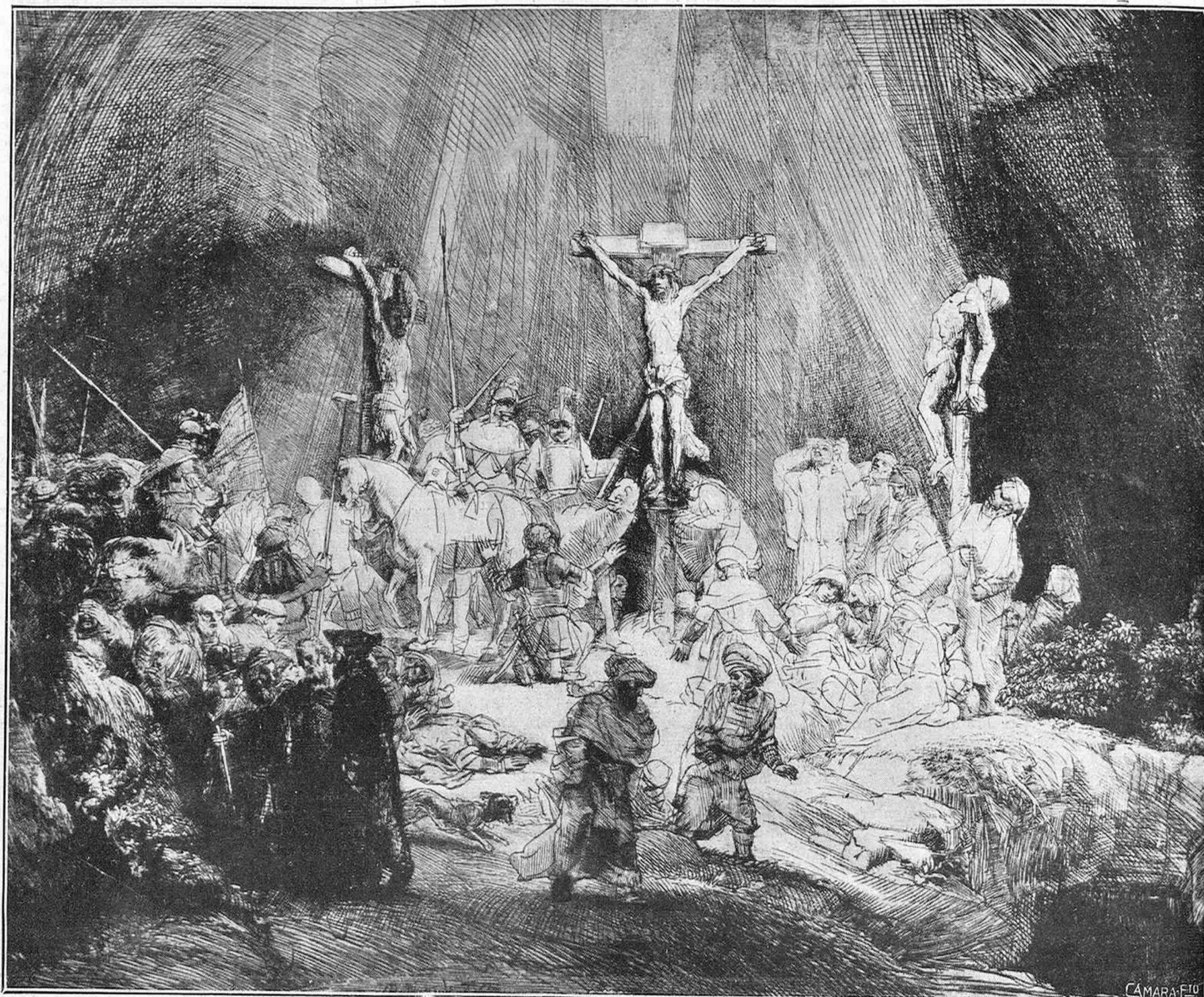
Pasamos al Sepulcro. Es de mármol y resplandece con la luz que sobre él arrojan innumerables lámparas de plata y oro incrustadas de piedras preciosas, y altos candelabros de variados colores. Bajo la losa grande de mármol, rodeada de cirios, está la Tumba misma. Es muy pequeña y en ella arden más de cuarenta lámparas. La iglesia católica, apostólica y romana la guarda con ferviente celo y dice allí misa todos los días.

Sí; realmente muchas de las cosas que vemos y oímos son legendarias. ¡Pero qué arte, qué magia, qué encanto hay en estas leyendas! Sumergida en ellas, el alma recibe un baño místico, un baño de poesía. Ahora llegan una a una mujeres con sus mantos por la cabeza, se arrodillan y rezan. Hay un momento en el augusto silencio de esta tumba en que casi espera uno ver al Señor con sus manos lívidas, con sus manos majestuosas y terribles, apartar la grande piedra y presentarse otra vez á las mujeres de Galilea en la radiante y etérea figura de una aparición!

José RODRIGUEZ
DE LA PEÑA



«Jesús llevando la Cruz», cuadro de Ch. Le Brun (Museo del Louvre)



EL MONTE CALVARIO DESPUES DE LA CRUCIFIXION

Boceto de Rembrandt

COMO VEIA REMBRANDT LA PASION

DIBUJOS Y BOCETOS

POR grande y copiosa que sea la labor de un artista es difícil que sea realización completa de lo que su autor imaginó, ni siquiera de todo aquello que, después de una gestación lenta, tuvo un comienzo de forma definitiva.

Rembrandt, por ejemplo, fué un artista fecundo cuya portentosa labor tiene magníficas representaciones en todos los grandes museos del mundo y en su labor cuadros de muy diversos géneros y muy diversamente orientados.

La vida del arte y el ambiente en que se movió y la época á que corresponde su pintura explican muchos de sus cuadros, retratos casi siempre, aunque el autor acusara su portentoso talento agrupándolos artísticamente en com-

posiciones llenas de vida que algunos grandes artistas imitaron, pero ninguno logró superar. Son, en general, cuadros con pocas figuras. *La lección de anatomía*, *La ronda de noche* y tantos otros mueven en un ambiente limitado figuras grandes: es el asunto el que impone esa relación; pero aun ateniéndose á ella, Rembrandt logra efectos admirables por su modo de agrupar las figuras. Para la posteridad, el motivo de aquellos cuadros ni perdura, salvo en los estudios eruditos, ni interesa. Son los cuadros mismos, como cuadros de composición, lo que quedó y se admira.

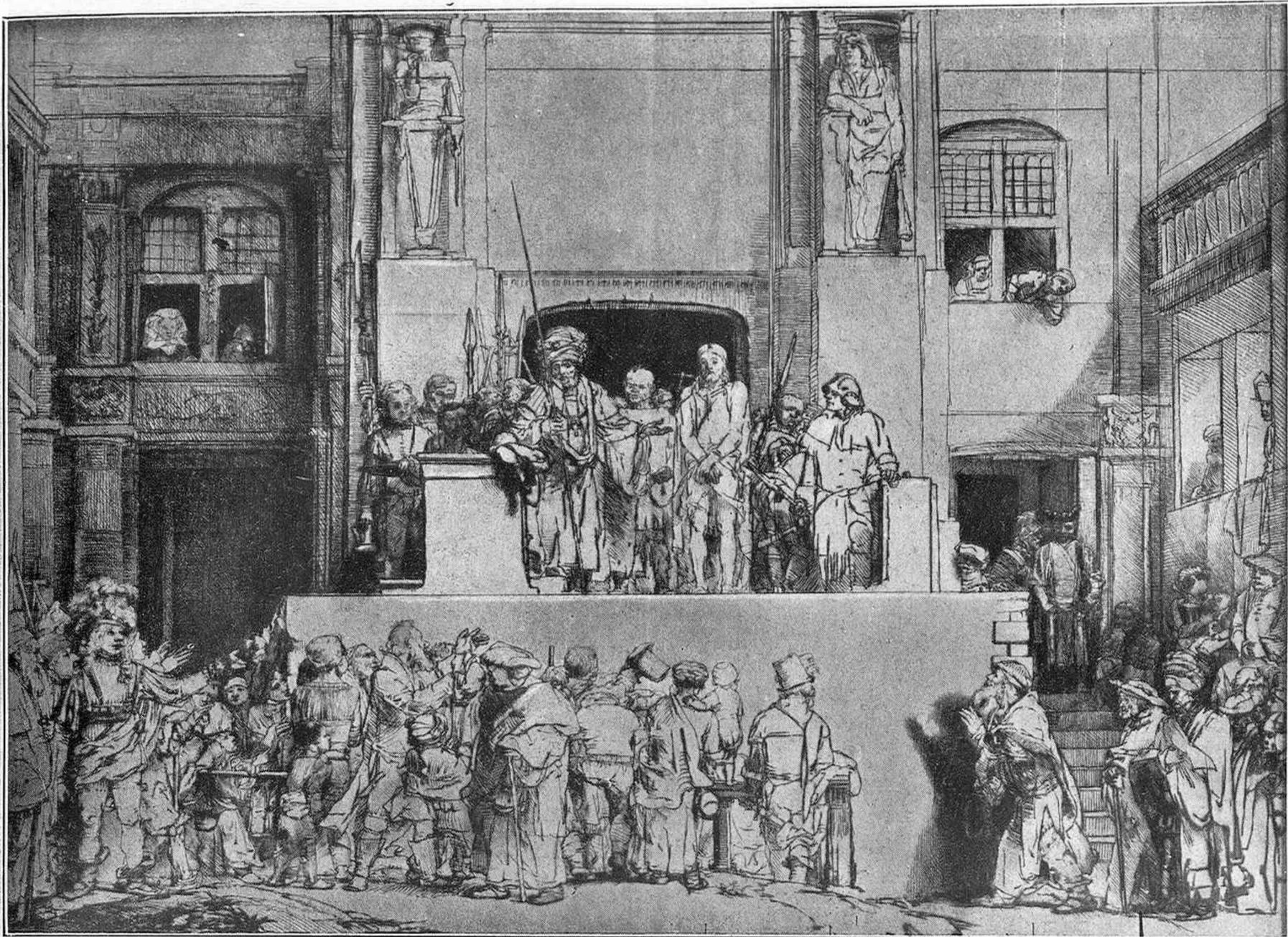
Pero con todo, esos cuadros no revelan suficientemente esa modalidad especial del talento del maestro holandés: su dominio absoluto de la composición aparece más dominante

en algunos apuntes y bocetos conservados en la *Casa de Rembrandt*, de Amsterdam.

Reproducimos hoy tres de esas admirables obras:

Un *Ecce Homo*, mejor dicho, la presentación de Jesús al pueblo, ya que, con ser tanto en la obra la figura principal, el pueblo congregado ante ella y los soldados que en lo alto de la composición la rodean, dan admirablemente la sensación del momento.

Un calvario en que se acentúa esa misma orientación, repartiendo con admirable arte la intensidad emotiva entre la figura del Cristo, la de los crucificados con El y la del pueblo que con las figuras principales de la vida de Jesús, llenan ampliamente el inmenso espacio representado.



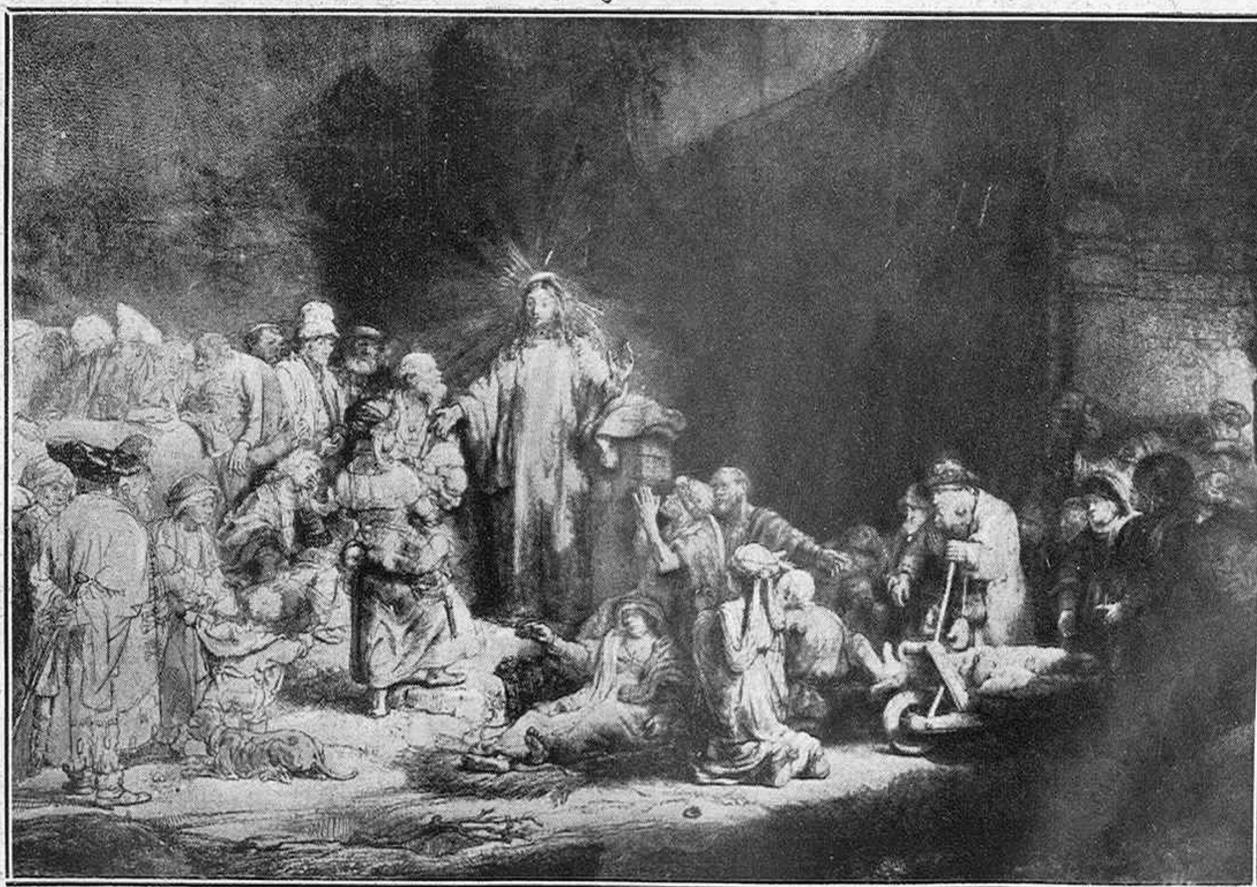
ECCE HOMO

Admirable composición de Rembrandt, que se conserva en Amsterdam

La tercera fotografía reproduce una escena llena de ambiente espiritual, de la vida milagrosa del Dios-hombre.

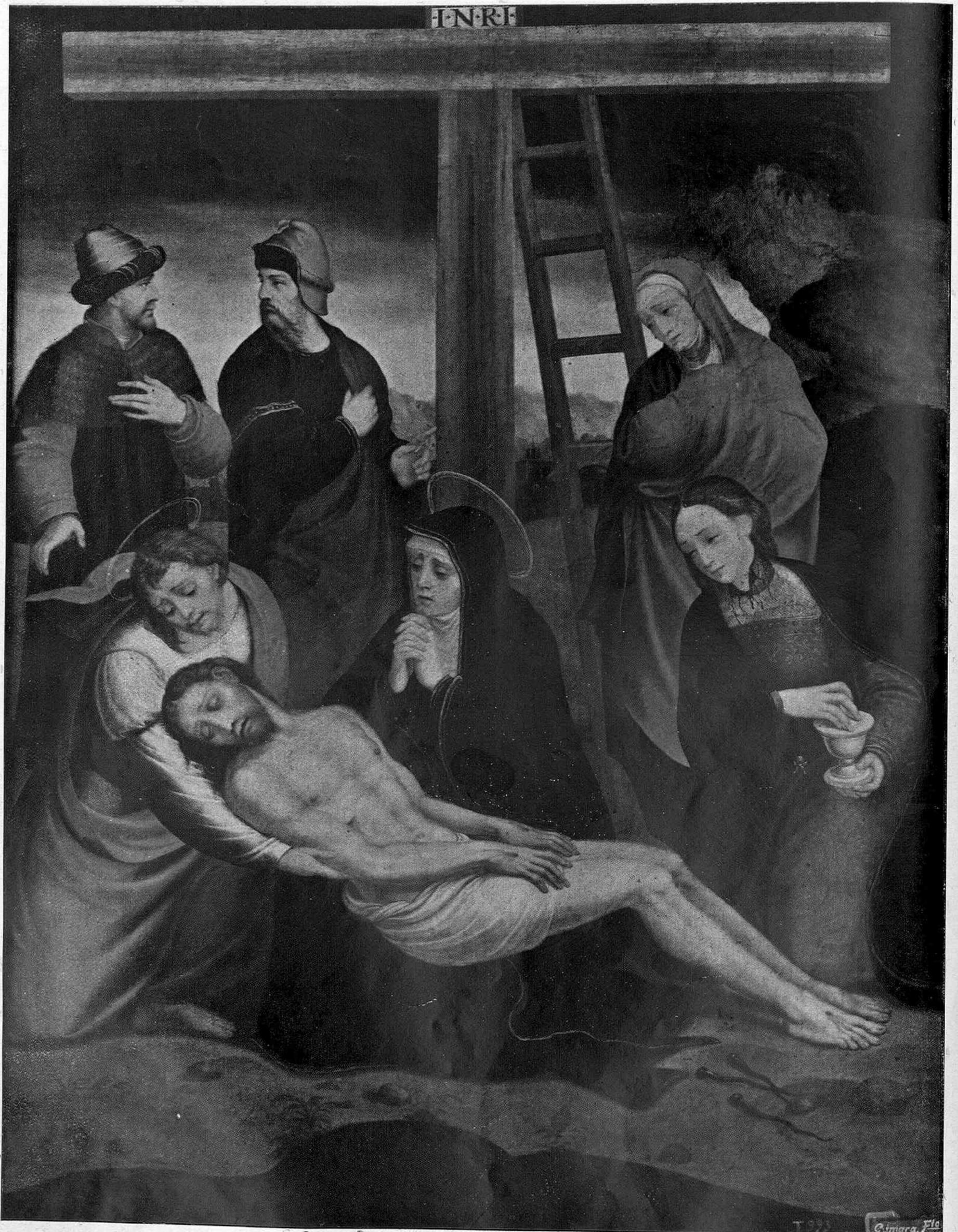
La belleza de los dibujos de Rembrandt y sobre todo la riqueza y brío de sus composiciones se muestra admirablemente en los que hoy reproducimos.

Las figuras abocetadas cuando más, meramente diseñadas otras, tienen fortísima intensidad expresiva y hacen patente en gestos y actitudes el horror de la tragedia que el pintor holandés se propuso representar en dos de ellos. En el tercero, la misma intensidad expresiva refleja en los rostros y en las posiciones de las figuras la fe y la esperanza de los que se acercan al Señor.



EN BUSCA DEL MILAGRO
Cuadro abocetado, por Rembrandt

Cuadros admirables todos los de Rembrandt, quizás ninguno de ellos le muestra tan gran pintor como estos dibujos y bocetos. Otros lienzos magistrales del flamenco, aun concebidos con grandeza, tienen su fantasía limitada por los temas que requieren la fidelidad al modelo e imponen en cierto modo un tipo de composición. Las escenas de la Pasión, que hoy reproducimos, sin tales trabas, permiten ver mejor hasta dónde llegaban la fuerza imaginativa y el arte de compositor de Rembrandt; no son copia fiel del natural: nos muestra las escenas sagradas con toda fuerza de realidad, pero tal como las imaginó el autor.



LA PINTURA RELIGIOSA

«Cristo muerto», cuadro de la escuela de Correa, existente en el Museo del Prado

Meditaciones del P. Angeles sobre el Descendimiento

ENTRAN los dos venerables ancianos por el Calvario con gran reverencia, por aquella tierra de promisión que hasta allí habían poseído los enemigos, y venía regada con la sangre del Señor, de que son exploradores. Y habiendo dado el pésame á la Madre Santa, con muchas lágrimas y sollozos hicieron oración á la Cruz, diciendo: No se os haga de mal, árbol santo, darnos el fruto que tan maduro tenéis y sustentáis en vuestros brazos. ¡Oh, cedro más alto que los del monte Líbano! Ablandaos un poco é inclinad vuestras ramas para que cojamos el esquilmo y tesoro de la Iglesia. Bajaron con gran reverencia el sagrado cuerpo, adonde hubo millares de ángeles que quisieron llevárselo al cielo, mas no se atrevieron, porque en su testamento le mandó á los hombres. Sube con ellos, alma contemplativa, y

mira el quitar de la corona y el enderezar de los clavos rallados, el sustentar el cuerpo en una toalla limpia, la entrega que se hace de esta reliquia y sagrados despojos á la Santa Madre, y lo que Ella hace con cada uno de ellos. ¡Oh, clavos que habéis atravesado mi corazón! ¿Como os atrevisteis con tanta crueldad á romper la carne de vuestro creador? ¡Oh, clavos que habéis sustentado al que sustenta los cielos, de vosotros ha estado pendiente el fiel y peso de la divina justicia, y el contrapeso del peso del mundo! ¡Oh, corona de todas las coronas,

que mereciste estar encima de la corona de la cabeza del Señor de la Gloria! ¡Oh, espinas que entrando por la cabeza de mi hijo, habéis llagado mi corazón! Bajan el cuerpo, pónenle en los brazos de la Madre, abrázase con él, asíéntase en tierra, junta rostro con rostro y riégale con lágrimas de sus ojos, diciendo: ¡Oh, vida muerta! ¡Oh, sol de mi alegría eclipsado! ¡Oh, lumbre de mis ojos oscurecida! ¡Oh, rosa divina! ¡Cuáles han sido las manos que así os han maltratado y marchitado vuestra hermosura? ¿Quién ha borrado el traslado de la Gloria del Padre? ¡Oh, hermoso sobre los hijos de los hombres! ¿Quién ha desfigurado vuestro rostro lleno de mil gracias?



«El Descendimiento» (de autor anónimo)

SONETOS
DE LA
PASIÓN

«Piedad», cuadro de Tura
(Museo del Louvre)

DE MORTE CHRISTI

De jerga está vestido el claro día;
Luto se pone el cielo sempiterno;
Ya deja Febo el carro y su gobierno,
Que la oscura tiniebla lo vencía.

Todo lo que era gozo y alegría,
De tristeza y dolor parece infierno,
Porque su Criador, su Dios eterno,
En cruz por el humano padecía.

¿Qué caridad tan grande te ha mostrado,
Monarca principal de gran renombre,
A dar tan gran tesoro á quien te ofende?

Piedras sienten, y Pedro te ha negado,
Al cielo quies llevar al hombre, y hombre
Es quien te crucifica y quien te vende.

RAMÍREZ PAGÁN.—*Floresta de varia poesia.*

A LA RESURRECCIÓN DEL SEÑOR

Levanta, hombre mortal, está despierto,
Madruga á ver tu luz, y tu alegría
Antes que salga el sol; resplandecía
El día más hermoso, claro, abierto.

Viste á Jesús crucificado y muerto,
Y aquel sepulcro nuevo en piedra fría;
Pues mira la gran lumbré al tercer día,
La vida, gloria y ser que ha descubierto.

La flaca humanidad mostró en la muerte,
Y en el resucitarse glorioso
Soberana deidad con ella unida.

Ayer, manso cordero temeroso;
Hoy, llama con bramido el león fuerte,
Para mostrar que es Dios en darse vida.

EL MISMO.—*Id., id.*

DE ASCENSIONE DOMINI

De vestido inmortal resplandeciente,
Presentes las amadas compañías,
Cumplidos ya dos veces veinte días
De su resurrección santa, excelente;

Sobre el cielo del cielo en el Oriente,
Entre coros de inmensas alegrías,
Se sube el Hacedor de hierarquías
A la diestra del Padre omnipotente.

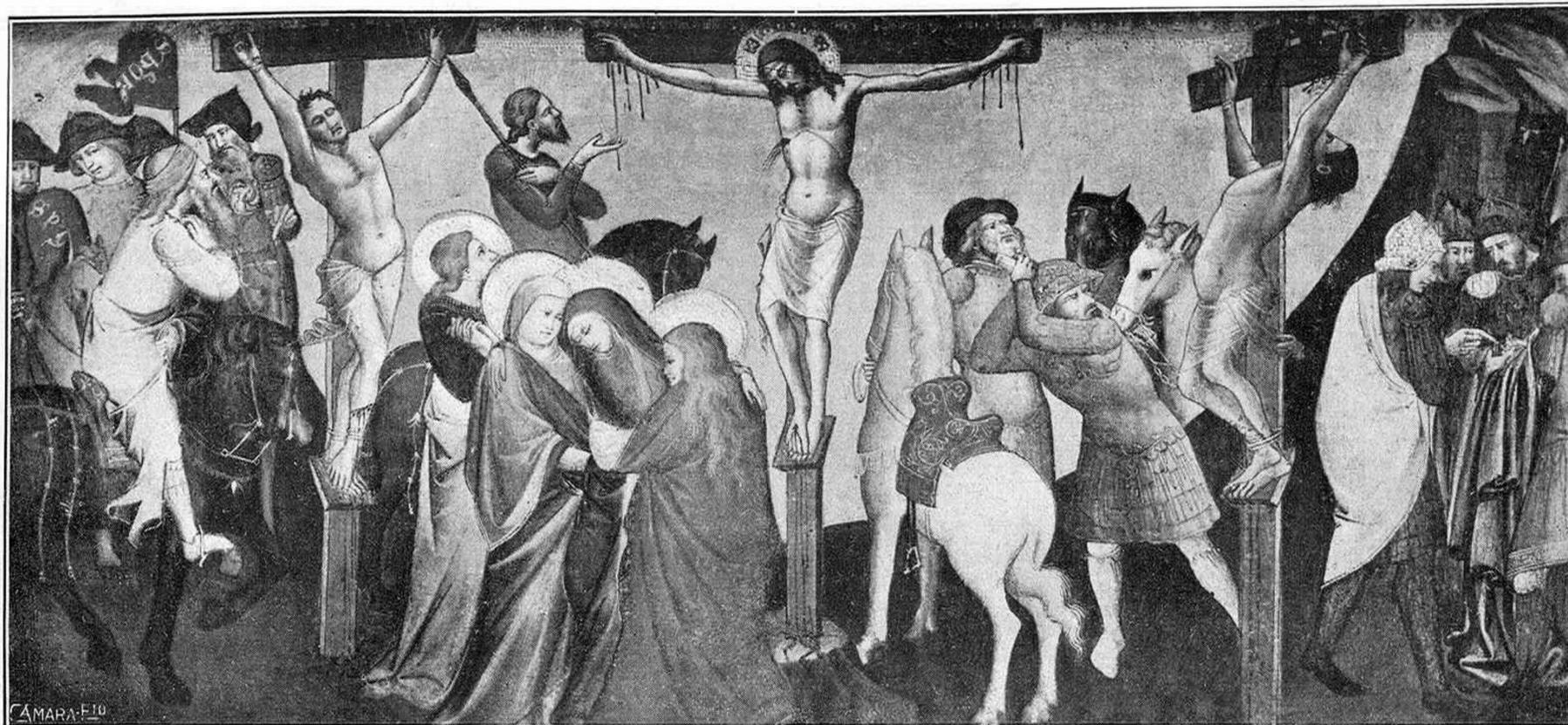
Del infierno despojes ricos lleva;
Mas sin comparación más altos dones
Nos da con el Espíritu muy Santo.

Regocíjese el mundo desta nueva,
Levántense las armas y pendones
De quien ha levantado el hombre tanto.

EL MISMO.—*Id., id.*



«Cristo y Judas» y «Martirio de un Santo», díptico de Gaddi
(Museo del Louvre)



«La Crucifixión», parte central de un tríptico de T. Gaddi
(Museo del Louvre)

DE CRISTO LAVANDO LOS PIES
Á LOS DISCÍPULOS

Sabio Jesús, de la apretada hora,
Para pasar del mundo al Padre eterno,
Sabiendo que en sus manos el gobierno
Puso de cuanto en cielo y tierra mora,
El claro rutilar de roja aurora,
Ofendidos con nieblas del invierno,
Como salió del seno ardiente y tierno,
Vuelve al sagrado sol que lo atesora.

Y aqeste mismo ardor, antes que el paso
Mortal lo cubra de ceniza y luto,
Las aguas vence, y su frialdad deshace.

Abrióse el cielo al espantable caso,
Viendo á Cristo coger humilde fruto,
De pies lavados, do su amor se aplace.

DE CRISTO ORANDO EN EL HUERTO Y SUDANDO
POR LA AGONÍA SANGRE

Cristo Señor, en mísera agonía,
Triste, turbado y con interno hielo,
Flojo el vigor, que sustentara el cielo,
Reuelta de su alma la armonía,

Cuanto más los contrarios resistía,
Su fuego entre la lucha bañó el suelo
De sanguino sudor, y el desconsuelo
Asido hasta la muerte le tenía;

Cuando, postrado en oración ferviente,
Clama: «Padre ofendido, el cáliz pase
De mi dolor; mas tu querer se haga».

Y confortado el ánimo doliente,
No habiendo batería que lo arrase,
Por la vitoria despreció la llaga.

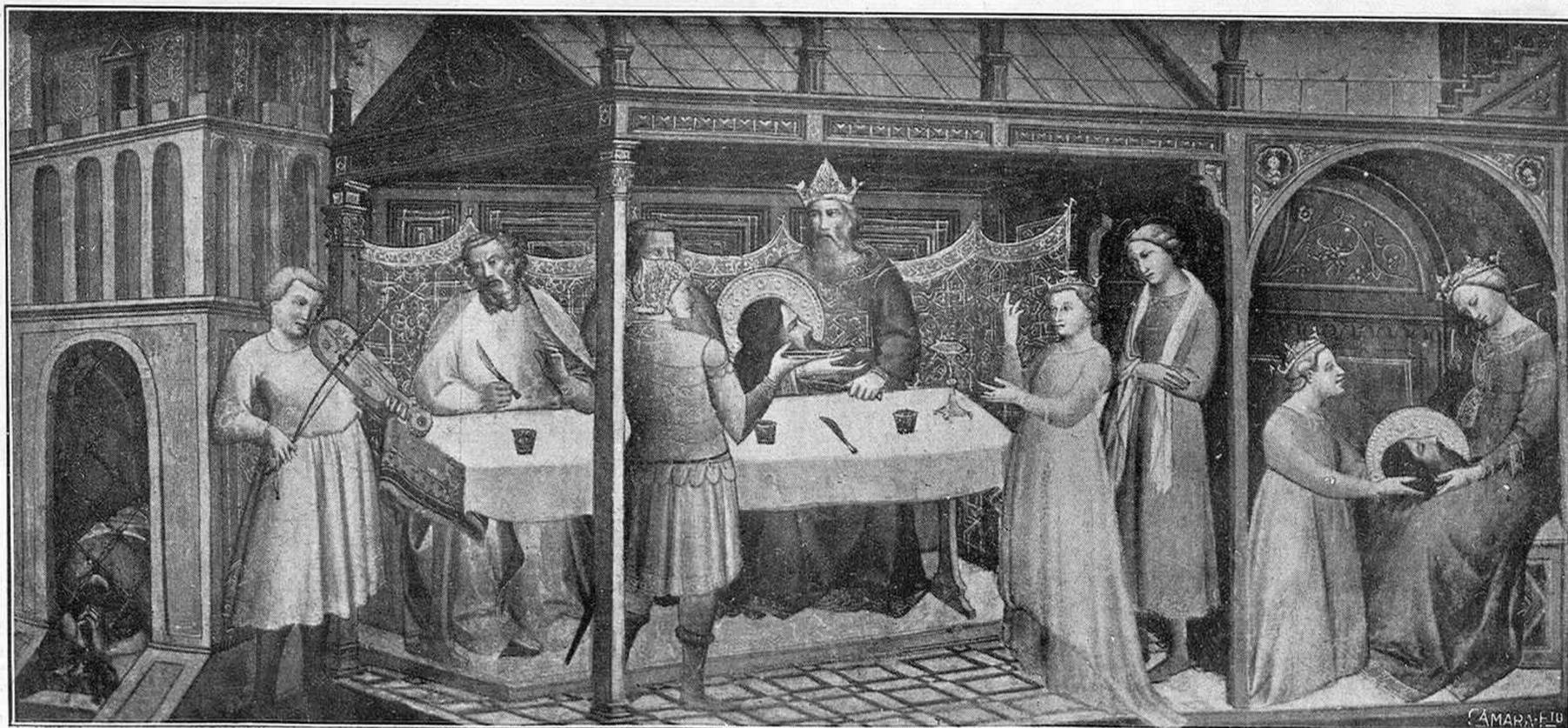
DE CRISTO PENDIENTE
EN LA CRUZ

Este es el santo trono y ensalzado,
Gloria del Salvador, al mundo afrenta,
Lecho de fuerte amor, que lo acrecienta,
Altar para su gran pontificado.

Este, aquel duro y penetrante arado,
Que abrió la tierra estéril y sedienta,
Donde el grano de trigo, muerto, aumenta
A millares el fruto deseado.

Ya cuando la corona ornó su frente,
Todo lo trajo á sí, que á tanta alteza
Estaba prometido el señorío.

Y en acto de jurar un rey potente,
Al descubrir su antigua fortaleza,
Ganó el gentil lo que perdió el judío.



«Decapitación de San Juan Bautista», cuadro de Gaddi
(Museo del Louvre)

LA INSPIRACION MISTICA DE LOS GRANDES IMAGINEROS ESPAÑOLES



«San Juan», maravillosa obra de Salzillo, que se conserva en la iglesia de Jesús, en Murcia



«La Virgen de las Angustias», escultura de Roldán, que se conserva en la Catedral de Cádiz

A SAN JUAN BAUTISTA

En el abismo profundo
De su ser no limitado,
En lo oculto de su esencia,
De su eternidad cercado,
Cuando Dios de sí gozaba,
Antes del mundo criado,
En el sacro entendimiento
Fuistes, Joan, muy estimado;
Allá tuviste este nombre

Antes que fueses formado,
Y antes que esta luz gozases
Ni dieras aliento humano,
En las maternas entrañas
Fuiste, Juan, santificado,
Diste de la luz noticia,
Nuncio del alto Enviado,
Voz clara que precedía
Al Verbo Dios encarnado,
Aposentador supremo
Del Señor de lo criado,

Padrino del mismo Dios,
En el Jordán bautizado,
Mayor fuistes que profeta,
De humildad sacro dechado;
Testigo fué verdadero
Del Redentor deseado;
Angel, mártir, penitente,
Virgen, santo sin pecado,
Predicador del Mesías,
Per ejemplo al mundo dado;
Fuistes el que en las naciones

Sus rayos ha derramado.
A Dios en tí conocemos,
Per tí es Dios glorificado;
De tí queremos favores
De aquel reino sublimado.
Gloria al Padre celestial,
Gloria al Hijo mucho amado,
Y al Espíritu amoroso,
Que las almas ha guardado.

UBEDA.—Cancionero



«La Santa Verónica», escultura de Salzillo, que se guarda en la iglesia de Jesús, en Murcia



«Jesús expulsando á los mercaderes del templo», cuadro de Jordaëns (Museo del Louvre)

(Este romance de la sacratísima María Magdalena compuso fray AMBROSIO MONTESINO, á instancia de la señora doña Inés de Guzmán.)

Por las cortes de la gloria
Y por todo lo poblado,
De tí, noble Magdalena,
Maravillas han volado;
Dicen que tu corazón
Quien lo hizo lo ha mudado
En casa del fariseo,
Donde estaba convidado;
Allí gozos temporales
Por eternos has trocado,
Y los deleites del siglo
Como hiel has condenado;
Los servicios y galanes
Has por ángeles dejado,
La música por suspiros,
Por cilicios el brocado;
De tí mesma te partistes
Y en tu Dios te has transformado,
Al cual con dolor inmenso
Confesaste tu pecado,
Tus ojos tornados ríos
De llorar desmesiado.
Sus pies santos refrescaste
Con unguento muy preciado,
Y luego los alimpiaste
Con tu cabello dorado,
Retraída no de cara,
Que vergüenza le ha turbado.
¡Oh mujer de gran ventura!
Oh diferencia de estado,
Que en tu casa Dios del cielo
Es defensor y letrado,
Replicando tus virtudes

Al fariseo malvado!
Ya le es Cristo más conforme
Que te fué el mundo pasado.
Sin servicios, sin trabajos
Ha tus culpas perdonado,
Porque solo se contenta
Del corazón quebrantado;
Su reino dalo por tuyo,
Pues á sí mesmo te ha dado.
¡Oh, sacrosanta Señora!
Dices cómo fué alumbrado
Tu precioso corazón
Con hervor acelerado,
Porque Dios á los que salva,
En tí les dejó dechado.
—Mi corazón vagabundo,
Por los vicios derramado,
Sabed que me fué compuesto,
Corregido y reformado.
Dios curó mi letargía
Y el dormir de mi pecado,
En mirarme de sus ojos
Con semblante mesurado,
Y de la primera vista
Me puso nuevo cuidado,
Y con sus luces secretas
Hizo claro mi flublado.
Con flechas de nuevo amor
Mis entrañas ha calado;
De sus palabras muy altas
Mi sentido fué trabado;
Su gesto de paraíso
Ha mi libertad robado;
Porque era todo divino,
Reverendo, autorizado,
Prometiéndome los tesoros
De su reino revelado.
De mi pan se desayuna,
Que del mundo le es ganado,

Y en mi casa se conhorta
Cuando queda fatigado
Del oficio de salvarnos,
A que vino y fué enviado.
Con su madre vi su muerte,
Y le vi crucificado,
A dó vi el cielo confuso
Y al sol escandalizado,
Y la luna poner luto
De color no acostumbrado,
Y la cruz temblar del peso
Desigual, no limitado.
Adórote, dije entonces,
Arbol bien fructificado,
Que primero diste fruto
Que fueses aquí plantado.
Bien mereces, alto cedro,
Ser de todos adorado,
Pues que de tales diluvios
Te veo tan bien regado,
Que son la sangre y el agua
Dese divino costado.
¡Oh saludables corrientes!
¡Oh venturoso pecado!
Que mayor es tu remedio
Qu tu peligro pasado.
Yo le puse en el sepulcro,
Yo le ví resucitado,
Y mi vista fué primera
Por haber perseverado,
Y por esto se me dió
El don del apostolado.

DE LOS TRABAJOS Y PENA Y FIN
DE LA MAGDALENA

En las partes de Marsella
La fe santa he predicado;
Convertí las gentes della,

Sus reyes, su principado;
Sus ídolos hice polvos
Con celo deificado,
Y dí conmigo en los yermos
De sitio desesperado,
Do nunca se vido sombra.
Ni aguas ni verde prado,
Ni frutales ni lantejas,
Ni de comer un bocado,
Mas copia de escorpiones
Y fuego descompasado.
Por él vuelan mil dragones
Con furor arrebatado.
Por los cardos puntitivos,
No quise traer calzado:
Soledad fué mi compañía
Y duras piedras mi estrado.
Aquí se entró esta Señora
Con corazón esforzado,
Con silencio por lenguaje,
Por sanar lo mal hablado,
Do sus aguas deleitosas
Fueron lloro destemplado;
Cadenas hizo pedazos
En su cuerpo delicado,
Mas mayor dolor le daba
La memoria del pecado,
Por cuya causa treinta años
Esta vida ha celebrado;
Mas desta su ciudadanía
El cielo no se ha olvidado:
Que siete veces ai día
Angeles la han visitado,
Y en carios de nubes claras
Sobre el aire levantado
A gustar el paraíso
Con canto muy concertado;
Finalmente reina agora
Con el Rey que la ha criado.



«Tríptico de la Crucifixión», atribuido á Coffermaus. (Colección Lázaro Galdeano)

(Fray AMBROSIO hizo estas coplas de lamentación, sobre estar el Rey del cielo solo, atado é azotado en la columna. Cántanse al son que dice: ¡Oh castillo de Montanches!)

¡Oh columna de Pilato!
El dolor que en tí sentí,
Ha medio muerto á mi Madre,
Que no tiene más de á mí.

Morirá cuando supiere
Los desmayos que he pasado.
¡Oh qué triste cuando viere
Mi cuerpo tan azotado,
Y tu suelo consagrado
De la sangre que vertí.
Medio muerto has á mi Madre,
Que no tiene más de á mí.

Cuando me vea llevar
A morir con dos ladrones,
¡Qué hará sino quedar
Cuasi muerta en los cantones
Que las llagas y afliciones
Que, columna, en tí scrí!
Ya la tienen medio muerta,
Y no tiene más de á mí.

La vergüenza y los temores
Que en tí, columna, padezco,
Las afrentas y dolores
Que yo Cristo no merezco,
A mi Padre los ofrezco,
Al cual pido y digo así:
Que se duela de mi Madre,
Que no tiene más de á mí.

¡Oh cabos de escarpiones
Que mi cuerpo habeis rasgado!

Sabed que dos corazones
Juntamente habeis llagado:
De san Juan, mi más amado,
Es el uno, que está aquí;
Es el otro de mi Madre
Que no tiene más de á mí.

Por conhorto está conmigo
En esta cárcel oscura,
A osadas, que es buen testigo
De mis penas é tristura.
¡Oh Madre de hermosura,
Quien habrá dolor de tí!
Que mi muerte se apresura,
Y no tienes más de á mí.

¡Hay alguno que lo diga
A mi Madre, que está fuera,
Que me vea y que me siga,
Con la cruz antes que muera,
Y que solo un paño quiera
Darme, si lo tiene ahí,
Para reparar mis llagas,
Pues no tiene más de á mí?

Cesad algo de azotar
Esta mi carne, sayones,
Porque os quede más lugar
Para darme más pasiones;
Que desnudo y con pregones
Por lo que no cometí,
Me verá muerto mi Madre,
Que no tiene más de á mí.

FIN

Ya no puedo ser escaso,
¡Oh gentes! en dar perdón,
Porque estas penas que paso
Sonables aldabas son,
Con que llamo á salvación

A todos los que elegí,
Y se duelen de mi Madre,
Que no tiene más de á mí.

✦

DE LO QUE EL SANTO ÁNGEL RESPONDIÓ EN EL HUERTO Á CRISTO CERCA DE LA ORACIÓN QUE AL PADRE HIZO

(Son las coplas siguientes hechas por fray AMBROSIO MONTESINO)

Hijo del Rey soberano,
Remedio del bien perdido,
Bien sabes que es en tu mano
Que sea el linaje humano
Por tu muerte redemido.

Por ende yo soy venido
Del cielo en esta floresta,
Porque seas respondido
De la merced que has pedido,
Con esta triste respuesta.

AL CÁLIZ

Yo te dó para que bebas
El cáliz que te presento,
Pues con el Señor renuevas
Las naciones y las llevas
A gloria sin par ni cuento.
No le pene el pensamiento
Del trago que se te ofrece,
Pues que iguala el tormento
Con la gloria y vencimiento
Que de aquí se te recrece.

Á LA CORONA Y AZOTES

Yo te ofrezco esta corona
De espinas, que no de flores;
No cual cumple á tu persona,
Mas es tal, que desencona
El mal de los pecadores.

Otras penas muy mayores
Digo, porque te consueles,
Sofrirás sin valedores,
De cuatro atormentadores,
Destos azotes crueles.

Á LA COLUMNA

A este pilar desnudo
Que te muestro y te relato,
Como á un cordero mudo
Te atará por modo crudo
El jüez Poncio Pilato;
Y én él estando gran rato,
Tu dolor será tan fuerte,
Que tu padre haya por grato
Que parezca ya el contrato
Que Adam hizo con la muerte.

Á LOS CLAVOS Y LANZA, É FIN

Yo te presento los clavos,
Esta cruz con esta lanza,
Por cuyos dolores bravos
Harás los hombres esclavos
De tu nombre sin mudanza.
Pues ¡oh Cristo reverendo!
Conhorto, Señor, conhorto,
Que por lo que vas sufriendo
Ya se van restituyendo
Las sillas de nuestra corte.

Joyas de la pintura religiosa española



CÁMARA-FIU

LA ORACION EN EL HUERTO

Cuadro de Murillo (Museo del Louvre)

LA ASCENSIÓN DE NUESTRO SEÑOR

Himnos de honor las puertas eternas
resuenan; el empíreo «gloria» clama.
Gloria el inmenso espacio reverbera.
Los giras celestiales
deja, luciente sol; más pura llama
que la que crece en tu inmortal hoguera,
los cielos dora; el Redentor glorioso
asciende vencedor, esclarecido.
Su nombre aplaude el pueblo redimido
en cántico gozoso.

«Llevad—canta—, príncipes celestes;
las puertas elevad; los atrios de oro
abrid á vuestro Rey; al Rey triunfante
abrid, aladas huestes.»

Y, ¿quién es vuestro Rey? El santo coro
entona en las almenas de diamante:
«El fuerte, el grande, el Dios de la victoria.
Abre, ¡oh, cielo! tu alcázar refulgente;
de las virtudes el Señor potente
es el Rey de la Gloria.»

Ya, ya la puerta del empíreo gira
sobre el aura quicial y del Inmenso
descubro la mansión. ¿Voces mortales
la dirán? Tú me inspiras,
querub, y cantaré. Fulgor intenso
circula por las gradas eternas;
el Padre Dios la inaccesible cima,
velado de su ser, augusto mora;
brotó á sus pies la llama engendradora,
que cielo y tierra anima.

El Hijo de María entra glorioso,
de angélicas escuadras aclamado,
formándole su grey noble corona;
y el hombre venturoso,
en la mansión celeste ya heredado,
el himno alegre de victoria entona.
«¿Quién sube del Eterno al solio santo?
El varón de inocencia, el justo, el fuerte;
el que bajó, triunfante de la muerte,
al reino del quebranto.»

Enamora los cielos su mirada,
y cual la luz de la naciente aurora
vence el sol del cenit, su frente brilla
de triunfo coronada.

Postrado el ángel, su beldad adora,
y el abrasado serafín se humilla.
Del Eterno á la gloria merecida
sobre cielos de cielos se levanta
y el trono huella, con sublime planta,
del Padre de la vida.

«Padre—dice, y los orbes enmudecen,
para escuchar su voz—, vencí; la tierra
liberté ya de su enemigo eterno.
No en ella se enfierecen

los espíritus pérfidos que encierra.
Ligados por mi diestra, el hondo averno
en los torrentes de mi sangre yace
su maldad extinguida y tu venganza,
y el mortal abatido, á la esperanza
y á la virtud renace.

Libres vienen, mi triunfo acompañando,
los siervos de la antigua tiranía.

Tu inmutable decreto ya he cumplido.
Ora, el supremo mando,

la gloria, el esplendor, la gloria mía,
la que me diste ante los tiempos, pido.

Yo la ensalcé en la tierra; la criatura,
por mí tu nombre augusto allí bendice.»

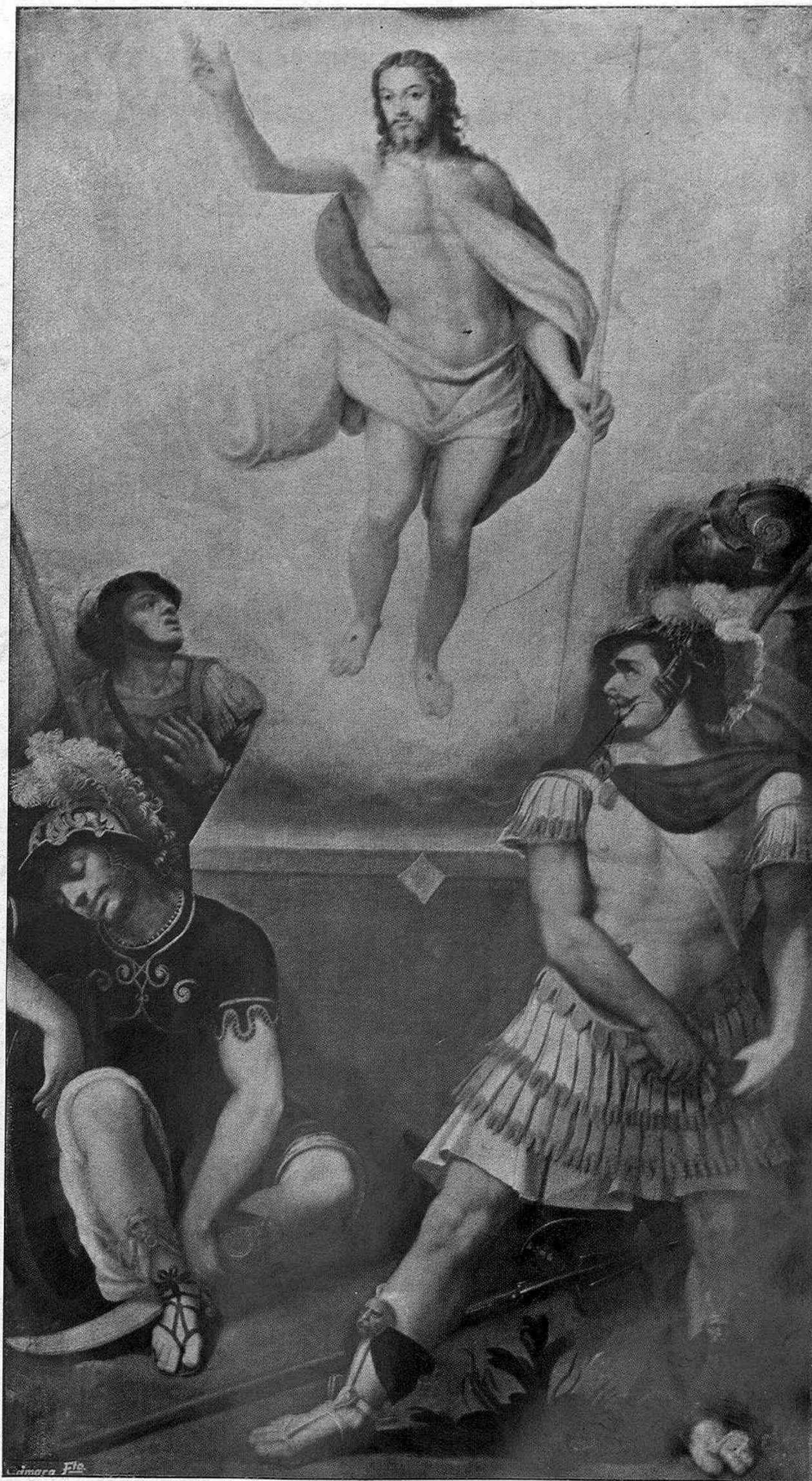
Habló el Hijo eternal, y así le dice
el Padre de la altura:

«Ven, Hijo de mi ser; triunfa y domina.
Yo vi tu humillación, tu triunfo ahora
cielo y tierra verán. El monstruo impío,
de la planta divina

será vil escabel. Pide, y la aurora
y el ocaso serán tu señorío.»

Dijo: de nuevo el cielo se alborozó
en himnos; y en su seno reclinado,
el gran Jehová recibe al Hijo amado,
y eterno en él se goza.

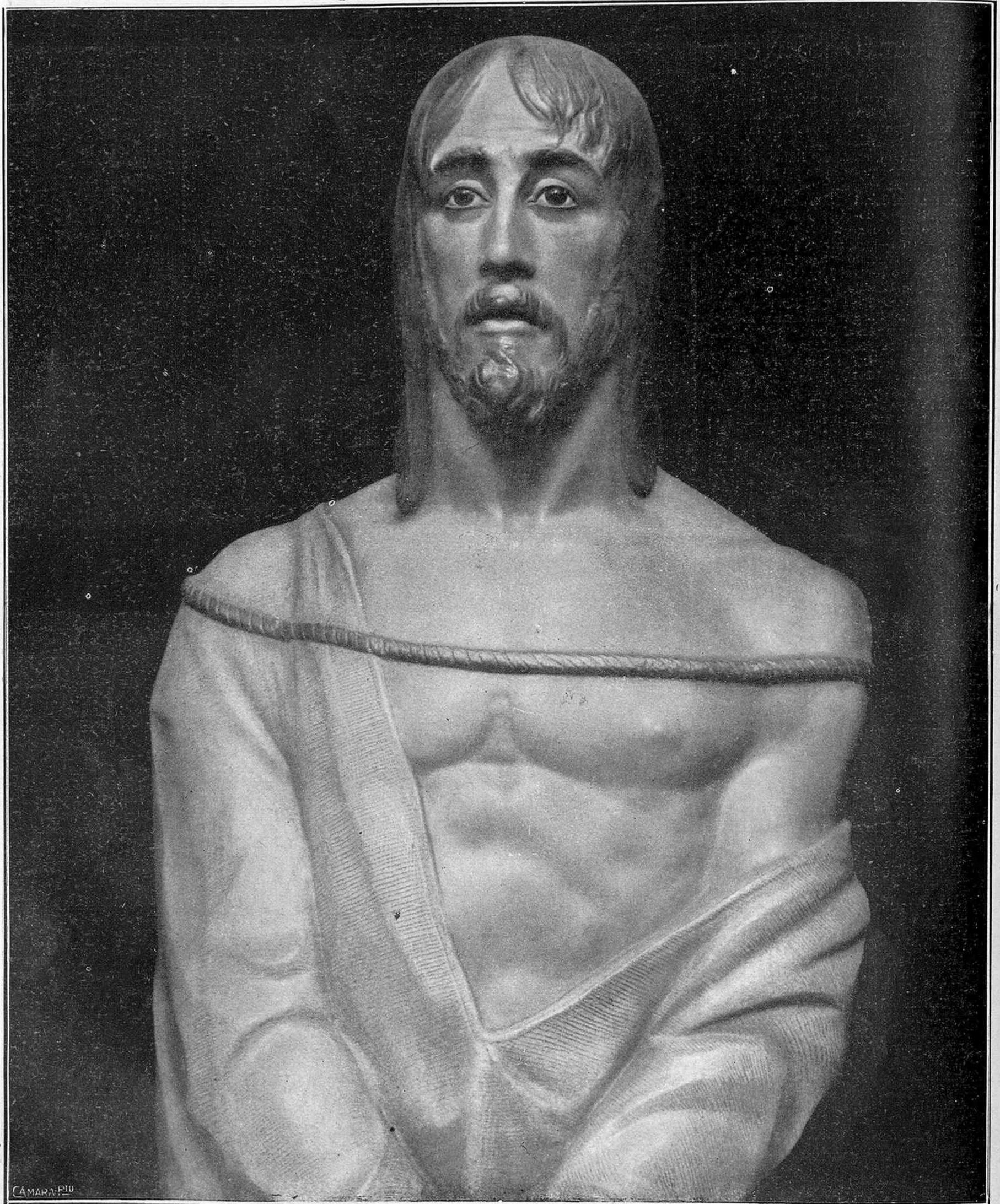
ALBERTO LISTA



LA PINTURA RELIGIOSA

«La Ascensión», cuadro de Zúccaro, que se conserva en el Museo del Prado

EL ARTE EN EL CRISTIANISMO



«Jesús, prendido», fragmento de una talla policromada, original del ilustre escultor Ignacio Pinazo, y propiedad de la baronesa del Solar de Espinosa.
Figura en las procesiones de Semana Santa en Jumilla (Murcia)

Iconografía de la Pasión y Muerte de Jesús



ELEVACION DE LA CRUZ
(Cuadro de Julio Borrell)



JESUS CAMINO DEL CALVARIO
Cuadro de Mignard (Museo del Louvre)

ICONOGRAFIA DE CRISTO

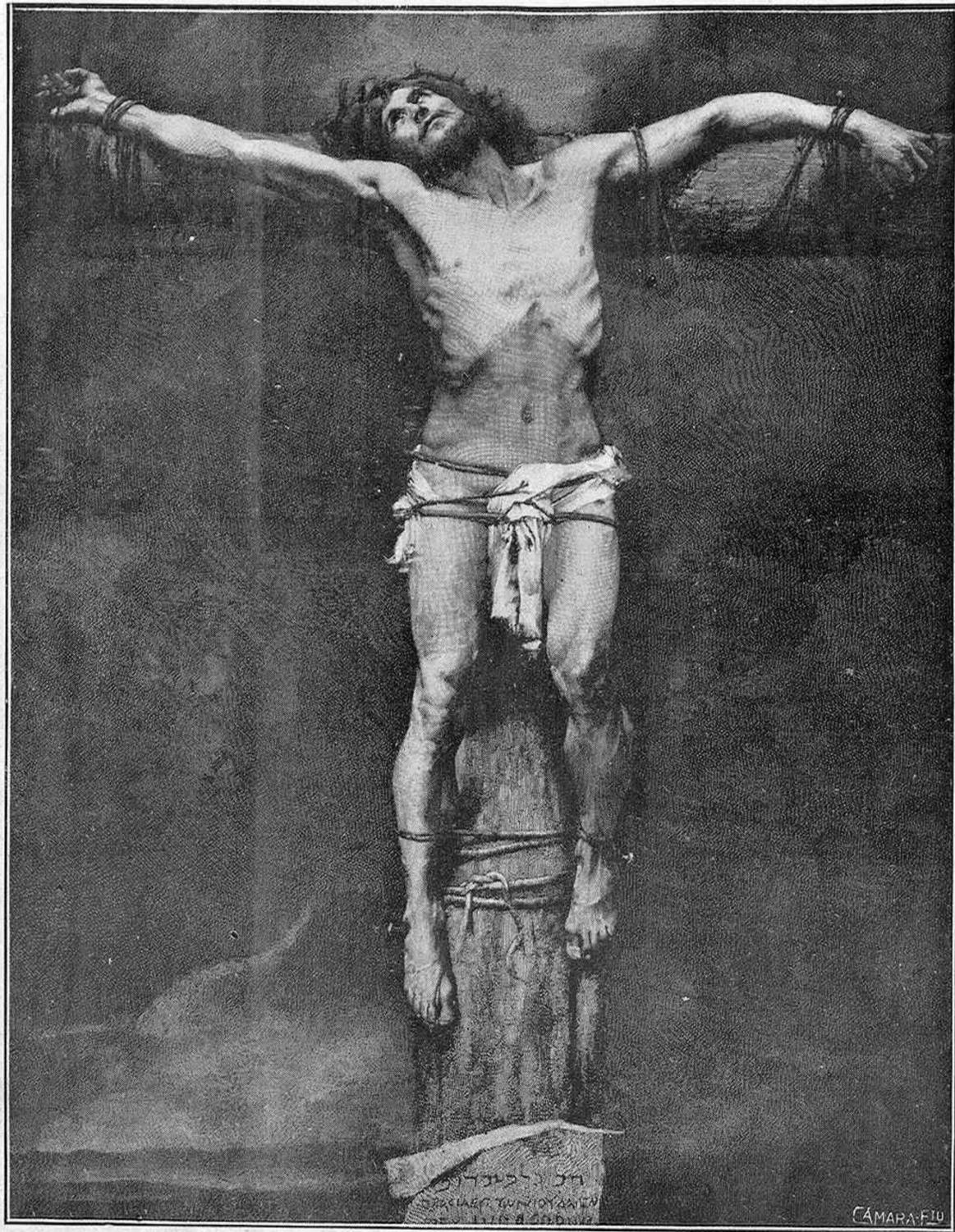
La tradición bizantina y las imágenes modernas

El admirable pintor Bouguereau, joven aun, en los comienzos de su carrera, antes que industrializara su arte y amañara su pincel, trazó aquel cuadro de la flagelación en que Cristo, desnudo, se retorció y desfallecía ante el imperio del dolor... «¡Demasiado humano!», dictaminó la crítica y exclamaban cuantos contemplaban el admirable cuadro. Este «demasiado humano» se ha repetido muchas veces y ha conturbado los pinceles y el cincel y el buril de numerosos artistas, siempre que han intentado evocar la figura del Nazareno.

La figura de Cristo llega á nosotros—y no á nosotros, sino á los creyentes de los primeros siglos del catolicismo romano y luego á los artistas que llamamos primitivos—, envuelta en impenetrable misterio. A los primeros cristianos, á los Apóstoles mismos, acaso al mismo Jesús, les parecía paganismo la reproducción de la figura humana y la encarnación de los dioses en el vano molde de belleza que el hombre ha encontrado en sí mismo, declarándolo con satánica soberbia «imagen y semejanza de Dios». Así, prosiguiendo con esto un prejuicio hebraico, los primeros cristianos no se cuidaron de reproducir materialmente la efigie del inspirador de su fe, ni aun siquiera de recoger y transmitir noticias que bastaran para reconstruir los detalles de su rostro, de su peinado, de su estatura, de la dignidad de su expresión, de la majestad de sus gestos, de la serenidad de sus ademanes, del tono conturbador y de las inflexiones de su voz, con las que, sin duda, aumentaba la gravedad de sus palabras y cautivaba y maravillaba á los oyentes.

Una tradición harto sospechosa asegura que los cristianos de Armenia poseyeron desde los primeros tiempos una reproducción exacta del rostro de Cristo; otra tradición imagina que la reconstitución de esta imagen logró hacerse siguiendo las huellas de sudor y sangre que quedaron estampadas en el triple paño de la Verónica.

En Génova se conserva, en la iglesia de San Bartolomé, un retrato de Cristo, que tiene una tradición semejante al que posee la Iglesia armenia. Con este retrato, hecho del natural por un emisario de Avagair, rey de Edeso, curó éste el grave mal que le llevaba apresuradamente á los brazos de la muerte. El abate Gaffre ha contado en su libro *Portraits du Christ* la historia de este retrato que encontró en un papiro griego del siglo VI, y allí mismo, en una miniatura prodigiosa, se reproduce este retrato, que coincide con el rostro enmarcado



«Cristo crucificado», cuadro de M. Almé Morot

por la cabellera larga y la barba puntiaguda que atribuyen á Jesús los escultores y pintores bizantinos.

El caso no es sorprendente ni puede ser tomado como prueba de autenticidad. El retrato logrado por el rey Abgar ó Avagair fué llevado á Bizancio en el siglo X y guardado en el palacio imperial y luego en el templo de Faros. Allí le vieron numerosos artistas; de allí salió y se esparció hasta Occidente esta serena faz, estos grandes ojos fijos como una interrogación, este óvalo augusto que aun en las más torpes imágenes del rudo y candoroso arte bizantino, tiene una expresión de sugestionadora superioridad. Pero Cristo, ¿era así realmente?

Los pintores y los escultores no se resignan á representarlo tan hombre, tan humano, tan carnal. Desde el siglo XII, los miniaturistas y los pintores se inclinan á suavizar, á dulcificar, á embellecer el rostro de Cristo. No hay otro modo de deificarlo que llevar á la extremada perfección las facciones de su rostro, consumando en él, estilizando un ideal de belleza que fatalmente se va separando de la rudeza masculina para caer en un preciosismo femenino. Así, los pintores de la escuela veneciana reciben ya, y perfeccionan aún más, una figura de Cristo absoluta-

mente bello. En vano Durero, como *el Greco* y algunos otros, intentan reconstituir una cara de Jesús de más digna masculinidad. Durero lo hace sencillamente, respondiendo á su temperamento vigoroso; *el Greco* se tortura buscando un modo de separar, de distinguir la naturaleza divina de la naturaleza humana, deformando ésta y llegando á las lindes de la monstruosidad.

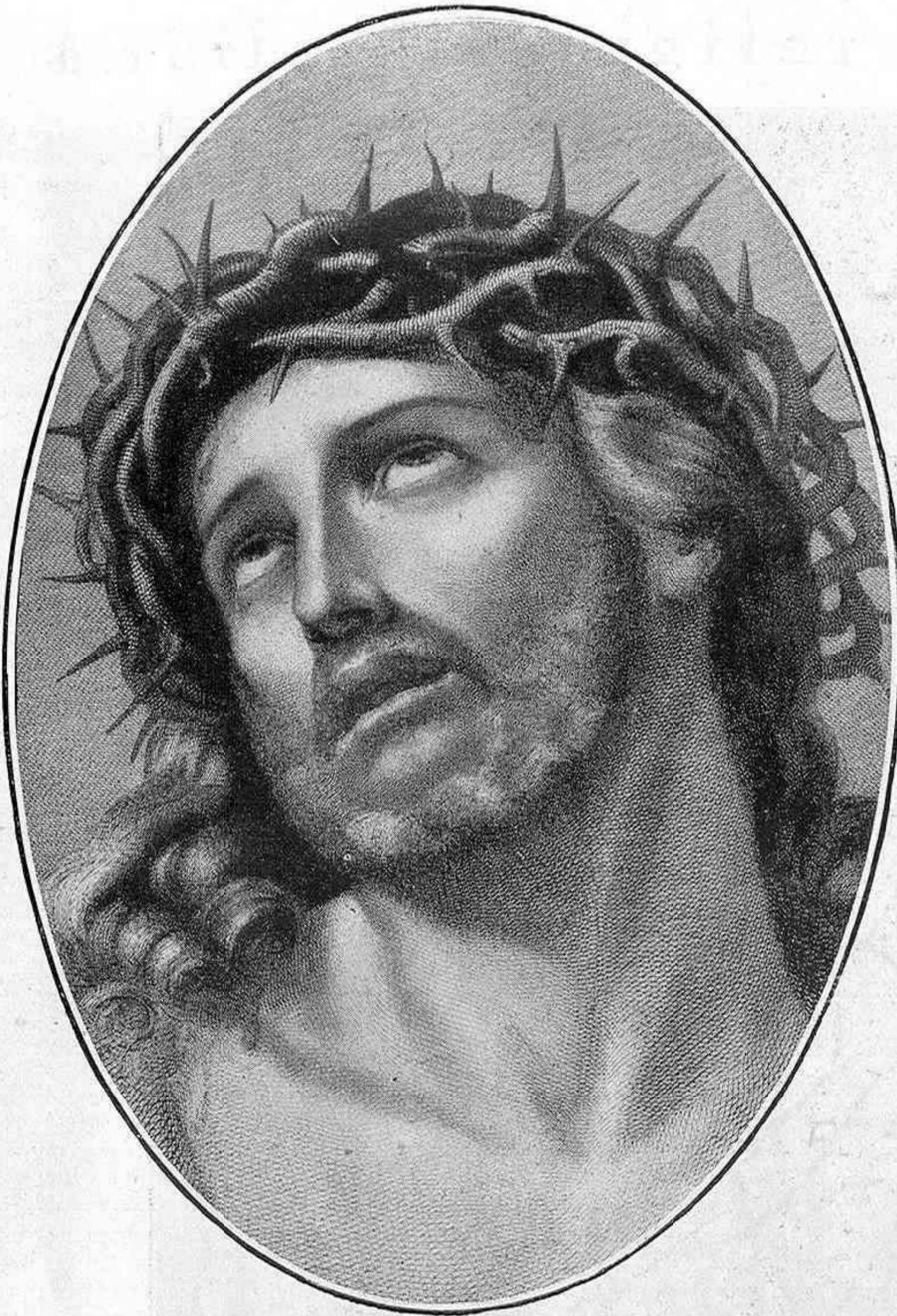
Aun en estos artistas que aceptan plenamente la figura tradicional de Cristo, hay una tendencia inexcusable á vigorizarlo, á hacer resplandecer la expresión de su divinidad sin caer en el amaneramiento de embellecer extremadamente sus perfecciones. Se advierte este empeño muy claramente en Tiziano y en Leonardo.

Aun suponiendo que la figura de Cristo que reprodujeron los artistas italianos tenga su origen en pintores y mosaicos de las catacumbas, singularmente de la llamada de Santa Domitila, más que en la tradición oriental que recogió fray Talón en su opúsculo titulado *Histoire merveilleuse du vrai portrait traditionnel de Jésus*, hay una indudable y sorprendente homogeneidad entre todas las interpretaciones. Pudiera esto probar que las pinturas que se encuentran en las catacumbas romanas y que son del siglo IV, tienen su origen en la leyenda ó

tradicción de Armenia, la única que parece contemporánea de Cristo ó formada en días inmediatos á los de su muerte.

El artista contemporáneo se encuentra en grave dificultad para interpretar la efigie de Cristo. La escuela española, desde Velázquez á Alonso Cano y Ribera, mantiene la tradición italiana, aunque sin llegar al perfeccionismo de Guido Reni, por ejemplo. Nuestro Murillo representa en este punto una claudicación ante la influencia de Rafael Sanzio. Posteriormente, se inicia en Francia y se introduce ó traduce en España un arte religioso, amanerado, preciosista, detallista, perfeccionista, que quita á Jesús todo aspecto de hombre rudo y luchador, de profeta exaltado, de ayunador demacrado en el desierto, de andariego tribuno que recorría á pie los caminos polvorientos.

¿Este extremo de belleza, que ha cristalizado en la conocida efigie del llamado *Corazón de Jesús*, divulgado hoy por toda la catolicidad, es la expresión de la divinidad? No parecería lícito á los creyentes que yo recordara aquí el afán con que los escultores helenos buscaron la suma perfección de líneas en sus representaciones de algunos dioses paganos; pero la realidad es que el arte católico ha caído en igual deca-



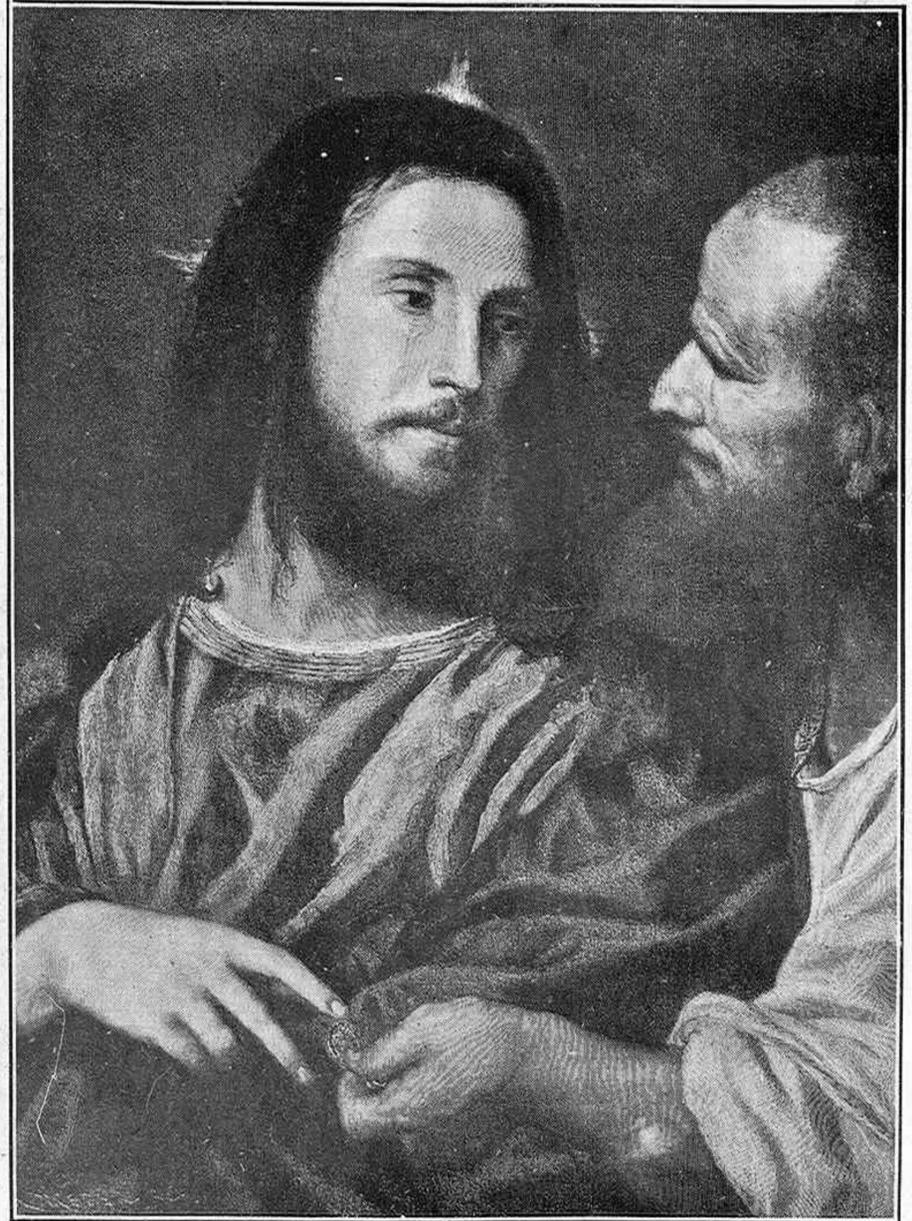
«Ece Homo», cuadro del célebre Guido Reni

dentismo. El tema, aparte de peligroso, parece á muchos baladí. Creo que tiene una enorme importancia y que ejerce una influencia social incalculable, ya que en España, más que en las otras naciones latinas, la conciencia popular, la conciencia social se forma con las sugerencias de la religión más que con los procedimientos de la pedagogía. ¿No ha de influir en la ideología popular, en las costumbres, en la moral, en la regulación de la vida social y política esta simbolización de un Cristo todo dulcedumbre, forma exterior solamente, belleza inexpresiva de líneas, contornos y colores en que la realidad desaparece, sin producir emoción, sin despertar inquietud ninguna en el espíritu, sino, antes al contrario, enervamiento...? Así, cuando un artista, como Morot, rompe con el convencionalismo que ha llegado á petrificarse y formar una convicción—no se puede imaginar que esto sea un dogma—y presenta en una exposición ó lleva á los altares un Cristo en que se conserva su expresión humana, se produce gran conturbación, en las gentes. ¿Cómo era Cristo?, se pre-

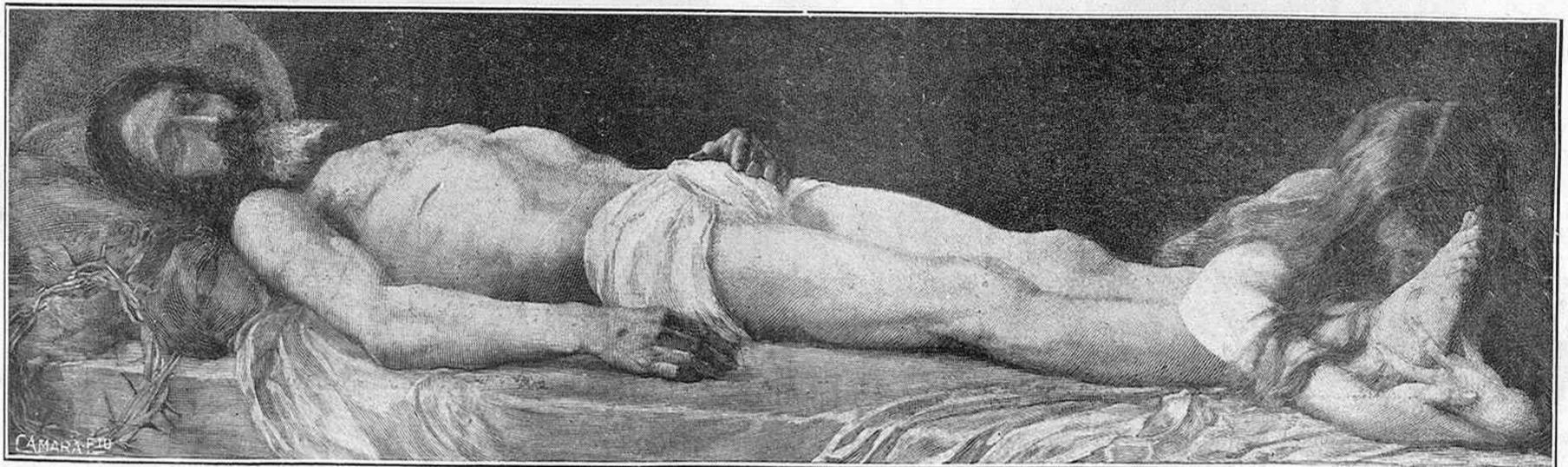
guntan. Con el testimonio de los evangelistas, único indubitado que puede invocarse, es lícito asegurar que Cristo no era un lindo y pulido mancebo, sino un varón en quien la Naturaleza había prodigado su expresión de energía; varón que vivió activamente, al sol y al aire, en largas caminatas, en tumulto de ideas, en inquietud de todas las horas. No sólo recio y vigoroso, sensible al dolor físico, como lo pintaran Bouguereau y Morot, sino aun trágicamente descompuesto el rostro por la angustia de la muerte y musculoso y esquelético, como lo imaginara Alberto Maignan cuando le pinta llamando á El á los afligidos, parece mejor, más fiel y lealmente interpretado, más hombre-dios, más grande y sublime y adorable que en estas decadentes expresiones de una imaginería industrializada que carece de toda espiritualidad para intentar dar expresión divina á sus obras.

Para los profanos, con cerrar los ojos ante estas imágenes sin alma, parece todo resuelto. Son los creyentes, precisamente, quienes deben reaccionar ante esta carencia de arte y hermanar en las concepciones de su fe la tradición de la iconografía cristiana en que Jesús, para ser divino, no necesita perder su viril representación humana.

AMADEO DE CASTRO



«Dad á Dios lo que es de Dios y á César lo que es de César», cuadro del célebre Tiziano Vecello, existente en el Museo Real de Dresde



«Cristo muerto», por L. Doucet

Joyas de la pintura religiosa italiana



RESURRECCION DE JESUS

Cuadro de Fra Bartolomeo (Galería Pitti.—Florencia)

Joyas de la pintura religiosa francesa



APARICION DE JESUS A LA MAGDALENA

Cuadro de Le Sueur (Museo del Louvre)

DE LA PASION DE JESUS

«Y los soldados entretejieron una corona de espinas, y la colocaron sobre la cabeza de Jesús, y le vistieron una ropa grana. Y le decían: Tengas goyo, Rey de los judíos, y le daban de bofetadas».

(SAN MATEO: XXVII, 28 y 29. SAN MARCOS: XV, 17 y 18. SAN JUAN: XIX, 2 y 3).

SEGÚN afirman estos relatos evangélicos, Jesucristo, después de sufrir el martirio de flagelación, pasó a ser objeto del escarnio y bafa de los soldados del Pretorio, dándose, con tal motivo, lugar a una escena tan odiosa como repugnante. La vil soldadesca, apoderándose del ensangrentado y dolorido Cuerpo de Jesús, lo desnudaron de su sencillo ropaje para vestirlo un manto de grana, tejieron de agudas espinas una corona, que le pusieron en la cabeza, y le colocaron, después, una caña en la mano derecha. De tal guisa adornado, para mayor irrisión y holgorio, hicieronle sentar en pretoriana silla, y, abofeteándole los unos y escupiéndole los otros, todos desfilaron ante El diciéndole insultos y blasfemias del peor gusto...

¿Dónde hallar mayor infamia que en esta escena plena de la más refinada vileza...? ¡Qué baldón tremendo de injusticia y de vergüenza para el odioso nombre de Pilatos...!

Trabajo cuesta comprender cómo la autoridad romana pudo prestarse a la realización de acto tan cobarde y miserable, como injusto y bochornoso para aquellos que administrar debieran justicia en nombre de aquella Roma que se preciara ser madre del Derecho.

Indudablemente, los encargados de la defensa de este derecho en Judea no pudieron ser ni más cobardes ni más inhumanos con Jesucristo. Cabe pensar, en defensa del buen nombre del soldado romano, que Pilatos, en su calidad de procurador, no pudo tener a sus órdenes más que individuos de aquellas tropas irregulares dichas auxiliares; los combatientes romanos que constituían las legiones de la Metrópoli de suponer es no hubieran descendido a semejante indignidad y vileza...

Este inhumano hecho de la Pasión de Cristo tuvo lugar en terreno, también, del famoso recinto fortificado que ocupara la Torre Antonia, muy cerca del espacio que comprendiera el Pretorio, en el interior del actual cuartel turco.

Es este lugar aquel que hoy ocupa un pequeño edificio, antiquísima capilla que se supone obra de los cristianos indígenas del siglo XII, y que en la actualidad se mira



Capilla de la Coronación de Espinas en el Pretorio romano

profanada por el sepulcro de un santón turco.

En este lugar cree la tradición fuera el Señor vestido de irrisoria púrpura y coronado de espinas por los soldados del Pretorio, quienes, después de tan bárbaro suplicio, hicieron de El motivo de bafa, escarnio y malos tratos de palabra y obra.

Melchor de Vogue ha dejado escrita una interesante descripción de esta pequeña capilla en su obra: «Les Eglises de la Terre Sainte».

«Consta esta capilla, dice el sabio arqueólogo, de un cuadro de cinco metros de costado, cubierto por una cúpula de ocho lienzos, sostenida en el interior por un tambor octogonal. Para unir el tambor con la construcción inferior, cuatro de sus lados han quedado vacíos, siendo reemplazados por pequeños arcos ojivales. Al Sur hay un pequeño santuario cuadrado, flanqueado por dos nichos laterales. Se penetra allí por un arco ojival trazado en el centro. La abertura de estos dos nichos es de fisonomía enteramente occidental; se halla formada de una archivolta ojival, sostenida por dos columnas enlazadas. Una faja circunda totalmente el interior del edificio. Una cornisa, sostenida por modillones á corchete, corona por el exterior la parte rectangular del monumento.

Es imposible no ver allí el tipo semi-oriental de este edificio.

Esta capilla recuerda por su disposición aquellos pequeños monumentos cúbicos ó cupulados, que, con el nombre de Waly ó Turbeh, cubren las tumbas de los santones y los sitios consagrados por alguna leyenda musulmana.»

«Las piedras, las disposiciones de los arcos, las cornisas, la forma y la ornamentación de las cartelas pertenecen al arte romano», continúa diciendo este eminente escritor, quien acaba manifestando que «esta interesante capilla es un modelo acabado de los monumentos conmemorativos erigidos por los Cruzados en el exterior de las grandes iglesias».

Sin embargo la autorizada opinión de Melchor de Vogue, otros eminentes escritores palestinólogos opinan que esta capilla no fué obra de los Cruzados, sino, como ya dejamos manifestado, de los cristianos indígenas del siglo XII.

En apoyo de este su juicio, dicen, que este edificio tiene grandísima semejanza con otros dos del mismo género, situados en las inmediaciones. El uno es la iglesia denominada de «Deir-el-Ades», que está á unos setenta metros de la iglesia de la Flagelación; y el otro acaba de ser descubierto, en ruinoso estado, sobre el «Lithotrotos», casi enfrente del Arco del «Ecce-Ho-



«Cronación de Espinas». Cuadro de Marcoahí, que se conserva en Roma

mo». Los planos de estas tres capillas, la forma de sus pilares, los nichos ó pequeñas piezas al lado del altar, la falta de contrafuertes, la parsimonia de la ornamentación y la sencillez de arquitectura, son todos caracteres del arte indígena, y demuestran, en opinión de estos ilustres escritores, «que se construyeron para que sirvieran á la liturgia de un rito oriental».

La corona de espinas. Muchos son los documentos y escritos en que se ha estudiado, discutido é historiado, entre eruditos y críticos, acerca de este instrumento del suplicio de Nuestro Señor. Diversas y múltiples son las opiniones sobre el arbusto ó planta que sirviera para el tejido del anillo ó entrelazado de junco y capote de aceradas espinas que clavado fuera en la augusta frente del sublime Mártir.

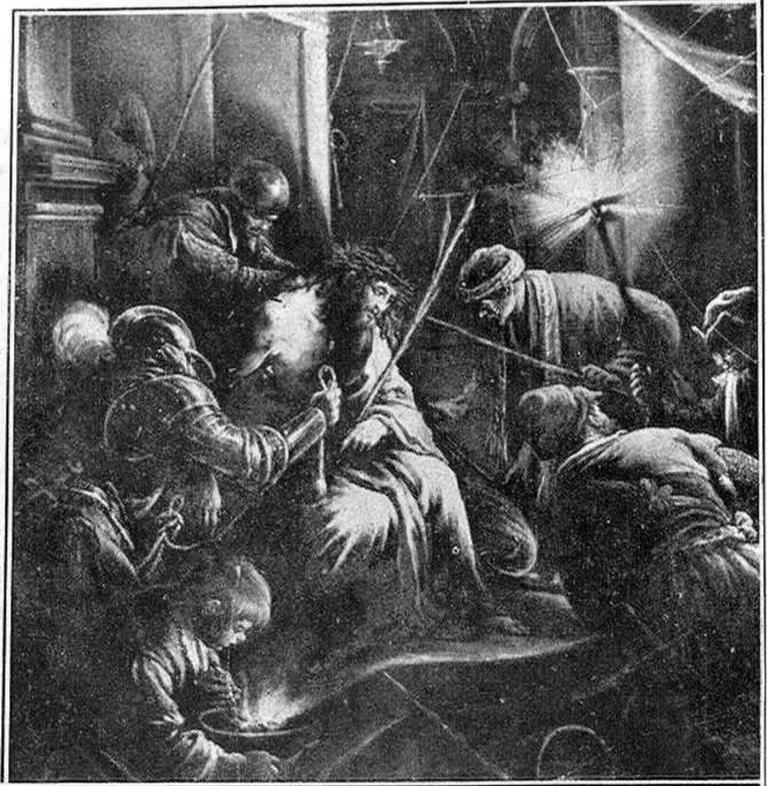
Aunque el texto bíblico dice fuera tejida esta corona del suplicio de Jesús con ramas de «Zizyphus Spinis», Gretzer, en su obra «De Cruce», (libro I, -II), deduce, después de atinados razonamientos, que debió de ser fabricada con junco marino, («iuncus marinus»).

Chateaubriand dice, á su vez, pudo serlo con las espinosas ramas del «lycium spinosus», mientras no faltan otros escritores que creen lo fuera, más bien, con el «Sakhun», ó el «rhamus paliurus» del «eloe agnus pangus tifolius», al que los árabes llaman «ausedj» ó «nabeka».

El sabio botánico Hasselquist, discípulo famoso de Linneo, afirma, á su vez, que esta corona fué tejida con el «nabka» ó «nabeka» de

los árabes, y, al efecto, dice que todo induce á creer que de esta planta se formase, por ser muy común en Oriente y no poder encontrarse planta más adecuada para este uso, por ser sus ramas muy ligeras y flexibles y estar armadas de agudas espinas de largo de unos seis centímetros y aceradas puntas. El color de esta planta es de un verde subido, algo parecido al de la hiedra, y acaso—sigue diciendo Hasselquist—los verdugos eligieran deliberadamente esta planta tan semejante á la que se usara para coronar á los emperadores y generales victoriosos, añadiendo, así, el escarnio y la befa al martirio del Nazareno.

Aparte de estas disquisiciones entre los reputados escritores que mencionados quedan, existe la opinión de otros más modernos y no menos celebrados, que, dedicados al estudio de la arqueología cristiana, no dudan en asegurar que, según las distintas descripciones conocidas, antiguas y modernas, y de la apreciación de las di-



Jesús ante la soldadesca del Pretorio



Interior del Santuario de la flagelación de Jesús

versas espinas que se guardan y veneran en algunos templos católicos, parece desprenderse que la planta empleada para la confección de la corona, fuera el «azúfaifo», de origen siriaco, cuyo ramaje cuajado de espinas ostenta éstas pareadas, de dos en dos, una de ellas alargada, recta y punzante en demasía.

El ropaje de grana que, en señal de befa y ludibrio, vistiera á Jesús la soldadesca pretoriana, fué el segundo cambio de vestiduras á que sujeto fuera su dolorido, llagado Cuerpo por aquellos sus prevaricadores jueces, que sólo vieron, con sus capciosos é injustos actos de falso enjuiciamiento, de complacer al pueblo judío que, insaciable de la Sangre del Justo, ante ellos clamara la Crucifixión del mismo.

Ya anteriormente, cuando Cristo hubo de comparecer ante Herodes, el tetarca galileo, en vista del silencio con que respondera á su impertinente pregunta, acordó devolverlo á Pilato, vistiéndolo, en su deseo de escarnecerlo, con túnica blanca. Así nos lo deja dicho San Lucas (xxiii, 11) «Et illisit indutum veste alba».

Así, pues, cuando Pilato presentó á Jesús á los judíos, después de la flagelación, vestido con clámide de púrpura, fué, como dejamos dicho, cambiando por vez segunda de vestiduras.

Conforme con este cambio del túnico blanco por el de grana, aparecen los textos de San Mateo (xxvii, 28); San Marcos (xvi, 16 y 17) y San Juan (xix, 2 y 5) quienes están unánimemente acordes respecto al hecho de haber sido Cristo vestido de grana después de su flagelación.

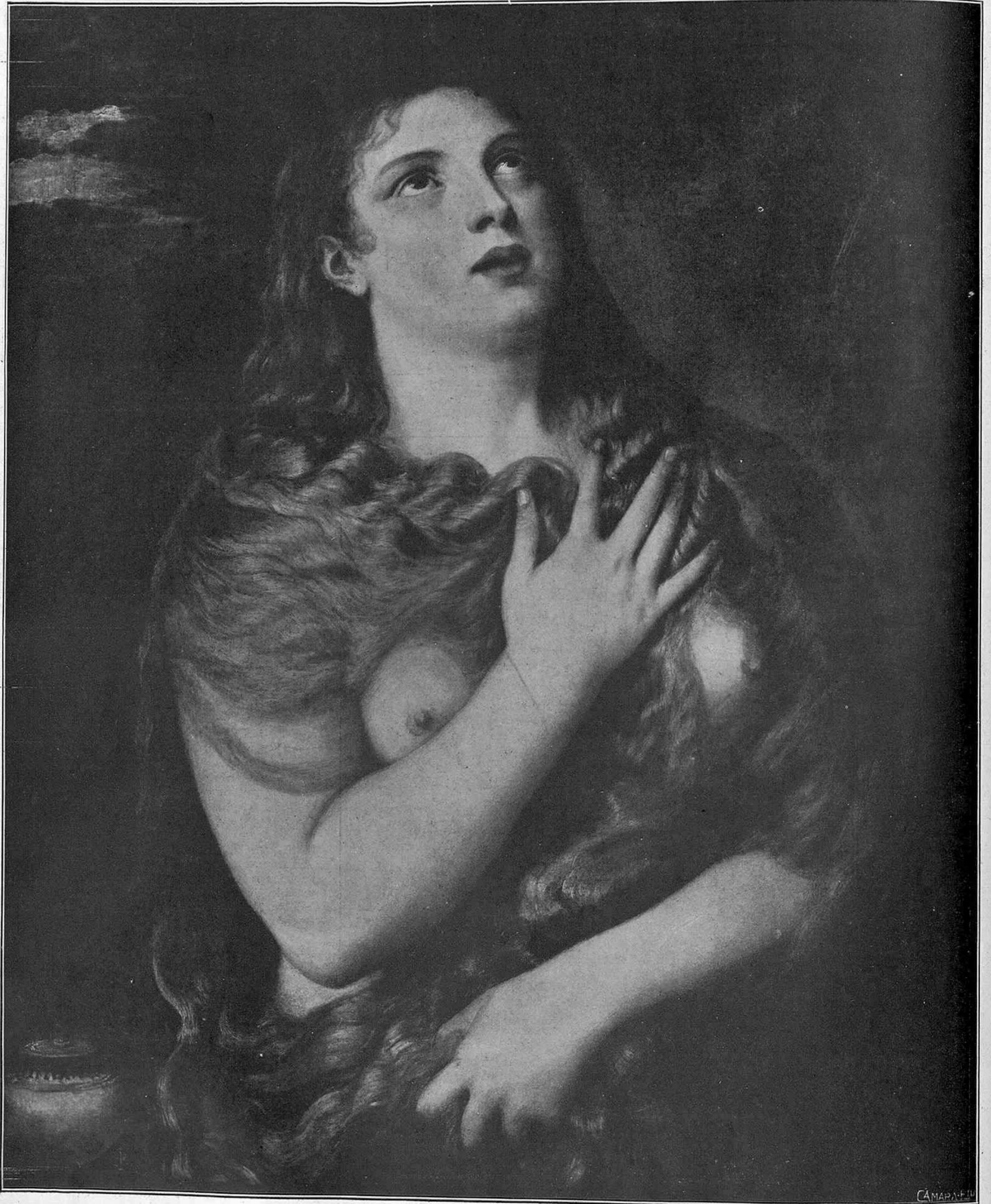
Esta túnica de púrpura, indicada con el nombre de clámide «coccinea», no era otra cosa que la «Chlamys» usada entre los griegos por las personas de importancia, mientras entre los romanos venía siendo prenda propia de los soldados.

Según Plinio (Hist. Nat., xxii, 7) y el escoliasta de Juvenal (Ad Satgr.; libro iii), el color rojo ó «coccineo» de esta clámide era igual al de la púrpura.

Envuelto en ella permaneció el Salvador del mundo hasta el instante mismo de ser conducido al patíbulo, para donde partió envuelto en su propio ropaje.

La caña que á título de cetro se puso á Jesús, parece que fué, no uno de esos frágiles gamíneos que se ven en nuestros estanques y lagunas, los cuales son desconocidos en Palestina, sino un «arundo donax», de la familia de los bambúes, cuyo junco, mucho más recio, llega á tener hasta dos y más metros de altura. (Sepp. «Vida de Nuestro Señor Jesucristo», tom. III, pág. 4).

Joyas de la pintura religiosa italiana



MARIA MAGDALENA

Cuadro del Tiziano (Galería Pitti.—Florenca)



MARIA DE MAGDALA

Lágrimas de los ojos doloridos
 por la visión pasada del pecado;
 amor de aquellos labios generosos;
 cruces de aquellos brazos;
 renunciación presente de una vida
 de licencia y escándalo;
 alma de Magdalena, rescatada
 por el amor humano
 á las llagas de Cristo y á la pena
 de su horrible calvario...
 Sois el grande poema de ternura,
 flor de pétalos claros
 en el negro jardín del sufrimiento,
 dulzura en las lanzadas del Amado,
 venero de luz viva en las sombrías
 tintas del drama sacro.
 ¡Lágrimas de la impura!

¡Dulce miel de sus labios!
 Por la trágica ruta que siguieron
 los pies ensangrentados
 del hijo de Judea, vuestra gracia
 fué como el óleo blando,
 paralelo del llanto de la Madre
 y del bronco y pesado
 rastrear del madero;
 y en los cristales mansos
 de sus hondas pupilas misteriosas
 —en los tremendos pasos—
 pudiste ver las tuyas retratadas
 y el rictus de tus labios.
 ¡María de Magdala,
 roja flor del Calvario,
 benditos la visión de tus pupilas,
 los surcos de tu llanto

y la morena palidez exangüe
 del rostro demacrado!
 ¡Benditas las angustias de tu pecho,
 las cruces de tus brazos
 y la suave madeja de tus trenzas
 que de sus pies sangrientos fué sudario!
 Fuiste el premio de amor de su fatiga,
 el oasis ensoñado
 en el desierto horrible del martirio,
 y besando los clavos
 del madero expiatorio, tu ternura
 se hizo símbolo y carne de tus labios.
 ¡María Magdalena,
 roja flor del Calvario:
 fuiste luz de amor vivo entre las negras
 tintas del drama sacro!

N. HERNANDEZ-LUQUERO

Imaginería moderna

«La Piedad», obra de Palma

Es hoy sumamente difícil lograr el éxito en la escultura religiosa. El ambiente moderno no es favorable á la exaltación mística necesaria para representar el dolor divino en lo humano. Aun poseyendo el artista de nuestro tiempo una excelente preparación técnica, al producir una obra destinada á los altares ha de realizar supremos esfuerzos para aislarse del medio pagano en que vive.

Lo mejor de la obra de Pedro de Mena fué sugerido por un fervor sin límites. Mena, identificado con la austeridad de su época, atento al ritmo interior de su conciencia—asotilada en fuerza de espirituales prácticas—, pudo concebir y modelar sus Nazarenos, sus Vírgenes, sus Santos, transmitiendo á la materia la emoción de la carne y del espíritu.

Como se trataba de una mano diestra, dominadora del oficio, capaz de obedecer á los dictados del alma, los esfuerzos de Pedro de Mena no fueron estériles; sino que merecieron la admiración de las generaciones al través de los siglos, ya que á tantos corazones consolaron con el tónico poderoso de la fe.

El caso de Mena se repite en los imagineros de su tiempo, aunque no siempre con tan definitivos y perdurables triunfos. El arte religioso era entonces el placer de los genios. Hoy los artistas raramente se sienten inclinados

á una vida mística, de retiro y de abstinencia. Por eso la escultura moderna no sólo no supera á la clásica, sino que ni aun puede llegar á igualarse con ella. Anadean los escultores de ahora sobre lo antiguo conocido: los sinceros, con algo de desorientación y descentramiento; los arrivistas, copiando sin decoro, animados de un ansia mercantil, meramente lucrativa, plegándose al gusto extraviado de los ignorantes, deslumbrándose con preciosismos falsos.

Esta decadencia del arte religioso acusa la falta de ideal en los artistas. ¿Y qué puede esperarse de éstos cuando reciben el encargo de ejecutar obras que no sienten?

El auge extraordinario que adquieren los desfiles procesionales en España—sobre todo en la región andaluza—diligencia un anhelo de ostentación y de riqueza material en detrimento del mérito verdadero de las imágenes.

De tal suerte, los artistas medran, cobran bien y no les importa llenar los altares de tallas mediocres. Lo interesante es aderezarlas con oro, plata, seda y vivos colores, y colocarlas sobre espléndidos tronos, en los cuales se inviertan sumas fabulosas, sin inspiración, sin estilo, sin gusto.

Claro que de ello tienen la culpa, no sólo los artistas, sino también la falta de fervor y la falta de cultura en las agrupaciones de cofradías que únicamente se interesan por la brillantez de los pasos. La mayor parte de los individuos que integran dichas agrupaciones no son hombres religiosos, efectivamente religiosos.

Paco Palma, escultor de Antequera, académico de San Telmo, profesor de la Escuela de Artes y Oficios de Málaga, artista moderno—pero artista de fibra—comprende y deplora estos

errores de su época; á veces, se reserva sus comentarios, porque la sinceridad no parece inmodestia ó despecho.

No tiene—por fortuna—que envidiar á nadie el notable escultor. Y bien lo demostró el año pasado presentando procesionalmente su ya famoso grupo de «La Piedad».

Muchos elogios recogió, aunque no todos los que la obra merece. En los centros donde el concepto del arte se mantiene puro y donde la autoridad de la sabiduría y de la experiencia garantiza los juicios, «La Piedad», de Palma, fué sancionada muy favorablemente.

Es un grupo sentido, hondamente sentido. El autor ha buscado la expresión del dolor, la expresión de la muerte, la expresión de la sublime ternura maternal, desdiciendo los artificios inconfesables, modelando—de veras—, estudiando con una honradez de otro siglo, enfervorizándose ante las obras de Mena para producir la obra propia, con un anhelo de traducir los entrañables sentimientos religiosos, muy superior al anhelo de agradar al público.

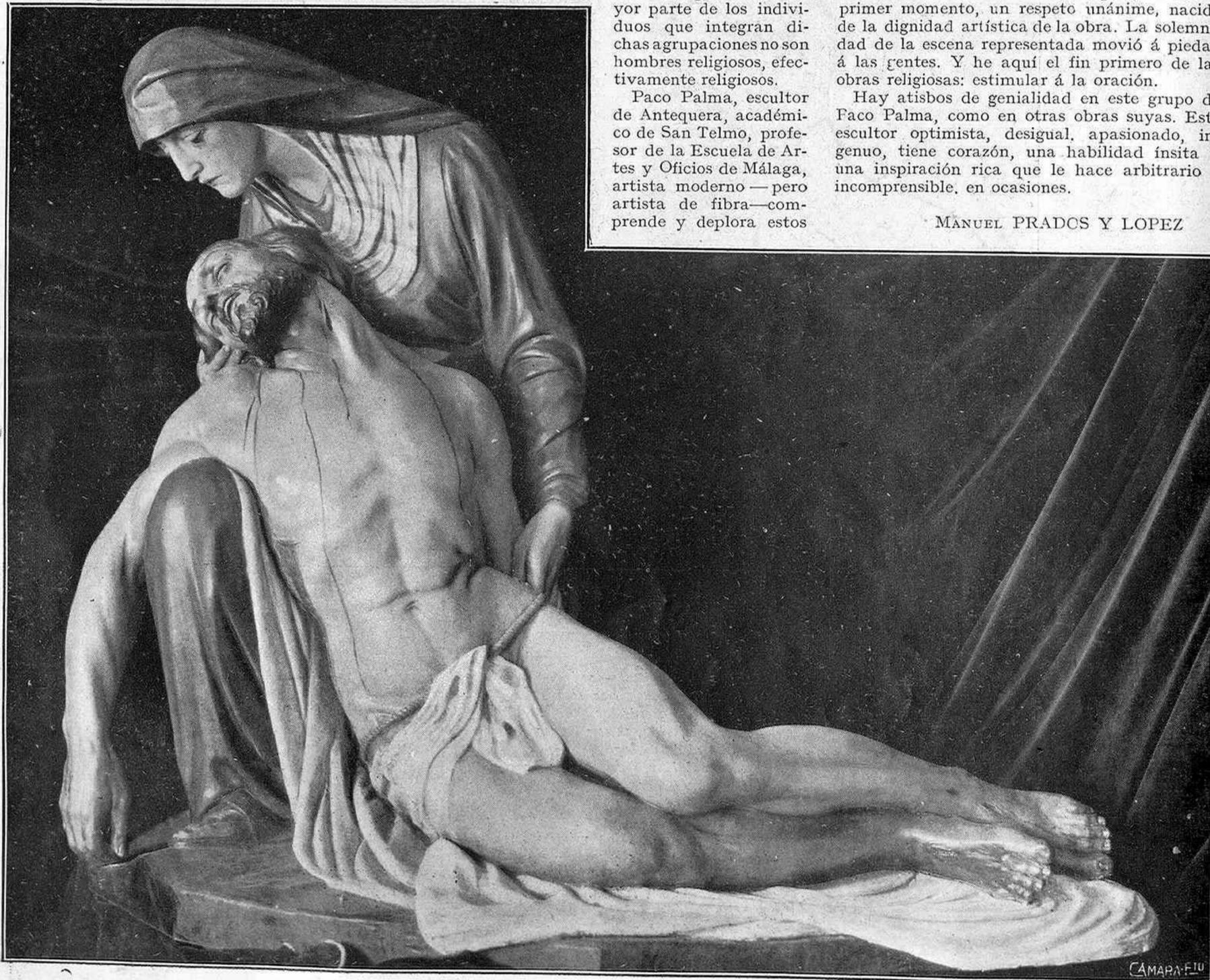
«La Piedad», de Palma, inspiró, desde el primer momento, un respeto unánime, nacido de la dignidad artística de la obra. La solemnidad de la escena representada movió á piedad á las gentes. Y he aquí el fin primero de las obras religiosas: estimular á la oración.

Hay atisbos de genialidad en este grupo de Paco Palma, como en otras obras suyas. Este escultor optimista, desigual, apasionado, ingenuo, tiene corazón, una habilidad ínsita y una inspiración rica que le hace arbitrario é incomprensible, en ocasiones.

MANUEL PRADOS Y LOPEZ



FRANCISCO PALMA
Notable escultor, autor
de «La Piedad»



«La Piedad», escultura original de Francisco Palma

CÁMARA-FIU

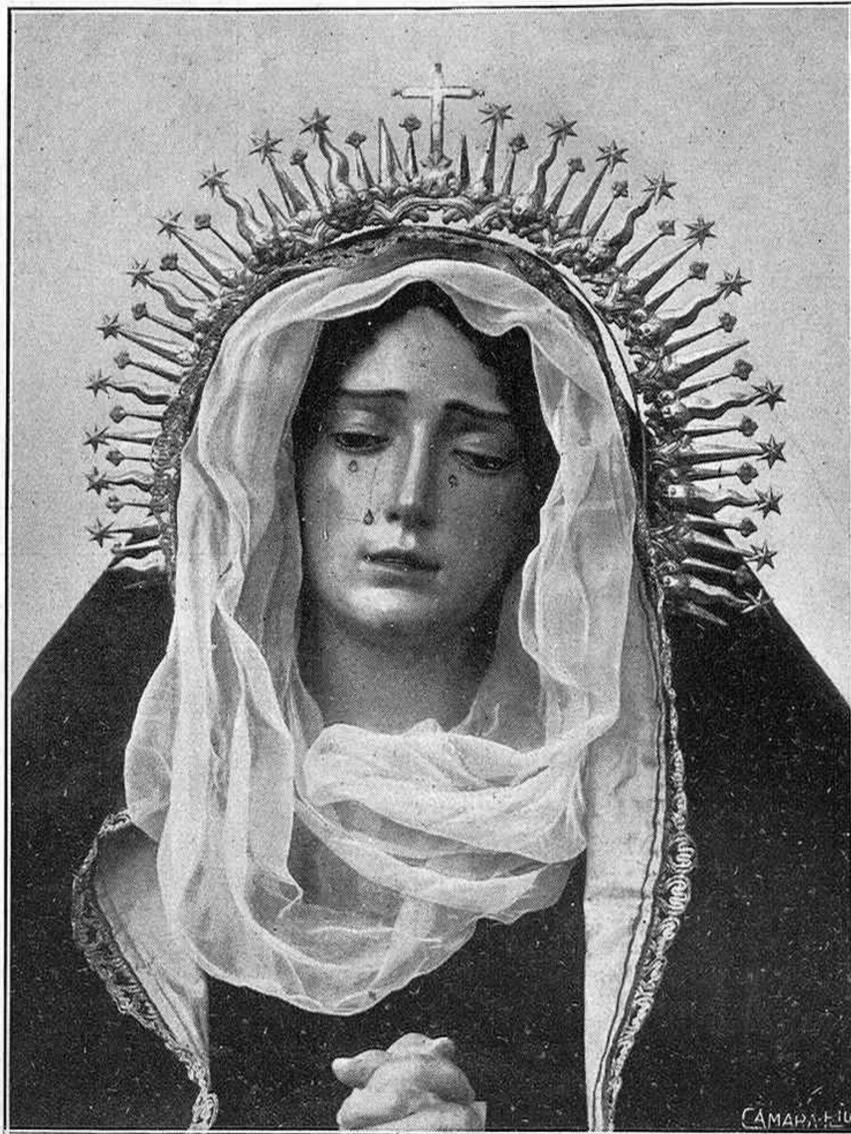
ACTUALIDAD RELIGIOSA

LA SEMANA SANTA EN MÁLAGA



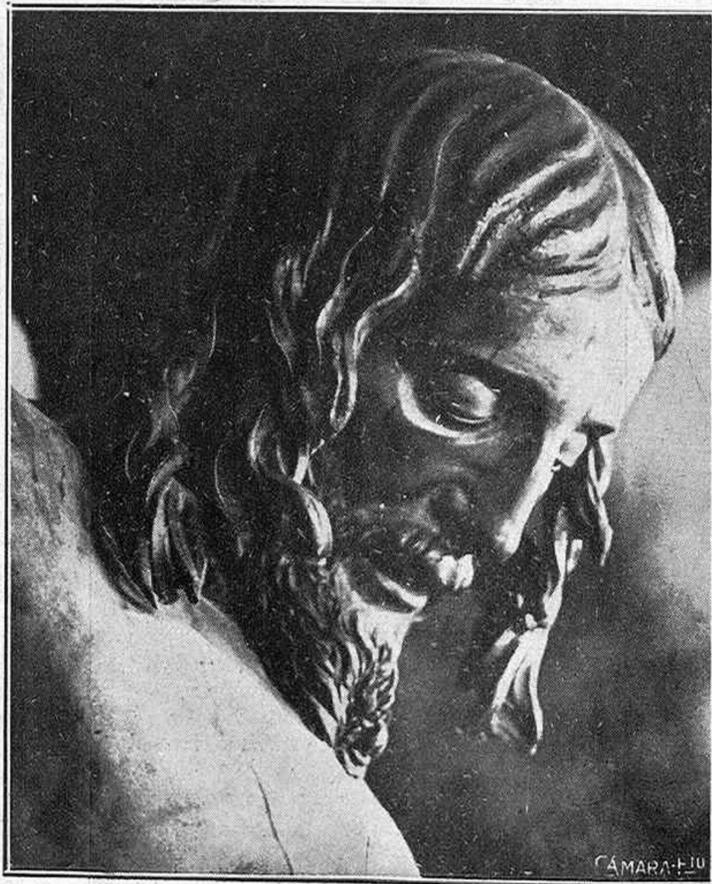
LA VIRGEN DE LA ESPERANZA

La más popular de las imágenes que salen en las procesiones de Málaga



LA VIRGEN DE LAS LAGRIMAS

De la Cofradía de a Sangre, que es una de las más notables de Málaga



EL CRISTO DE LA BUENA MUERTE

Escultura de Pedro de Mena, que se venera en la parroquia de Santo Domingo, de Málaga

SEMANA Santa malagueña. Vírgenes y Cristos con su doble dolor irremediable. Fiesta de recuerdos, que los hombres santifican con ofrendas emocionadas, que se quiebran en sollozos en forma de saetas, cielo arriba, en la noche mediterránea.

Lucen los cortejos procesionales el producto de sus entusiasmos enfervorizados, entusiasmos que lleva a una emulación noble, a un deseo de originalidad y de lujo que se traduce en mantos brilladores, en túnicas costosas, en flores extendidas, como alfombra, por los suelos de las calles malagueñas.

Semana Santa de Málaga, que de año en año va pregonando el esfuerzo de sus mantenedores, sus luchas, su fe, sus enormes desvelos. Don Antonio Baena, infatigable presidente de la Agrupación, y don Manuel Cárcer, que representan dos voluntades que sostienen la tradición de las procesiones, son el ejemplo más vivo de este esfuerzo que Málaga admira anualmente en sus días de Pasión. Cristo

de Mena, Soledad de San Pablo, Santo Sepulcro, Virgen de las Lágrimas. Cada imagen, con su historia ó su leyenda. Pero culmina en el ambiente de los días tristes, como contraste paradójico, la alegría del pueblo al paso de esta Virgen de la Esperanza, bonita y perchelera, como una mocita de las calles, que custodia la iglesia de Santo Domingo. Un día luce un trono fastuoso, en que el arte y la riqueza se hermanan; otro, es el derroche de las vestiduras de sus penitentes; otro, es el brillo cegador de sus joyas; siempre es el detalle original de un nuevo adorno. Hoy es el esplendor magnífico de su manto verde sembrado de oro y piedras preciosas.

Don Manuel Cárcer ha hecho el milagro, con su entusiasmo, de llevar el nombre bello de su Virgen de la Esperanza por todo el ámbito de la nación, para representar con ella y para que en su cofradía culmine la más castiza y popular representación de la Semana Santa de Málaga *la Bella*.

LOS TESOROS DEL SANTO SEPULCRO

Aunque el libro, los relatos de viajeros y las informaciones periodísticas han divulgado los múltiples temas de interés que ofrece el estudio de los Santos Lugares, y especialmente la Ciudad Santa, la Hija de Sión, la Reina de los Montes, Jerusalén, en una palabra, hay en su lugar preeminente, el de mayor veneración para el cristiano, el Santo Sepulcro, una parte poco conocida. Es esta la referente á los tesoros que en él se guardan. El gran escritor desaparecido Gómez Carrillo, hace en su maravilloso libro *Jerusalén y la Tierra Santa*, un relato tan interesante de dichos tesoros, refiriéndose en particular á los existentes en la capilla del Calvario, que no podemos por menos de reproducir algunos fragmentos:

«No hay en el mundo entero—me dice con orgullo el fraile que me acompaña (refiere Gómez Carrillo)—, no hay en el mundo entero una Virgen que tenga tantos tesoros como la nuestra. (La de la capilla de referencia.)

«Yo evoco los tesoros de la Madona de Toledo, el manto de las veinte mil perlas, los collares admirables, las sederías soberbias, y me digo que seguramente la Señora de esta iglesia baja, que ni siquiera tiene campanas, sino que sigue llamando á los fieles con el ruido de unas grandes tablas golpeadas á martillazos, no puede ser tan suntuosa como la de la Catedral castellana.

«Mas he aquí que un desfile maravilloso comienza. Una legión de frailes, todos enlutados, todos silenciosos, van trayendo cofres chapados de nácar y cilindros cubiertos de terciopelo. Lentamente, haciendo una genuflexión ante cada reliquia, acariciando cada dalmática, besando cada cruz, depositan sobre las alfombras los tesoros de su

mar caballeros á los nuevos ingresados en la Orden de San Juan, y actualmente se emplea en las ceremonias análogas de los caballeros del



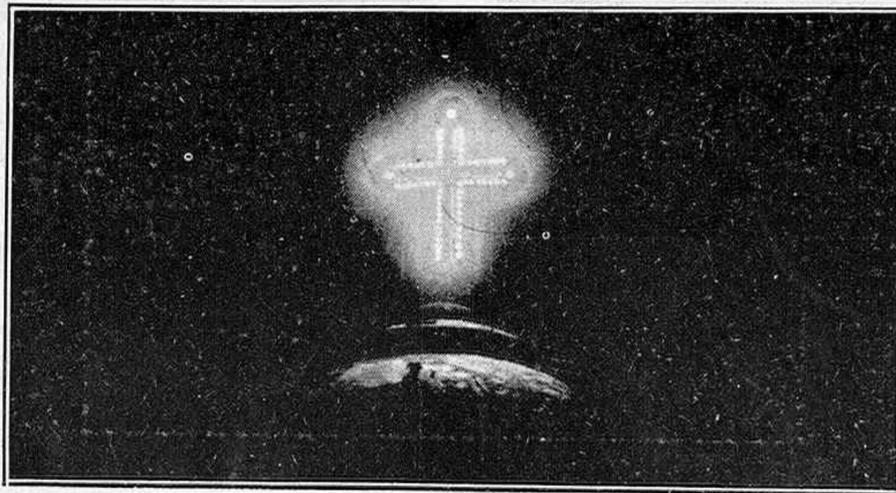
La llamada «Cruz de Cósroes», que data del siglo VI

como esmaltes; mantos de iconos bizantinos, iguales á los que se admiran en los mosaicos de las antiguas basílicas de Ravena. Mantos azules con incrustaciones de diamantes, mantos verdes guarnecidos de esmeraldas, mantos rojos con flecos de perlas. Y son dalmáticas que de lejos lucen cual custodias, con sus labores de oro en fondos violetas ó púrpuras. Y son mitras de todas las formas y de todas las épocas; mitras altísimas, como las que se ven en los relieves asirios; mitras como diademas imperiales; mitras partidas en dos puntas, como las de los obispos primitivos, ornadas unas de miniaturas, cubiertas otras de gemas raras. Y son sandalias de cueros antiquísimos. Y son piezas venidas de Persia ó de Turquía en épocas muy lejanas y cuyos matices tienen la suavidad inimitable de sedas milenarias.

«Y son cruces y nimbos, coronas y pectorales, anillos y palios, todo de una riqueza fabulosa.

«De vez en cuando, el Patriarca hace sacar, con objeto de mostrarlo á los príncipes ó á los obispos que vienen á Jerusalén, algunas de las más bellas colecciones, y entonces este recinto parece iluminado por claridades sobrenaturales.»

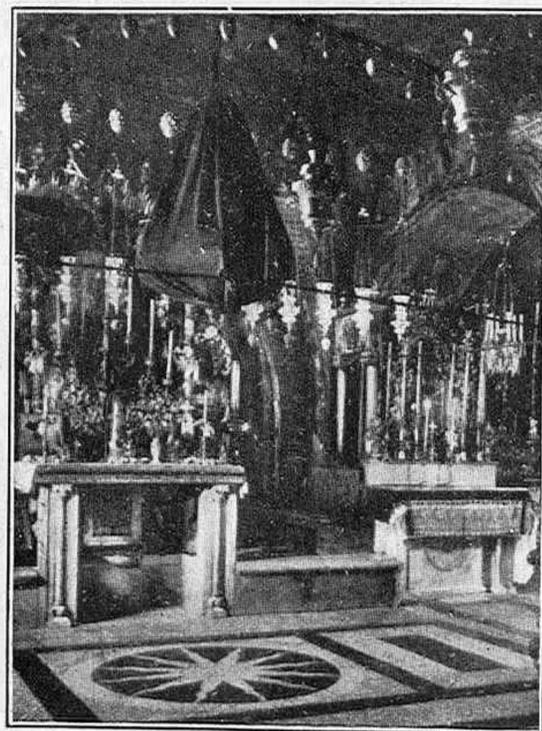
Sin detenernos á recordar las maravillas contenidas dentro del recinto del Santo Sepulcro, ante las que el creyente exalta su fe, registraremos sólo en estas líneas algunas de sus particularidades más interesantes. Entre ellas mencionaremos, en primer término, la llamada Sacristía Latina del templo principal. En ella se conserva la espada y espuelas de Godofredo de Buillón, el primer Rey cruzado de Jerusalén. Este arma histórica se usaba primitivamente para ar-



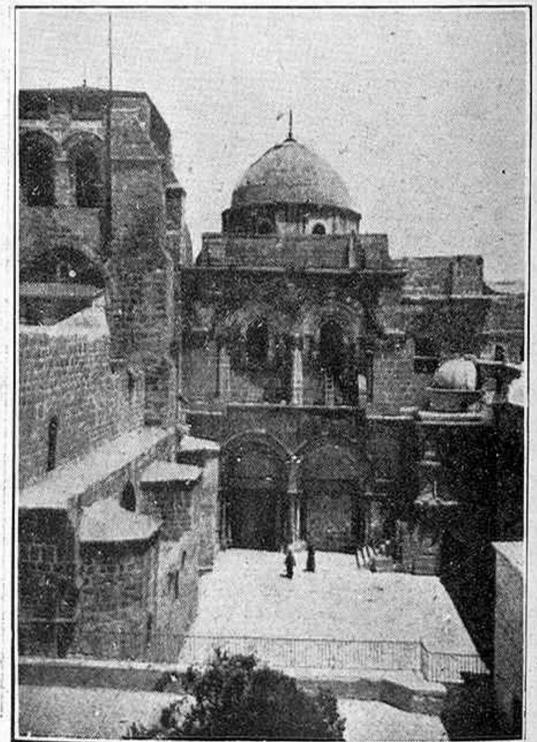
Cruz eléctrica monumental, que se enciende durante la Pascua de Resurrección sobre la cúpula de la iglesia del Santo Sepulcro



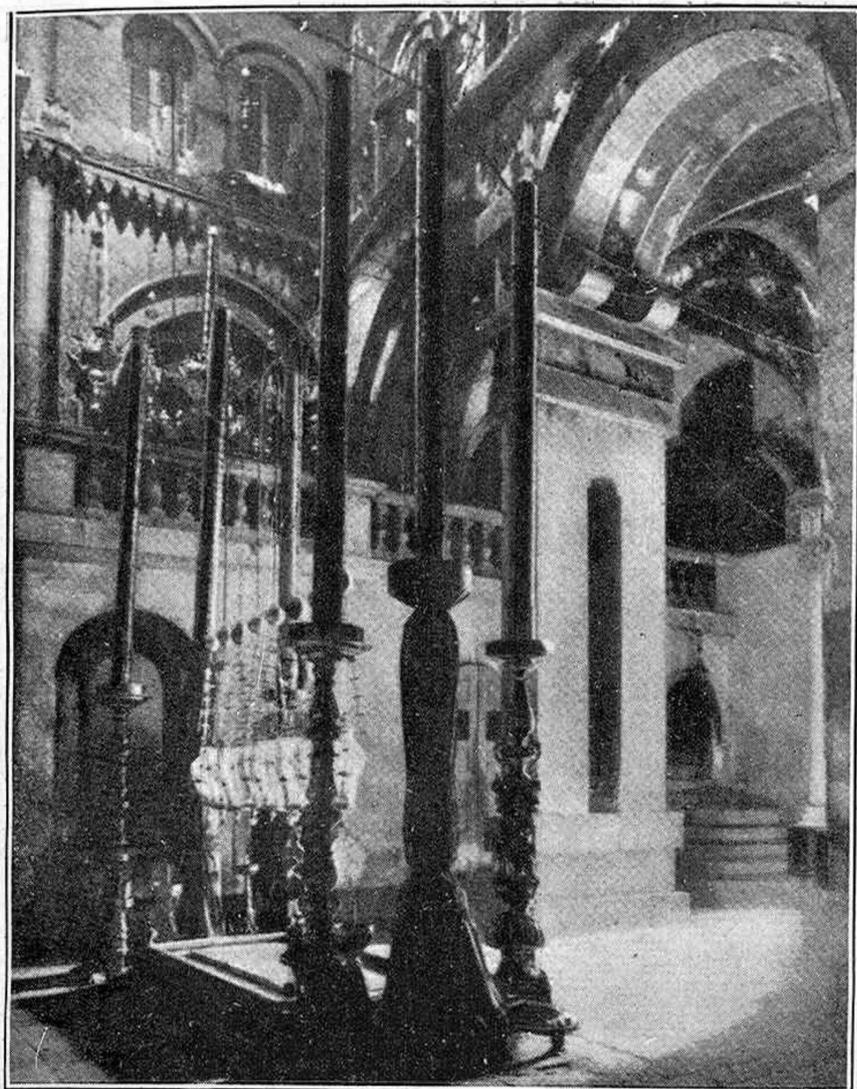
La «Via Dolorosa» en Jerusalén, que recorrió Nuestro Señor camino del Calvario



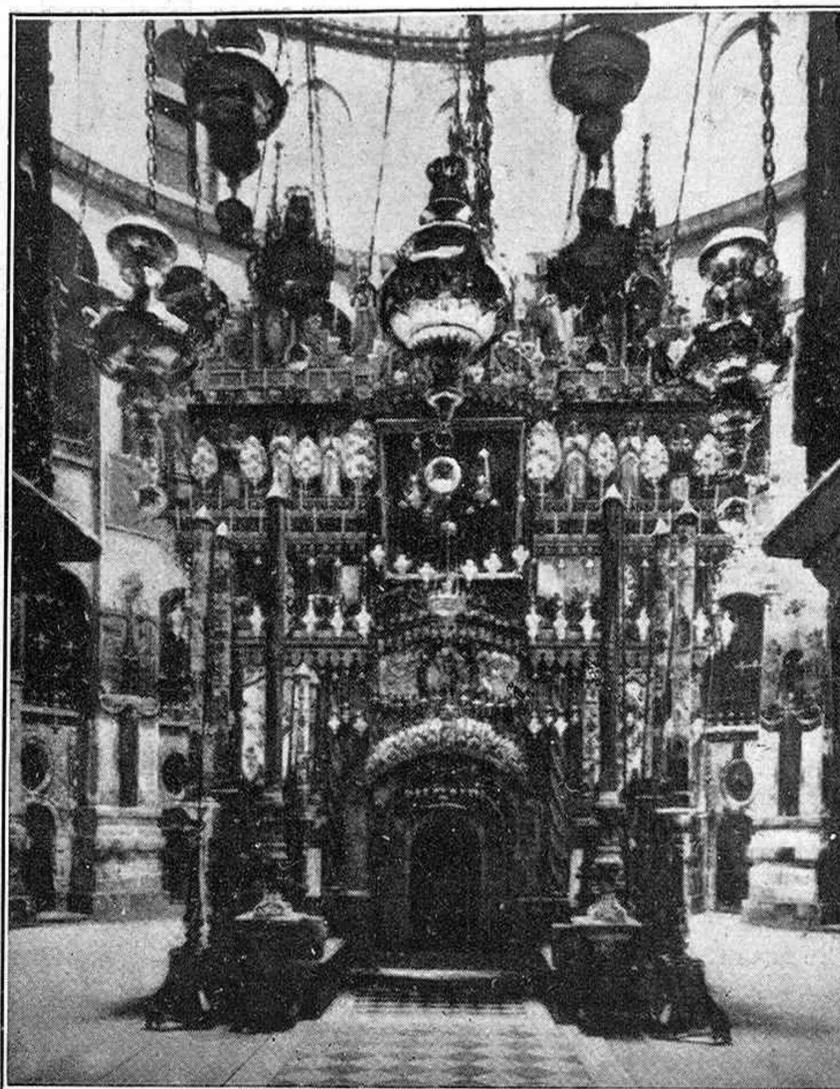
Capilla del Calvario en la iglesia del Santo Sepulcro, en Jerusalén



Vista exterior de la iglesia del Santo Sepulcro, primer templo de la cristiandad



La «Losa de la Unción», sobre la que Nicodemus ungió el cuerpo de Jesucristo después de la crucifixión



El «Santo Sepulcro» en la iglesia que lleva su nombre, en Jerusalén, lugar de máxima veneración para la cristiandad

Santo Sepulcro. También se custodia en la Sacristía, entre otros objetos valiosos, una riquísima arquilla de oro repujado, que contiene las reliquias de algunos de los Apóstoles. A unos cinco metros por bajo del nivel del templo se halla la capilla de Santa Elena, madre de Constantino, el primer emperador cristiano, y la que determinó el lugar del Calvario, haciendo remover los escombros amontonados por cuatro siglos de abandono, durante los cuales Jerusalén había sido destruída más de una vez. Macario, el entonces obispo de la urbe, sabía que el Gólgota se encontraba fuera del recinto de la ciudad en la época en que Jesucristo fué crucificado, y después de largas indagaciones,

logró averiguar que Adriano había erigido allí un templo á Venus, para ocultar el emplazamiento de este lugar venerado. En las excavaciones efectuadas por orden de la emperatriz fueron descubiertas tres cruces rotas, una corona de espinas, algunos clavos y otras reliquias de la Pasión. Cuenta la tradición que la Cruz del Redentor fué identificada por un milagro.

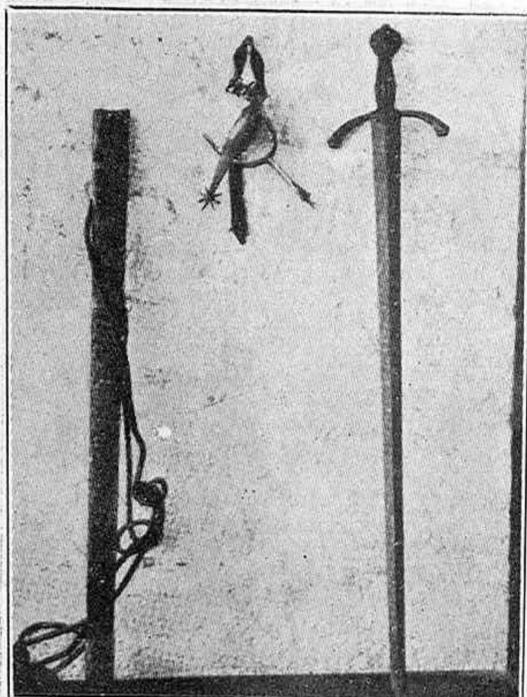
En la capilla mencionada se venera una imagen de Santa Elena, de tamaño natural, y dos cruces materialmente cubiertas de pedrería, que contienen fragmentos de la Cruz en que expiró Nuestro Señor. Una de dichas cruces es llamada de Córoes, porque fué arrebatada al Santo Sepulcro por el monarca persa, al des-

truir éste el templo en el año 614, siendo recuperada catorce años más tarde por el emperador Heraclio y devuelta á Jerusalén. Esta cruz mide unos 40 centímetros de altura por 20 de ancho y contiene el mayor fragmento conocido de la Vera Cruz. La otra cruz se llama Bizantina, porque se veneró en Constantinopla durante el imperio bizantino, pasando luego, por orden del emperador Juan Paleólogo, á Jerusalén. También tiene inserto un fragmento de la Vera Cruz, y, como su compañera, está cubierta de brillantes y rubíes, calculándose el valor material de estas piedras en quince millones de pesetas.

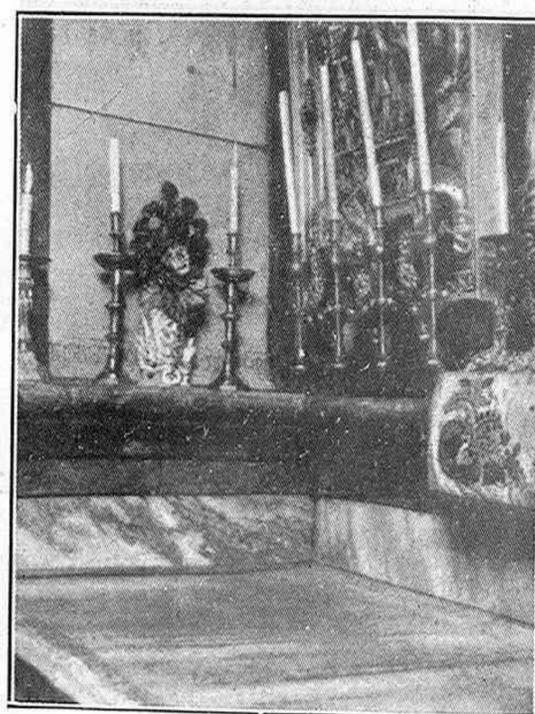
D. R.



Imagen de Nuestra Señora, que se venera en la capilla del Calvario



Espada y espuelas de Godofredo de Buillón, que se conservan en la Sacristía Latina



El sepulcro de Jesucristo en la iglesia del Santo Sepulcro en Jerusalén

DE LOS SANTOS DIAS

LOS CRISTOS DE TOLEDO

Son estos los días más solemnes de la cristiandad, en los que el mundo creyente llora reverenciando su dolor, su intenso dolor, ante la más extraordinaria de las festividades, ante el más fausto suceso de la Pasión, ante la más gloriosa página del cristianismo. El tético y obsesionante día en que muere Dios—¿qué va á pasar?—y el más obsesionante, todo júbilo, en el que se realiza el milagro, su gran milagro, de la resurrección.

Los hombres, en la sucesión de unas y otras generaciones, cada día más materializados, han de rendir su tributo á esta fecha romántica por excelencia, del más puro romanticismo, que sería incomprendible, absolutamente incomprendible, de no realizarla un ser superior.

Justamente, su más exacta representación, entre las tantas de los momentos de su calvario, es el Crucificado.

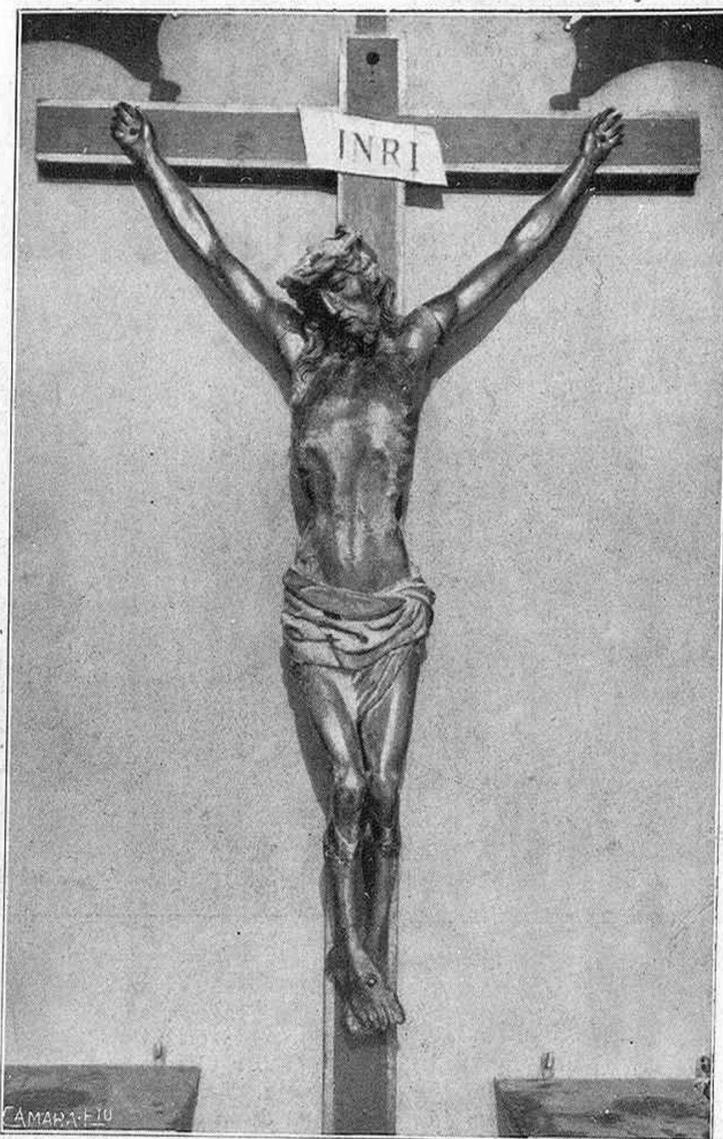
En la Cruz, sufriendo el suplicio más horrendo ante aquella fiera muchedumbre, es más Dios.

En la Cruz, es el más sublime momento; el más mundialmente venerado. Cristo, siempre y en todos los pasajes de su vida, lo es más crucificado; es ésta su representación más popular é inconfundible, aun para los más ignorantes de su vida y pasión. En la Cruz, es El: Cristo. A esto responde la veneración de todos los pueblos, siendo los Cristos las esculturas más prodigadas en todos ellos.

En la ciudad imperial, eminentemente mística, mucho más en estos días, existen también bastantes, á cual más interesantes, no sólo por su valor artístico, sino más bien por su historia y tradición.

Son curiosas éstas, que confirman la fe y el culto de los suyos; la reverencia popular á la sublime figura.

Destácanse, entre todos los Cristos de Toledo, el de la Luz, antiguamente de la Cruz, con sus tradiciones de retirar el pie impregnado de veneno por los judíos cuando se lo besaban los fieles, evitándoles así la muerte; de señalar con manchas de sangre por las calles, al ser ocultado en casa de un judío por éste, y la de aparecer con una lamparita encendida después de más de cien años escondido en una hornacina perfectamente tabicada.

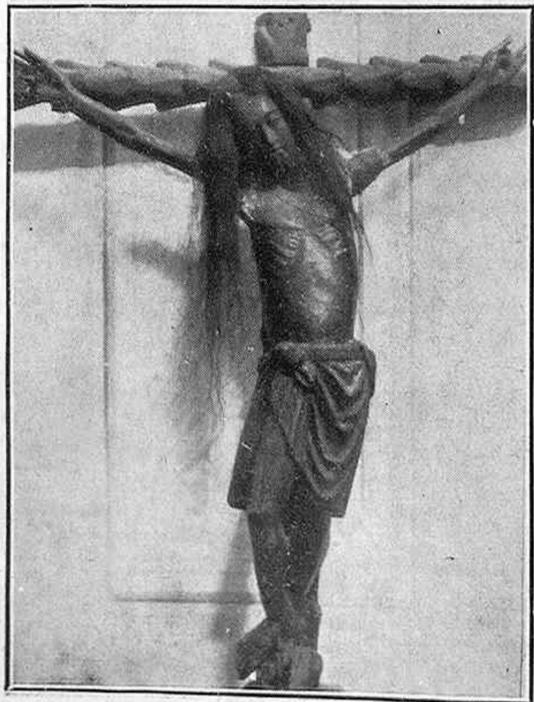


El Cristo despedazado

co y religioso, más destacado en estos sus solemnes días. Sería muy interesante, por los tres citados aspectos, reunir los más importantes y conocidos en una gran procesión, absolutamente sencilla y austera, que aumentaría el gran interés y atractivo de la Semana Santa toledana.

S. C.

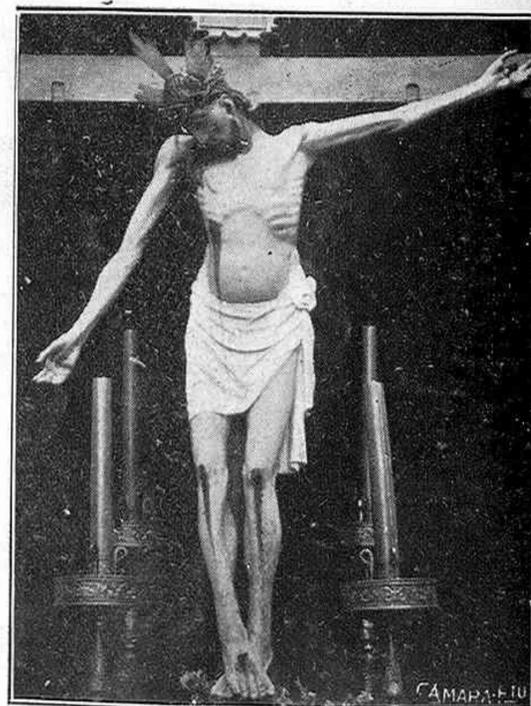
(Fots. Rodríguez)



El Cristo de la Luz



El Cristo del Calvario



El Cristo de la Vega



Los dientes del hombre de mañana

Vele usted por que el hombre de mañana cuide hoy sus dientes, limpiándolos con Dens. La época de la segunda dentición exige una higiene bucal escrupulosa. Dens es el dentífrico de confianza. Limpia con suavidad de esponja, sin rayar ni atacar el esmalte. Desinfecta, refresca y perfuma la boca. Gusta a los niños por su sabor a menta dulce.

PASTA

DENS

**Tubo
2 pts.**

**Pequeño 1,25
TIMBRE APARTE**

Está libre de ácidos
y álcalis y no con-
tiene astringentes.

**PERFUMERIA
GAL**
MADRID
BUENOS-AIRES
LONDON
NEW-YORK

El «Miserere» en la Catedral de Sevilla

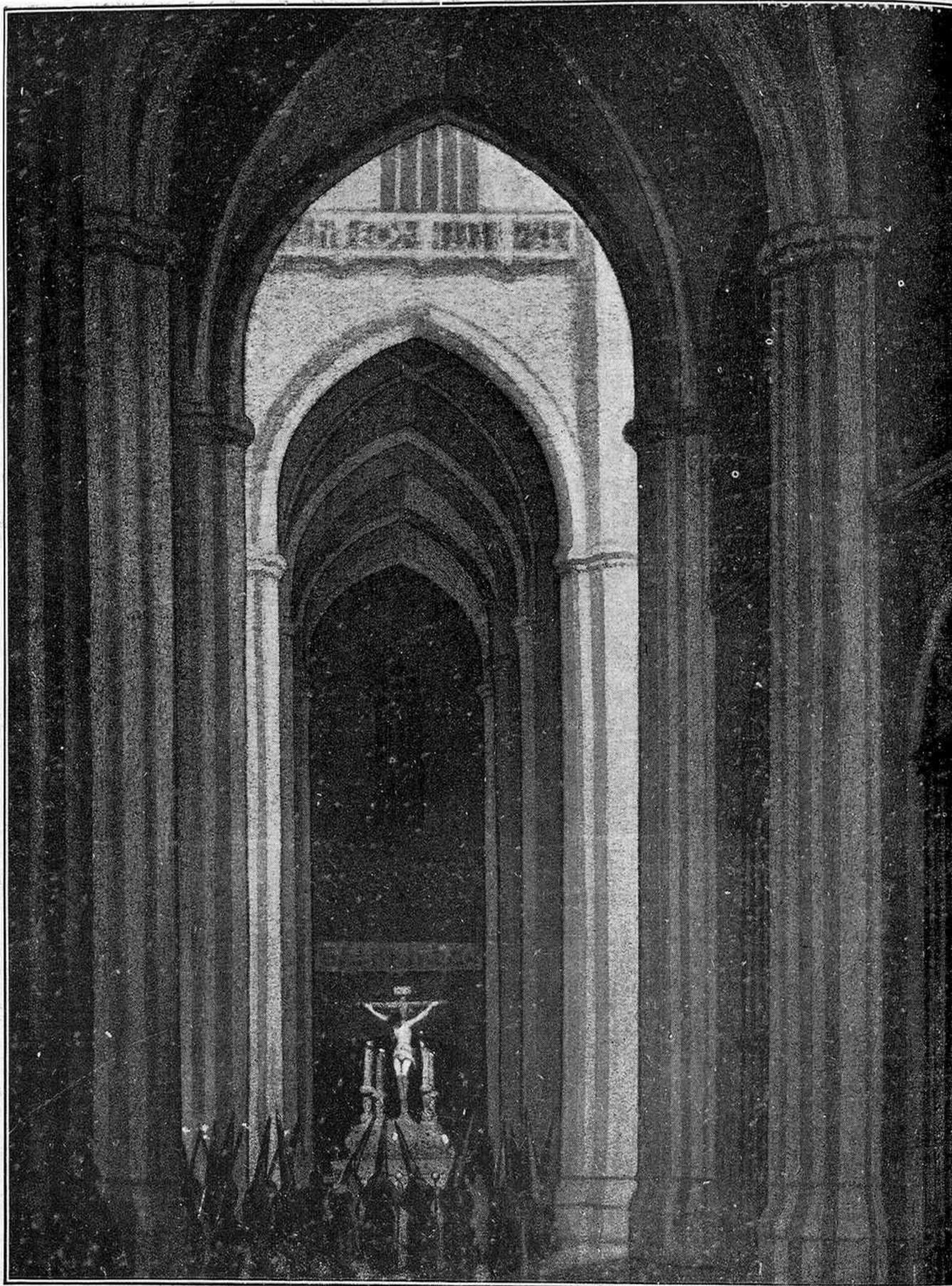
DE las solemnes prácticas del culto que se celebran en la Catedral de Sevilla durante los días de la famosa Semana Santa, la que más público congrega bajo las amplias naves es la ejecución del *Miserere* de Eslava.

Escribió la hermosa partitura el inspirado compositor navarro siendo maestro de capilla de la Catedral hispalense, allá entre los años del 40 al 50 del siglo pasado, siendo ejecutada en los primeros años por las voces con que de ordinario cuenta la Catedral, acompañados por una reducida orquesta. Mas fué adquiriendo tal fama y nombradía, que el Ayuntamiento tomó á su cargo el costearlo como uno de los actos religiosos que más llamaba la atención de las gentes, reforzando de un modo considerable la orquesta y los coros é invitando á ejecutar las primeras voces á los tenores, bajos y barítonos más eminentes del mundo; entre los primeros, Gayarre, Tamberlick, Viñas, Hipólito Lázaro, etc.

Puede afirmarse que la ejecución del *Miserere* de Eslava se ha hecho tradicional en la basílica hispalense, no concibiéndose la celebración de la Semana Santa sin que resuenen en el grandioso ámbito del maravilloso templo las magníficas notas de tan solemne pieza musical. Se cantan los once versículos del *Miserere* durante las noches del miércoles y jueves santos, constituyendo también el ensayo general, que se realiza pocos días antes, otro número de las fiestas muy atrayente. El público sevillano conoce ya tan al detalle la tradicional obra de Eslava, que durante su ejecución se va adelantando á sus partes con el anuncio de los versículos subsiguientes, entonados en voz baja.

La ejecución se realiza en las gradas del Altar Mayor, entre las grandiosas y doradas verjas, que son como un rico bordado de oro sobre un velo levísimo de una ideal transparencia.

Un mar de criaturas afluye hacia la Catedral, con una avidez extraordinaria, llenando todas las calles que al templo guían. Así va compacto el gentío por las de Génova, Hernando Colón, Placentines, entrando en la Catedral por la Puerta árabe, llamada del Perdón, y después de trasponer el silencioso Patio de los Naranjos. Este Patio es una maravilla en la inefable hora. Del cielo le llegan claridades sutilísimas que hacen rebrillar, como con azules fosforescencias, las verdes hojas de los naranjos y las blancas corolas de los azahares, quebrándose también el disco de plata de la Luna en las aguas quietas



Con esta peregrina visión de cosa sorprendente...

(Dibujo de Pablo Sebastián)

y brilladoras de la obscura fuente, que, como una gran rosa de pasión, luce entre la aromosa arboleda.

Por los policromos ventanales del gran templo se transparentan las luces del interior, poniendo en los pétreos muros como vivos reflejos de mil joyas que son zafiros y esmeraldas y rubíes.

Y en el bordado de oro y plata de la Giralda rebrillan todas las claridades de lo alto, encendiéndola como una antorcha gigante.

Con esta peregrina visión de cosa sorprendente, entra el gentío en la Catedral, deslumbrados los ojos y el alma encendida en místicos arrebatos.

¡Cuán hermoso el espectáculo que en ella se le ofrece!

Una inmensa multitud la llena y vagas claridades la iluminan. Del fondo se alza, sin embargo, un gran fulgor: el que irradian las mil

luces del gigantesco monumento blanco donde se admira la enojada custodia de plata que atesora el tabernáculo.

También, de vez en vez, pasa por entre la multitud una cofradía, llevando con los maravillosos pasos de sus Vírgenes las luces más brillantes de los más esplendorosos fuegos...

Y entre tan magnífico marco, se canta por centenares de voces el *Miserere* de Eslava, grave, solemne, grandioso...

Las lamentaciones, las plegarias del *Miserere*, entre las dulces, atronadoras ó suaves armonías musicales, llenan todo el ámbito de la catedral de sonoridades infinitas.

Y en todos los corazones se abre la flor de la más profunda emoción, perfumando el ambiente con el sutil aroma de un inefable misticismo.

J. MUÑOZ SAN ROMAN